

13-246

LA
LIBERTAD POR LA FE



TRATADO

DE FILOSOFIA CRISTIANA.

POR

EL ILMO. SR. D. ADOLFO DE CASTRO.

"La victoria de Cristo es la victoria
de la libertad."—SAN AMBROSIO.

"No hay bien donde no está la ciencia
del alma."—S. JUAN CRISÓSTOMO.

Reg.^o 9137



REVISTA MEDICA.

1889

CÁDIZ.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA,
Á CARGO DE D. FEDERICO JOLY Y VELASCO, BOMBA 1.

1869.

Un escritor elocuente, D. Emilio Castelar, cuyo talento admiro y cuyos extravíos deploro, ha proferido la frase de que la libertad y la fé son incompatibles, y que entre la libertad y la fé, opta por la libertad; inspiracion que ha tenido al ver las ruinas de la antigua Roma y el estado de la Roma presente. En esto ha querido parodiar á Eduardo Gibbon, cuando sobre las del Capitolio dice que ideó escribir la historia de la decadencia del Imperio Romano, en que tanto combate á la religion de Cristo.

No es nueva tal aseveracion, pues desde el siglo último se han propuesto muchos autores demostrar que entre la libertad y el cristianismo media una invencible antipatía. Lo nuevo que existe para nosotros es que esa incompatibilidad se haya declarado solemnemente por un escritor y tribuno en la capital de España. En afirmar lo que afirma no hace otra cosa que seguir á los socialistas que con razon consideran que la Iglesia es el principal obstáculo para el triunfo de sus utopías desdichadas.

Por eso es necesario dar á entender al pueblo que lo engañan ó á sabiendas, ó por igno-

rancia, ó por una exaltacion de ideas, semejante á la demencia, por un orgullo infeliz, y casi siempre por maldad: es necesario que el pueblo aprenda por sí mismo las grandes verdades, y es necesario, en fin, que por medio de irrecusables y esplendentes pruebas, quede de una manera radical convencido de que se ha intentado é intenta abusar de sus pocos conocimientos para llevarlo á su perdicion mas completa, y á la de la sociedad; para inspirarle ódio y desprecio contra la filosofía evangélica que ha devuelto la libertad al hombre, y cuyos triunfos son los triunfos de las ciencias y de las artes; y por último, para convertir al hombre en demoledor de todo lo grande y de todo lo sublime, y elevarlo por medio de una libertad quimérica á la dignidad de salvage de la civilizacion.

Yo, hombre de mi siglo, y en la exaltacion de mi juventud, y del entusiasmo de mis primeros estudios, me dí tambien á algunos errores del dia. Pero ni el ver traducidos libros míos á lenguas extranjeras, ni el aplauso fugaz con que se recibieron, han sido poderosos para mantenerme en ellos. Felizmente para mí he logrado triunfar de mi orgullo de hombre en esta parte, y lamentarme de lo pasado, y reprobarlo digno de reprobacion, y engrandecerme, si no para el mundo, para mi conciencia, procurando seguir el camino de la verdad y de la vi-

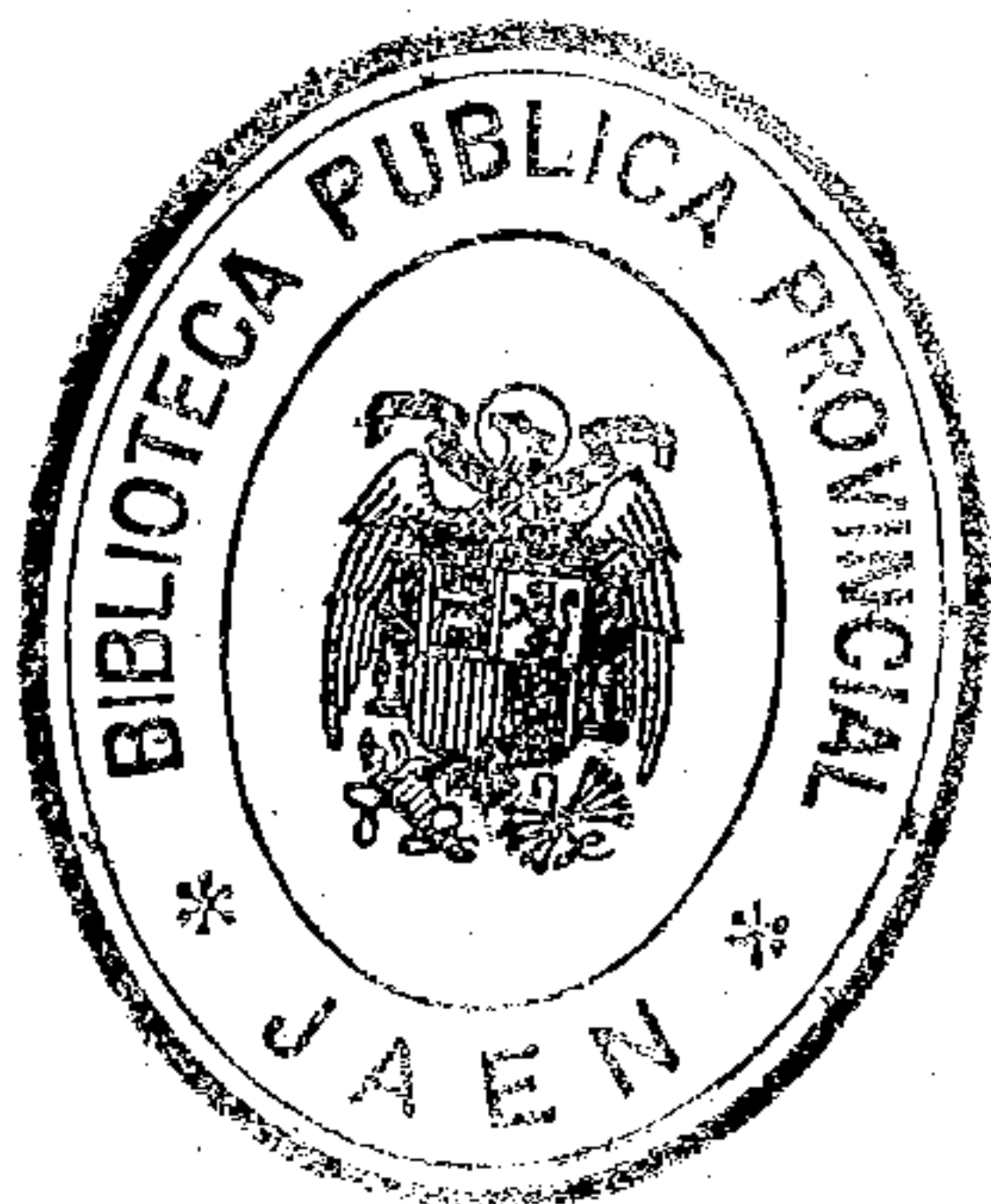
da por el estudio constante de la filosofía del evangelio.

En mi deseo de ilustrar ciertamente los ánimos, cito muchas sentencias admirables de los Santos Padres, para que todos comprendan y puedan ver, sin género alguno de duda, en este pequeño libro lo que está esparcido en tantos.

Así clarísimamente se persuadirán cuál es el verdadero espíritu del cristianismo, y conociendo que en la fé está la libertad, aspirarán á conseguir la libertad por la fé, y no contra la fé una libertad que solo tiene de ella el nombre y es únicamente una ilusoria esperanza.

Cádiz 3 de Noviembre de 1868.

Adolfo de Castro.



I.

La humanidad por espacio de muchos de los antiguos siglos buscaba por todos caminos el de la libertad, y cuando imaginaba haberla obtenido, entonces luchaba con mas constancia por la perfeccion de esa libertad misma.

Caminos eran estos por tan remotos jamás descubiertos y por lisonjeros siempre deseados; porque faltos de la luz divina, los hombres en aquellas edades, no podian hallar la libertad verdadera, sino solo las ilusiones de una libertad engañosa.

Deseo innato existia en ellos: presentian que la libertad debia ser la primera aspiracion de los mortales: libre ser el hombre; pero desconocian y equivocaban los fundamentos de la libertad conveniente, y el nombre de libre, en vez de llevarlos á la cumbre de toda virtud, se convertia en estímulo para toda deprecacion y para toda violencia.

¿Qué libertad era la de aquellos antiguos y famosos pueblos constante y sediciosamente alterados y confusos, de corazones endurecidos y obstinados en la ambicion, viviendo en indiscretas tribulaciones, en el desconcertado furor de la codicia, el bien público pospuesto á los intereses de los ciudadanos, en mísero consorcio la necesidad y el descrédito, oprimiendo á los

buenos los desenfrenadamente altivos y los sin consideracion arrojados, y rigiendo leyes, no temor de los inícuos, sino esclavitud de los libres? ¿Qué libertad aquella que por medio de inquebrantable discordia esterilizaba la tierra? ¿Qué libertad la que llevaba á los mortales á que la experiencia llegase á ver lo que no alcanzaba á pensar la locura? ¿Qué libertad la repetida en aclamaciones y no practicada? ¿Qué libertad en fin la que afligia á los pueblos con turbaciones no menos merecidas que diversas y grandes?

Recreo de los dias mayores de nuestra niñez y entusiasmo irreflexivo de los albores de nuestra juventud fueron las historias de los varones mas ilustres que habian ennoblecido los siglos célebres de la tumultuosa Grecia y de la guerrera Roma, ya por el valor, ya por las virtudes, ya por las ciencias ó ya por las hazañas. Y las ideas de la libertad engañosamente falsa que aquellos hombres defendian, venian á ser las nuestras por medio de la ciega admiracion; y de este modo el error de nuestros entendimientos vino á ser tristemente seguro, y la continuacion de esta falta de criterio miserablemente cierta en los dias de nuestra razon, cuando mas obligados estamos á dar altos ejemplos á nuestros hijos.

La Providencia de Dios dijo sin duda para ostentacion de su grandeza y para testimonio de la libertad verdadera:

”Manifestemos en la sabiduría de la Grecia qué es la libertad, no reconociendo su fundamento en la redencion humana: en el poder enérgico de Roma, in-

contrastable á todas las naciones, qué es la libertad sin la base de la revelacion?"

Libres eran los griegos, y por diez años desterraban de Atenas á aquellos cuyo poder y crédito ocasionaban sospechas en el pueblo: libres y castigaban los méritos y las virtudes: libre era Xenofonte y proponia á la república la compra de diez mil esclavos para alquilarlos: libres eran los Lacedemonios y decretaban la degollacion de los Ilotas: libres los Atenienses y solo gozaban de libertad en el foro los necios y en el teatro los actores, porque la envidia y el ódio se ejercitaban en oprimir á los mas dignos y mas sabios: libres y consideraban enemigos á los que no pensaban cual la plebe. Emigraciones, tumultos, mudanzas de leyes y de gobiernos, escándalos de jóvenes, afrentas de mujeres, robos de caudales, la culpa juez de la inocencia, en vassallage los buenos, sujetos á los que los aborrecian con ódio increíble y temido poder. "Gobierno que provea bien en los negocios, ni tenemos ni nos fatigamos en hallarlo: gobernamos peor y mas desordenadamente que los que há poco fundaron sus ciudades." Tal exclamaba el padre de la elocuencia Isócrates al contemplar á Atenas y al transmitir á los suyos y á la posteridad aquel su verdadero y firme creer acerca del gobierno de su patria.

La libertad, pues, en Grecia no alcanzó á ser otra cosa que libertad de los malos, engalanada con pomposas vanaglorias, con el esplendor de las armas, con el clamor de las victorias repetidas, cánticos de la elocuencia de grandes hombres y con el respetuoso nú-

mero de filósofos que nacían en medio de aquellas populares tormentas y que crecían en medio de guerreras tempestades.

Y era menos falsa y menos delincuente la libertad de Roma? ¿Dónde existía la suprema independencia de la voluntad para los usos de la vida civil? ¿Existía acaso cuando un censor podía penetrar en el sagrado del hogar doméstico y castigar los excesos y gastos en el comer y beber, el no corregir los padres á los hijos por el mucho amor cuando estos eran merecedores de alguna enmienda, el no cultivar las tierras los labradores, y el poseer demasiadas joyas; la omnipotencia en fin de la suspicacia y el capricho, autorizada con el nombre de severidad de costumbres? Tal esclavitud afligia á los hombres libres de la libre Roma, esclavitud odiosísima, aunque no ignominiosa, en público acatada y en lo secreto maldecida.

Con esta esclavitud vivían los señores del mundo, halagados en su vanidad, porque sometían á los pueblos al yugo de su imperio irresistible: pero experimentando los rigores de ser esclavos y gimiendo en mas pesados grillos que los de hierro, porque mas pesados aun son los de oro. ¿Existía la libertad por ventura en una nacion donde por disposiciones legales no era igual para todos; donde habia libertad mayor para los ciudadanos romanos, menor para los latinos é ínfima para los que habiendo tomado armas contra Roma se sometieron? ¿Merecía acaso el nombre de libertad el estado de una república en que la esclavitud con derecho de vida y muerte se consentía ultraján-

dose así la libertad natural, comun á todos los hombres?

La libertad en los labios y el ódio á la opresion proclamaban los que combatian para oprimir á sus conciudadanos; y así se levantaban en Roma las parcialidades para luchar y vencer á los mas cobardemente débiles por mas que se empeñasen con desesperado temor en imposible defensa. Proclamaban la virtud y la restauracion de la libertad hombres que se fingian de inculpable conciencia y que aparentaban desear la gloria de su pueblo y no la suya propia. ¡Pobre Roma que solo acataba á aquellos patricios que consideraba grandes en todo y mayores que todo á los que solo sabian el arte de dominar las pasiones de la plebe llevada siempre tras el fervor del engañoso celo del atractivo de las promesas y de la eficacia de una elocuencia artificiosa! ¡Pobre Roma creyendo gozar de la libertad en el corto tiempo en que vivia en disimulada inquietud! ¡Mísera Roma, fiando en la proteccion del vencedor de su patria mucho y siempre sin que la llegase á convencer la viveza de los desengaños! ¡Infeliz ciudad que se olvidaba de los antiguos males ocasionados por sus propios opresores, no con olvido de memoria ó con la sucesion de sus bienes, sino con la experiencia de mayores estragos y de turbaciones mas terribles! Así alternaron en la sangrienta opresion de Roma no para último desengaño y para perpétuo ejemplo los Marios, los Silas, los Pompeyos, los Césares y los Octavios, á los acentos de la libertad restaurada.

Mas alcanzó Roma al fin un solo dueño: dueño al cual estaba sometida tambien la Grecia.

Las luchas de tantos siglos por la consecucion de la libertad vinieron á reducir á los hombres de aquellos pueblos á la merecida esclavitud en que los puso uno solo para castigo tremendo de su tenacidad envejecida, de sus insubsistentes veleidades, del sangriento uso que de su libertad habian hecho, ostentando el despotismo de amos para todas las naciones y el enfreno de enemigos para la suya propia.

La impotencia de la humanidad, para obtener la posesion de su libertad anhelada, palpablemente fué vista con el absoluto señorío de Augusto. Todavía cual si la humanidad quisiese ver una muestra mas del abatimiento á que habia llegado, el mismo prepotente César presenció sin poderlo impedir el acto en que su íntimo amigo Vedio Polion mandó arrojar vivo á las murenas un esclavo porque habia roto un vaso de pórfido.

Parecía que la humanidad fatigada por tan escandalosas y nunca acabadas desdichas se dirijia al cielo por medio de la voz de los hombres no poseidos de malos deseos, ni dominados de una voluntad perversa para exclamar: Ay! y quién alcanzara el poder para reducir el mundo á la senda de la libertad verdadera, á enriquecerlo de verdadera sabiduría, y á dominarlo de verdadero amor á sus verdaderos bienes! Feliz esperanza! Dichoso tiempo! ¿adónde, adónde estará tan supremo libertador? ven, ven y acoge á los que tanto de tí necesitan: ven, ven y favorece á los que te llaman y á los que en tu virtud confían: ven, libertador de los humanos, ven á alegrar el siglo que de tu presencia goce, á las generaciones que por tí reciban otro

ser, á dar paz á la tierra, á calmar nuestras insaciables esperanzas: ven, en fin, á que por tí las aras se enciendan en el fuego de la eterna caridad y á crear otros hombres, y otros pensamientos: ven, libertador de los siglos, para que en nombre, en justicia, en valor y en santidad seas inmortal ejemplo de los buenos por mas que fueres blanco de los sacrílegos: rompan nuestros clamores los vínculos que te detienen para que desates nuestras cadenas.

Y en los instantes de tal abatimiento de la humanidad y de los desengaños á que la libertad falsa de los hombres la habia conducido nació el grande y verdadero libertador del linage humano: Jesucristo, hijo de Dios vivo, desconocido en sus dias por el pueblo romano y griego y expirando en la cruz que vino á ser entonces el suplicio de la mayor inocencia.

Oh! y cuánto tienen que aprender en este cuadro que voy trazando de la humanidad los que incitados de su soberbia, asistidos de su ódio al nombre de Cristo, con menguado criterio, en lamentables escritos, por desdichadas razones, con inícuas y alevosas sentencias y con vulgares raciocinios escriben y contradicen la divinidad de la religion cristiana y los innumerables bienes que á la sociedad ha atraído!



II.

Sonó la hora de la libertad verdadera. Ya no es Mario, ya no es Sila, ni Pompeyo, ni César, ni Octavio el que se adelanta á Roma con ejército poderoso, llevando el espanto por do quiera al clamor de la libertad restaurada, pero de una libertad no creida. Dos varones van en diversos tiempos á entrar en la ciudad, vencedora de todos los pueblos, y siempre vencida por la osada ambicion de los suyos propios. No salen á recibirlos con la pompa solemne de los marciales triunfos: se acercan á Roma y en Roma penetran sin armas, desconocidos y en medio del silencio y de la indiferencia populares.

El uno es alto, erguido, de blanco rostro, embellecido por una dulce palidez, de cerrada barba, de rubios y cortos cabellos, de negros ojos, ensangrentadas mandíbulas, pobladísimas cejas y espaciosa frente.

¿Qué podía llamar la atencion de aquel pueblo, ignorante de su bien verdadero y de su verdadera libertad la llegada de míseros y despreciables hebreos, pueblo fácilmente conquistado, tenido en el envilecimiento y cuya civilizacion no era entendida sino confusamente y como tal risible á los ojos de soberbios sabios y de arrogantes necios?

Pedro es el uno, hombre pobrísimo, criado en esos mares, sus estudios y sus letras unas infelícísimas re-

des, y su elocuencia la ignorancia. Y sin embargo entraba en Roma para presentarse en el mundo á fin de dominar espiritualmente en los mas altos y poderosos de la tierra y á ser maestro aun de los mas sabios. Mas todo en él habia cambiado por revelacion del eterno Padre. De los apóstoles fué el que llamó á Jesus hijo de Dios vivo: el único que se lo dijo clara y distintamente, el mas sabio porque fué el primero que llegó á conocerlo, y conociéndolo, conoció la verdad. Levantó Pedro á Cristo á cuanto pudo levantarlo en esta vida; y al ser inspirado del Espíritu Santo, vino á perpetuarse esta inspiracion en sus sucesores.

Ese es Pedro, aquel á quien Cristo tan pronto perdonó en nuestro favor para obligarle á que nos diese pruebas de su benevolencia y prestamente nos perdonase.

Pablo es el otro, irrefragable testimonio de la verdad del cristianismo: ese fué el que dió el prodigioso espectáculo de que la ignorancia enseñase y venciese á la sabiduría del siglo porque sabio era él y fué vencido: ese el que en sus hechos, en su conversion y en sus padecimientos mostró la excelencia de nuestra fé y la certidumbre de la divinidad de Jesus. ¿Cómo, si no era posible que trabajase para la gloria de otro hombre, si hubiera creído que hombre solo cual él, era Jesucristo y se expusiese á morir y predicase y recorriese el mundo y muriese trabajando para gloria agena el que tenia el talento y la ciencia, para haber fundado secta propia suya?

Aquel es San Pablo, en quien no habia quedado la culpa sino la pena para llorar sus pecados incesante-

mente, el glorioso convertido para ser el mejor comentador de su conversion maravillosa, pecador arrepentido y reconciliado dando á los pecadores la mas firme confianza de ser perdonados, viendo que Dios habia dado en él muestras de su gran misericordia para animar á los mismos pecadores.

Aquel es Pablo, aquel que no buscaba ni quería los títulos de honra y apreciaba mas las afrentas y los oprobios, el que referia sus maldades antiguas por los muchos frutos que sacaba de acordarse de ellas, aquel que unas veces se tenia por tan humilde que para un buen pensamiento no se estimaba hábil y otras creia alcanzar la omnipotencia por medio del que lo confortaba: aquel que no predicaba cual Moisés para un pueblo solo, sino para todos los del mundo, que mas penetró de los misterios divinos, y decía no saber otra cosa sino á Cristo Crucificado: que con mayor espíritu emprendió la predicacion del Evangelio y mas trabajó en la salvacion de las almas, que llegó á Roma, no recurriendo á César para mal de sus enemigos, sino para dar razon de la inocencia de su vida y de la verdad de la doctrina que predicaba: el que en fin apeló de la sinagoga para que fuese Neron su juez, y agregar mayores méritos á sus padecimientos.

Identificados afectuosamente en Jesucristo, San Pedro decía al Señor: "Todo he dejado por darme todo á vos y que nada me embarace é impida," en tanto que Pablo exclamaba: Señor, tiénenme por loco porque sigo á Cristo: por desatinados y por necios á mí y á cuantos os seguimos:—Por las cosas mas viles é inmundas, por tan viles nos tienen y nos consideran."

III.

"Haciendo el bien hareis enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes, como libres y no teniendo la libertad como velo para cubrir la malicia." Esto escribia San Pedro.

"La misma criatura será librada de la servidumbre de la corrupcion á la libertad gloriosa de los hijos de Dios."

"Por precio sois comprados, no os hagais siervos de hombres."

"Siendo libre para con todos, me he hecho siervo de todos para ganar mucho mas."

"Vosotros, hermanos, habeis sido llamados á libertad, solamente que no deis la libertad por ocasion de la carne, mas servíos unos á otros por la Caridad del espíritu."

"Donde está el Espíritu de Dios allí está la libertad." Así San Pablo decía.

Voces eran extrañas para un pueblo en que se sacrificaba todo á sus veleidades, y solo se anhelaba vivir en perpétua felicidad con aumento de mayores y merecidos ó inmerecidos bienes.

"La libertad para el bien, no la libertad para velo de la malicia" fué la que S. Pedro predicaba: la que selló con su glorioso martirio, la que enseñó con

su ejemplo, dejando el deseo de todas las cosas para tener su espíritu libre para Dios y libre para sus hermanos en Jesucristo.

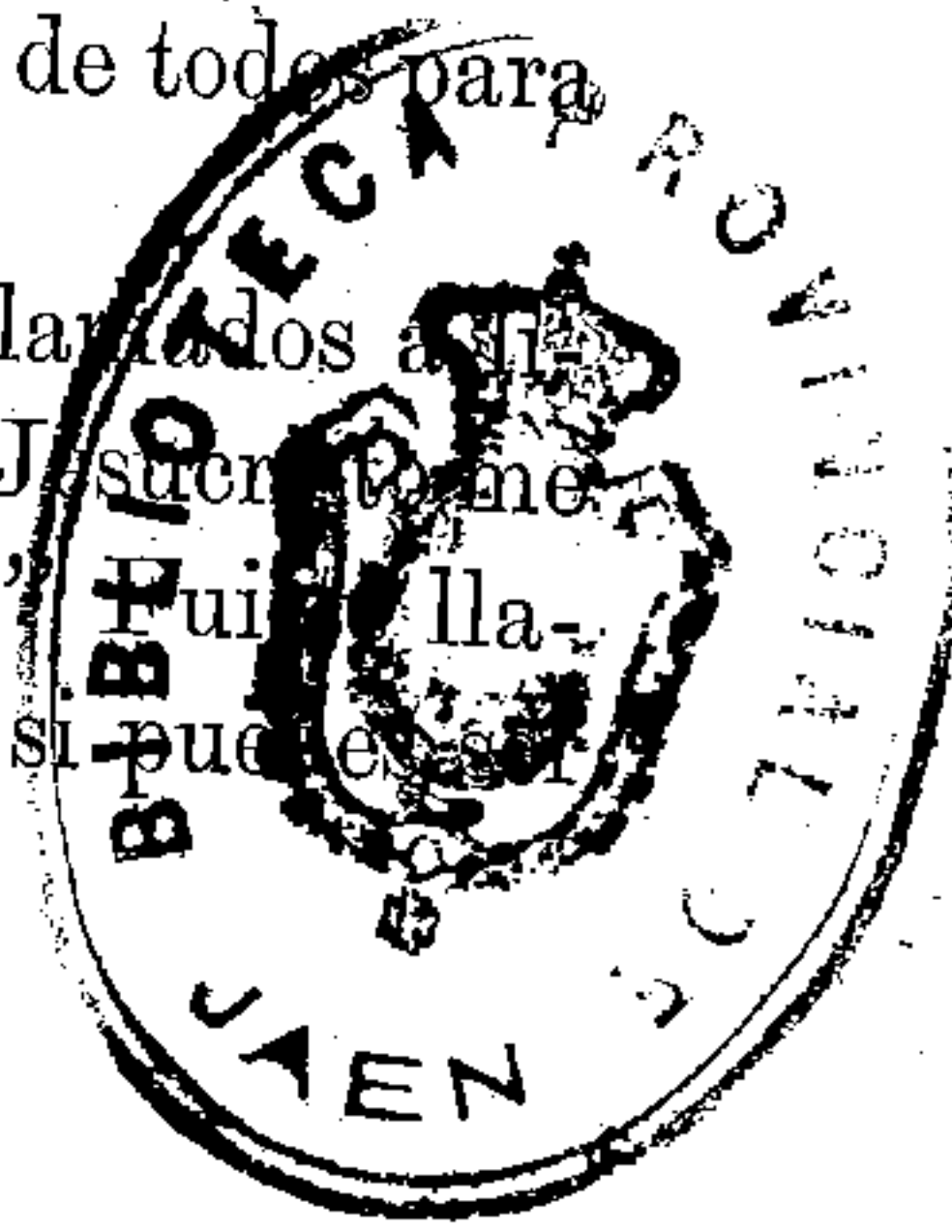
”Donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad.” Esa fué doctrina de San Pablo, quien al contrario de Séneca no buscó ni quiso títulos de honra: quien apreció en mas las afrentas y los oprobios: quien hizo poco caso de los juicios de los hombres, y solo atendia al de Dios, siendo esta su gran filosofia: quien predicando desnudo y aflijido de la sed y del hambre, ganado el sustento con singular desprecio de todo y la labor de sus manos y el sudor de su rostro, no temia declarar sus errores, confesando haber sido perseguidor de Cristo, y considerándose indigno del nombre de apóstol: quien trabajó mas porque no solo predicó sino que escribió mas que todos los apóstoles: quien deseaba salir de la vida por la voluntad de Cristo y gozar de su presencia, pues tenia el alma violentada en la carne, cual pudiera tener el cuerpo en cadenas: quien anhelaba que sus discípulos fueran todos como él, para tenerlos por compañeros en las glorias y favores divinos, y quería al propio tiempo ser el solo en los tormentos, en los grillos y en las cadenas: y quien se hizo omnipotente en la conversion del mundo por medio de su desinterés y de su pobreza.

No siguió la doctrina de los gentiles, tomando por modelos de virtud á sus varones mas insignes, cual Séneca hacía: al contrario demostró á los paganos que la razón, á quien veneraban cual diosa, estaba ciega por el pecado; y no podia servir de guia á menos de no

caer los mortales en el seguro riesgo de extraviarse miseramente. Para él las virtudes de aquellos hombres no estaban asistidas sino de la vanidad, la que bajo el pretexto de hacerlos mejores los hacía mas soberbios. Así demostró á los filósofos cual lejos se hallaban de la razon y de la verdad: á los políticos que muy ajenos se veian de la alta prudencia: y á los monarcas que no eran libres sino esclavos infelices de todas las pasiones. Esto practicaba corriendo de pueblo en pueblo, de pesar en pesar y de riesgo en riesgo, llevado irresistiblemente de su amor de Cristo: lo mismo en las tempestades del mar que en los calabozos: lo mismo en las manos de los verdugos que en las del populacho: ya sirviendo de irrisión hoy para ser mañana objeto de loores: ya pasando de convertir almas y de predicar la libertad como maestro, á ser trasladado atropelladamente por la furia de los rebeldes á Dios cual si fuese un malhechor terrible, merecedor de las mas crueles penas.

"Por precio sois comprados, no os hagais siervos de los hombres." Tal predicaba San Pablo, probando la verdad de Cristo para santificar el mundo por medio de la libertad para el bien, y manifestando en ello el inmenso poder de su elocuencia para mudar los corazones, haciéndose para todos, y guia de todos para salvar á todos.

"Vosotros, hermanos, habeis sido llamados a libertad." "La ley del espíritu de vida en Jesucristo me libró de la ley del pecado y de la muerte." "¿Fui llamado siendo siervo? No te dé cuidado; y si puedes ser



libre, aprovéchate mas bien, porque el siervo que fué llamado en el Señor, liberto es del Señor: asimismo el que fué llamado siendo libre, siervo es de Cristo: por precio sois comprados, no os hagais siervos de los hombres. No soy yo libre? No soy apóstol? ¿A que fin mi libertad es juzgada por conciencia agena?" De esta suerte San Pablo escribia: Pablo convertido ya, desengañado de que la vanidad de la ciencia del siglo lo habia precipitado en los mayores excesos de furor contra la libertad de Cristo: Pablo á quien nadie pudo combatir desde entonces porque se proclamaba libre de riesgos, sin temor de peligros, llevando en el cuerpo las señales de los hierros, la marca de la esclavitud de Jesus: Pablo que al orar en la cárcel con Silas, vió temblar el edificio, abrirse las puertas, romperse las cadenas y los grillos, y sin embargo al contemplar que el Alcaide con el denuedo de la desesperacion iba á ser bárbaro homicida de sí, le dió voces para evitar que se arrebatase la vida é hizo que en reconocimiento exclamase: "Ministros de Dios son porque gente que olvidada de sus peligros, libra de los que pueden correr otros, del cielo es: del cielo solamente:" Pablo, mas libre en las prisiones que en la plaza pública, cuando predicaba con osada ingenuidad á Cristo ó cuando familiar y amigablemente pasaba las noches con sus discípulos en ternísimos afectos de amor de la divinidad por medio de elevadas pláticas: Pablo, en fin, cuyos mismos discípulos tenían á su ejemplo por mas honras las afrentas y el abatimiento por Jesus que las monarquías del mundo, y mas querian ser el mismo Pablo en una cárcel

que serafines en el cielo, y mas que obtener la gracia de hacer milagros las cadenas del Apóstol de las gentes.

Pablo, cuando su juez en Jerusalem pretendia averiguar los delitos que contra su vida inventaban los sacerdotes, exclamó: "En el tribunal del Emperador estoy: el César, no la sinagoga, es mi juez." ¡O tribunal siempre sospechoso en la justicia, pues en el sitio del juicio estaba sentada la maldad!

Neron, poseido de una feroz demencia, digno representante del pueblo, que en el desvarío de su grandeza oprimió al género humano abusando de sus victorias y llevando por do quiera los horrores de la servidumbre, habia llegado á ser inaccesible á la elocuencia, inaccesible á la amistad, inaccesible á la sabiduría é inaccesible á la santidad de la vida.

Por sentencia del mismo César debería perecer el Apóstol sucesor de Jesucristo: por sentencia del monarca todo poderoso el Apóstol de las gentes. La filosofía del siglo, personificada en Séneca, experimentó los rigores de su crueldad: tambien los experimentaron Pedro y Pablo, sagradamente inspirados en la filosofía y la libertad cristiana; ¡Gran enseñanza de una y otra, muertes! De Séneca solo sobrevivió, como digna de eternal recuerdo, la doctrina que se conformaba con la verdad evangélica: de San Pedro y San Pablo como discípulos de Cristo, siguen la enseñanza los mas grandes hombres de la humanidad.

Preciso era que un Neron levantase la bandera perseguidora de la libertad de hacer el bien: en él se ostentaban todos los vicios incompatibles con el cristia-

nismo: el infame adulterio, la ambicion vil, la amistad torpe, el amor impúdico, la avaricia insaciable, la sordida crápula, la crueldad furibunda, la desobediencia á las leyes divinas y humanas, la desesperacion implacable, la invencible ignorancia, el incesto, la impudicia, la inconstancia en el bien, el engaño, la ira, la envidia, el lujo, la malignidad, el orgullo, el parricidio, la ingratitud, el espíritu de rebellion, la ciencia del hombre perverso, los sentimientos bajos no de sí sino para sí mismo, la simulacion peligrosa é imprudente, la supersticion mísera, vana y engañosa, la temeridad audaz y ciega, la nefanda tiranía, una estólida vanagloria, la venganza implacable, la perniciosa usura, la libertad, no aquella tranquila, dulce y bien fortunada, sino la disoluta, para oprimir bajo engañoso nombre á los humanos, los vicios todos, en fin, mas enormes, indignos y detestables.

Neron que los juntó todos tambien enseñó á los secuaces de ellos ó de algunos de ellos el odio invencible al nombre de Cristo. Por eso cuando veais combatir la causa de la civilizacion verdadera, en la persona del enemigo, contemplad que no es ella quien habla sino los vicios que enseñorean su espíritu, usen las armas de la mas declarada violencia, ó las del suave y doloso artificio.

Cesen aquí palabras mías, y enriquezcan y cierren este capítulo las de Santiago el menor.—"El que contemplare en la ley perfecta que es la de la libertad y perseverare en ella, siendo no oidor olvidadizo sino hacedor de obra, ese será bienaventurado en el hecho."

IV.

Cuando la humanidad habia llegado de error en error y por providencial castigo del abuso de la libertad al envilecimiento de estar bajo el señorío de Nerón, en tres grandes hombres sonaban aun palabras que excitaban por diversos caminos al hombre á ser libre.

El uno era Filon: Aulo Persio el otro: Séneca el tercero.

En Filon se representaba al pueblo hebreo anhelando libertad y ciego en sus pertinaces y envejecidos engaños, buscando por errada vía el término de sus incansables esperanzas. Criado en Alejandría, Filon procuró hermanar las doctrinas del antiguo Testamento con la filosofía estóica, al tratar del hombre libre. Nos enseña, es cierto, que el esclavo puede gozar de mas libertad é independencia que su Señor, por medio de la independencia y libertad de su alma, venciendo los apetitos sensuales, el miedo, el dolor y los placeres inmoderados. Tambien nos enseña que el hombre bueno jamás puede ser considerado como esclavo, por mas hierros de esclavitud que señalados tenga en su rostro, así como ningun hombre perverso podrá tenerse por libre, si quier se llame Creso el poderoso ó Midas el sábio.

Mas ¿qué victoria debería alcanzar del pueblo hebreo, al quererlo dirigir Filon por la senda de la libertad verdadera?

En la incertidumbre de los Judíos que despues de no haber conocido á su libertador Jesus persistian en buscar la libertad lejos de su enseñanza, ¿podrian acaso aceptar sin recelo ó desden doctrinas de griegos y romanos y á emular los ejemplos de los héroes de la pagana Atenas?

Vana debió ser la empresa de Filon: vana fué: ¿cómo el pueblo judáico habria de salir del abatimiento á que estaba reducido en fuerza de sus maldades, por medio de la aceptacion de las doctrinas filosóficas de la libertad, tales cuales eran profesadas por griegos y latinos en veneracion de sus sábios mas renombrados?

La libertad, como la habian comprendido, los entregó á la opresion de los Tiberios, Calígulas y Neronés. Mal los hebreos, á vista de ejemplares tan solemnes, podrian ver sin menosprecio é irrision las teorías de aquella libertad estéril para el bien y fecunda engendradora de opresores, ya hipócritas de libertad para con el pueblo, ya tiranos insolentes y públicos defensores de su nombre: mal los hebreos, en fin, podrian salir de su esclavitud con el modelo del hombre libre que Filon les presentaba. Hebreos, griegos y romanos iguales habian venido á ser en servidumbre, si bien en las formas diferian estas.

El poeta Aulo Persio, doctrinado en la filosofía estóica de Cornuto, y tenido en tan alta estima por los romanos, á pesar de lo reducido del número de sus es-

critos, decantó los bienes de la libertad, y no libertad como quiera, sino de aquella que puede hacer al hombre verdaderamente libre: no libertad, en suma, sujeta al inscontante querer de los humanos. Aulo Persio llegó á alcanzar que no es libre aquel á quien su Señor concede el don de la libertad, sino el que vive y puede vivir segun la virtud: no como el avariento en la servidumbre de las riquezas, ó el lascivo en la de los torpes placeres.

Pues bien, el poeta filósofo que consideraba á los vicios como señores internos y absolutos del hombre, y aun mucho mas peores que los que tenian esclavos, aconsejaba, atento á la brevedad de la vida, que esta se pasase en deleites y regocijos. ¿Qué fruto podria adquirirse de tales contradicciones? Por una parte aspirando el poeta á pintar los daños del predominio de los vicios, y la consiguiente servidumbre, y por otro encareciendo la necesidad de los goces mundanales por ser tan corto el plazo de nuestro vivir.

Séneca, en tanto, todavía en la córte de Neron, entonaba acentos de libertad, no como la expresion sencilla y enérgica de su sentir, sino como recuerdo imitatorio y á veces involuntario de otros hombres y de otros siglos, y mas como retóricas bizarrias para engalanar los escritos, que como enseñanza convincente y profunda para aquel pueblo gentil y degenerado hasta de su gentilidad misma.

Si se preguntaba á Séneca qué entendia por libertad, su respuesta consistia en no servir á ninguna cosa, á ninguna necesidad, á ningun caso, y reducir la

fortuna á lo justo. Igualmente consideraba que no es libre aquel á quien inflama el ánimo soberbio. No consideraba Séneca otro camino de la libertad en medio de las tribulaciones de la opresion que la propia muerte. Por el precipicio segun él, se baja á la libertad; la libertad está en las profundidades del mar y de los rios; en las ramas de los árboles. "Preguntais, exclama, por cual camino se vá á la libertad? Por cualquier vena de tu cuerpo abierta con un leve escalpelo." Séneca, por último creia que la libertad completa se obtendria por la tranquilidad del ánimo y por la expulsion de los errores. Y ¿cuál era la libertad que Séneca llamaba completa y en qué estribaba? En no temer á los hombres, ni á los Dioses, ni querer las cosas torpes, ni las demasiadas y tener sobre sí mismo la mayor potestad ó predominio. "La muerte se ha de preferir á la esclavitud y á la torpeza: ninguna esclavitud ó servidumbre es mas vil que la voluntaria."

Así para confusion y para ejemplo de la flaqueza del hombre, y de la nada de nuestra inteligencia, apartada del divino conocimiento, el autor de los libros de la *Providencia*, de la *vida bienaventurada*, de la *tranquilidad del ánimo*, de la *constancia del sabio* y de la *brevedad de la vida* manifestaba que el filósofo no debería tener en manera alguna riquezas arrebatadas á otros, ni teñidas en agena sangre. Pero en la hora de poner en ejecucion sus máximas desaparecian de su entendimiento. El hombre que se sujetaba á ser maestro de Neron, cuando Neron affigia á la pátria y cuando los sobornados matadores pisaban

segura y honradamente los umbrales de su palacio, no podia llamarse el Séneca autor de aquellos libros que han llegado hasta nosotros con la veneracion de las edades.

Pítaco y Anacarsis Escita, llamados por Creso para recibir hospitalidad y honras en el alcázar del mas rico de los mas ricos monarcas de la tierra, respondieron: "Agradecemos, oh rey, tu generosidad, en ofrecernos tesoros; ninguno de ellos tomaremos, pues nos basta la tranquila, dulce y jamás envidiada posesion de lo muy poco que sirve para nuestra vida. Iremos á verte solo para conocer personalmente á quien se muestra tan hospitalario." Séneca olvidó estos ejemplos de filosofía y asistió en la corte de Neron, no para regir con sabios consejos el ánimo del jóven Emperador, desvanecido frenéticamente con el gran poderío romano, sino para enriquecerse con las dignidades y bajo la sombra de un príncipe malvado.

La vida de Séneca es la mezcla mas confusa de la virtud y de los vicios en un mismo sugeto: el saber dictando leyes á la moralidad del hombre y separándose de las máximas que presentaba al mundo para bien vivir con el desprecio de la fortuna. Parece como que quiso dar ejemplos de la sinceridad de costumbres en sus escritos y seguir en la vida los contrarios para probar que apartándose del camino seguro de la virtud, ni la sabiduría logra firmeza en la prosperidad ni el gran ingénio basta á detener las consecuencias de los vicios, si la sabiduria y el ingénio han sido sus esclavos.

¡Gran enseñador de los bienes de la libertad del hombre podía ser Séneca el consejero de Neron, el que con los rasgos de su ingenio pretendia encubrir las sangrientas ejecuciones de un tirano á los ojos del Senado y del pueblo! ¿Qué secuaces habia de tener tal apóstol de la libertad que ni secuaz era de sus propias doctrinas? ¿Qué nuevo y poderoso apologista de este gran bien el que ponía la consecucion de la libertad en las doctrinas del suicidio, doctrinas dictadas por el miedo, por el orgullo ó por la desesperacion?

V.

Y decia Jesus á los Judíos que en él habian creído: "si vosotros perseverareis en mi palabra verdaderamente sereis mis discípulos, y conoceréis la verdad *y la verdad os hará libres...*" Le respondieron: "Linage somos de Abrahan y nunca servimos á ninguno. Pues ¿cómo dices tú *serás libre?*"—Jesus les respondió: "En verdad, en verdad os digo que todo aquel que hace pecado esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en casa para siempre, mas el hijo queda para siempre. *Pues si el hijo os hiciere libres, verdaderamente sereis libres.*"

Y para hacer verdaderamente libres vino Jesus al mundo y para *hacer verdaderamente libres* se propagó su doctrina y para que *seamos verdaderamente libres*, hemos recibido la señal del cristiano.

Libertados del pecado, debemos ser siervos de la justicia, y no debemos escuchar la voz de los que prometiéndonos libertad, son ellos mismos esclavos de la corrupcion y como vencidos, esclavos de quien los venció.

Dos maneras hay de libertad, distinguidas por los mas sabios varones del cristianismo: la teológica y física: la civil y la política. La primera estriba en el dominio de la propia voluntad y la segunda en la po-

sesion independiente de la persona: al nacer, vá aquella tan estrechamente unida al hombre que este no puede existir sin ser libre, teniendo para su defensa las armas de la razon y de la fé.

El célebre filósofo y mártir Justino proclamaba la libertad del albedrío en la primera de sus Apologías del Cristianismo, dirijida al Emperador Antonino Pio, diciendo:

”Si el linage humano se hallase privado de la eleccion *libre* entre el bien y el mal, no podria atribuírsele alguno de sus actos. Pero muy fácilmente está en nuestra potestad la demostracion de lo contrario; pues el hombre sigue la virtud *libremente* y *libremente* se arroja en brazos de los vicios, lo cual se prueba de que segun su querer, pasa del vicio á la virtud, y de la virtud al vicio. Si el destino hubiese decretado que el hombre fuese bueno ó malo, ni existirian tales contradicciones ni tan frecuentes mudanzas. Admitido el fatalismo, ya no hay malos ni buenos: todo está en el poder del destino, y el destino es solamente el autor de todas estas contradicciones.”

Los primeros cristianos así enseñaban á los gentiles el fundamento de todas las libertades. Quítese la libertad al albedrío para la eleccion del mal ó del bien, y el hombre empieza por declararse esclavo del destino. ¿Cómo podia ser ni llamarse libre el hombre que se tenia por encadenado al fatalismo, á la necesidad inevitable y absoluta de lo que llamaba hado?

Negando la inconcusa libertad de su albedrío, á qué libertad aspiraba el que no se reconocía libre? Si

por un ciego é invencible destino uno alcanzase la ventura de ser bueno y el otro la desdicha de ser malvado, ninguno merecería loores, ninguno el ódio, el horror ó el desprecio. Faltando la eleccion, faltando la libertad para nuestras acciones, faltarían también los merecimientos y entonces ¿á qué las honras, á qué los premios, á qué los castigos mundanales?

Fortalecidos en la libertad de su alma caminaban los cristianos al martirio. "Solamente con negar que somos cristianos, libres quedaríamos de los suplicios, decía San Justino; pero no queremos vivir rescatándonos por medio de la mentira."

Hé aquí cómo defendían los primeros cristianos la libertad de su virtud.

Odiados y perseguidos, y en cadenas y en tormentos y en patíbulos, castigábase en ellos el ser cristianos y su libertad invencible. Todas las falsas religiones gozaban de completa libertad entre los paganos; la habia hasta para adorar los árboles, los rios y todo género de animales, aunque fuesen inmundos: sola esta libertad se negaba á los cristianos para predicar su fé, para venerar públicamente la religion de la verdad.

San Justino en su Apología reclama del César que pues todos los súbditos del Imperio tienen libertad para escribir de sus dioses y para dedicarles sus cultos, se concediese á los cristianos la que segun el derecho comun les correspondia. No era esta, no, defensa de la libertad de cultos hecha por los primeros padres de la Iglesia: no; sino la legítima consecuencia del politeismo establecido, en ejercicio libre para todos y vedado á los cristianos.

Si habia libertad hasta para cultos impúdicos y ridículos, ¿qué ley podia vedar lógicamente, á menos que no fuese arbitraria é indigna, la práctica de una religion, encomiadora de las virtudes y enemiga declarada y solemne de todos los vicios?

El gran filósofo Ateniense Atenágoras reclamaba de los emperadores Marco Aurelio y Cómodo la libertad, que ellos respetaban en tantos pueblos sujetos á su dominio, para tener sus leyes, tener sus costumbres, y tener sus religiones, por mas risibles y degradadas que fuesen.

El amor de la libertad de su albedrío hacía decir á San Ignacio Mártir al dirijir una de sus epístolas á los fieles de Roma. "No os impongo un precepto cual pudieron, Pedro y Pablo: Apóstoles eran, yo estoy condenado, libres fueron, y yo aun permanezco esclavo. Si alcanzo la corona del martirio, Jesucristo me habrá sacado de servidumbre, y entonces conseguiré la libertad verdadera."

De este modo los que tenian en su conciencia la libertad de su alma, los que no se consideraban ligados á la necesidad insuperable del fatalismo, ni esclavos del vicio ó de la virtud, predicaban el ejercicio de la libertad humana, no para abusar culpablemente de ella, sino para encaminar á los hombres al bien por la recta via de la verdad, entregando en prendas de su fé las vidas á los tiranos.

"Nadie se ampare del destino, escribia Minucio Félix en el siglo de Septimio Severo: nadie le atribuya maldades, crímenes ó excesos. En todos los aconteci-

mientos de la vida, por mas varios ú opuestos que sean, el hombre queda siempre en su libertad propia.”

”No hay para Dios espectáculo mejor que ver cómo el cristiano combate con los dolores, cómo provoca las amenazas, cómo los tormentos, cómo la crueldad de sus verdugos, cómo el aparato y los horrores de la muerte, cómo defiende su libertad contra los príncipes y los emperadores, cediendo solamente á Dios, y cómo al morir triunfa del mismo juez que lo ha condenado; porque únicamente quien consigue lo que desea, ese y no otro es el vencedor.”

En lúgubre cárcel eran encerrados los cristianos: el uso *libre* de la luz les estaba prohibido; pero por mas *libres* se consideraban en las prisiones que en el siglo, pues en ellas se veían desatados de cuanto pudiera servir de esclavitud á sus almas. Tertuliano comprendia que mas reos que en las cárceles se hallaban en el mundo, y mas delincuentes en espera, no de la sentencia despreciable de un procónsul, sino la del juicio de Dios. San Cipriano exhortaba á la perseverancia á los mártires en cadenas, y sujetos al trabajo de las minas, exaltando aquella admirable energía de sus almas, aquel soberano esfuerzo de sus espíritus y aquel alborozo con que esperaban los premios ofrecidos por el Señor, en tanto que andaban por las concavidades de la tierra con los cuerpos en cautividad, sí; pero con las almas libres siempre y siempre vencedoras de sus tiranos.

Así la libertad cristiana se ostentaba triunfante en los suplicios: así la libertad cristiana triunfaba en las

cárceles: así en las tinieblas y los penosísimos trabajos de las minas.

Las libertades políticas perecían con las persecuciones, mientras que la libertad cristiana era invencible y prepotente cuanto mayores crueldades ejercían los Césares, cuanto mas terrible era su señorío, cuanto con mas sangrienta obstinacion y pérfidas astucias se empeñaban en aniquilar la libertad de las almas, no sujeta á las voluntades de los hombres sus enemigos, ni al tiránico yugo de los soberbios monarcas, ni de las mal conmovidas turbas populares.

VI.

¡Oh qué grande y admirabilísimo espectáculo es la contemplacion de los Santos Padres en los primeros siglos de la Iglesia, ya en los tiempos de las horribles persecuciones, ya en los de la decadencia gentílica, ya en los padecimientos de la humanidad por las guerras desoladoras de los bárbaros. Por do quiera no se oyen mas ácentos de libertad que los de la libertad cristiana, lo mismo bajo las bóvedas de la basílica de Milan, que en las costas del Africa, así en los desiertos de la Tierra Santa, como en la populosa Alejandría, sin temer á los poderosos de la tierra, fija la mente en la libertad del albedrío, causa principal de llamarse el hombre hecho á imágen y semejanza de Dios.

¿Se aspira por ventura á comprender toda la extension de la libertad del cristianismo, toda la libertad que el cristianismo predicaba, toda la libertad que el cristianismo desea?

Si quereis ejercer la libertad y la fraternidad, ved cómo San Paulino de Nola enseñaba el modo de libertar de las tribulaciones, del acreedor injusto, de la opresion y de la injusticia á sus prójimos.

Por sacar del cautiverio á un cristiano, dejó sus amigos, dejó sus ovejas, dejó su iglesia, en fin, y se constituyó en cadenas para que un hermano suyo go-

zase de libertad, dando en rescate su propia persona.

¿Quereis saber quién es verdaderamente libre? San Ambrosio os dirá que aquel que en cualquier estado no está detenido por los vínculos de la avaricia, ni ligado por el miedo del delito ó de la culpa, aquel que contempla en seguridad lo presente y aquel á quien no asombran ó aterran las por venir. Por libre estima al que no sirve á ninguna torpeza, porque el bueno aunque sirva es libre, y el malo aunque reine, siervo es y será. Libre es todo sabio y todo ignorante esclavo. Donde el temor no existe allí está la libertad: allí acude la libertad donde se encuentra la potestad de hacer cuanto se anhele. El que procede en todo con prudencia y en rectitud vive como quiere, ese y no otro es libre ciertamente. Esclavo no es el sabio, sino solo libre, porque al sabio no puede compelerse á cosa alguna, ni cosa alguna prohibirse, y á quien no puede obligarse ni imponerse prohibicion, ese de ningun modo llega á la condicion de la servidumbre. Libre no debe llamarse el que se doblega bajo el yugo de ageno imperio, sino el que puede decir "no me hallo sometido al poder de ninguna pasion." Por eso, la fuerza de la verdad, por eso la admiracion de tan altos preceptos, por eso en la posesion de una libertad tan gloriosa, exclamaba el Santo Obispo de Milan: "*La victoria de Cristo, es la victoria de la libertad.*"

Esa independencia del alma, tan desconocida de los hombres libres del paganismo, aquellos esclavos del aura popular, esclavos de las turbas y pretendientes de su favor, era la que los cristianos deseaban, no re-

conociendo tal libertad en los ánimos de los que dependían del semblante y de las palabras de los hombres para saber lo que sentían ó pensaban y en qué opinión tenían á uno para no incurrir en su desagrado ó estudiar la manera de complacerlos. Para sacarlos de tal yugo y llevarlos á la libertad, recordaban el dicho de San Pablo. "Habeis sido llamados á la libertad: no os hagais siervos de los hombres." ¿Quién podrá darles la manumisión, quién sacarlos de tan torpe esclavitud? Solo aquel que enseñó que si el hijo nos ha libertado verdaderamente somos libres. ¡Cuán miserable fin nacer en libertad y morir en la servidumbre.

Grande es el don de la libertad: San Agustín lo enseñó al mundo. No queráis abusar de la libertad para pecar, sino usarla para no pecar. Nuestra voluntad será libre, si fuere piadosa: libre el que fuere esclavo, libre del pecado y siervo de la justicia. El bueno aunque siervo, es libre: el malo aunque reine, esclavo es: no hay mas pesados señores, que los vicios.

Sirve el hombre á sus propias pasiones, decía San Gerónimo, sirve á sus deseos, de cuya dominación ni de noche ni de día puede huir porque dentro de sí tiene á sus señores, dentro de sí padece una esclavitud intolerable. La demasiada libertad es origen de grandes discordias, y la libertad disoluta y agena de toda moderación, mala es y causa de confusiones.

Y donde quiera que la voz del Cristianismo se deje oír por los ámbitos del imperio, ya sea el solo romano, ya dividido en dos, el de oriente y occidente, la

voz de la libertad resuena, ya para considerar que debe reputarse por libre la esclavitud á los preceptos de Jesus, libre esclavitud, donde no la precision del hado sino la caridad es la que sirve. Si San Hilario decia que en nada se ha de estimar la libertad de los malvados, San Gregorio Niceno exclamaba: "la virtud carece de Señor. La libertad del siglo no hay duda que corona; pero los hombres redimidos están por Cristo." Esa libertad es imaginaria y nada verdadera. Tal opinaba Tertuliano. El que juzgue verdad la libertad del siglo, vuelve á la esclavitud del hombre, esclavitud que llama libertad y se aparta de la libertad de Cristo, esa libertad que juzga servidumbre.

Manifiesto era entonces el tiempo de la libertad humana para San Pedro Crisólogo al decir á los mortales que la culpa antes los engañaba haciéndoles creer que eran libres, cuando realmente los poseia cual míseros cautivos: ya la gracia los llama siervos, cuando verdaderamente para hacerlos libres Dios los adoptó por hijos. ¡Esclavitud dichosa que engendra la dominacion sempiterna!

En todos los Santos Padres mas ó menos explícitamente se halla el pensamiento de que el hombre habia perdido la libertad muerta: ya poseia por medio de la fé, la libertad indubitable, aquella que reconocia por fin ó término el cielo.

¿Creian y creen los hombres ser libres completamente ó completamente siervos? No. San Próspero de Aquitania decia: "Ninguno sirve sino con alguna libertad y ninguno es libre sino con alguna esclavitud."

”Tolerar se puede la pérdida de todas las cosas; pero nunca la de la libertad;” San Basilio Magno así lo dejó escrito, en tanto que los sabios del mundo, sujetos al yugo de los Césares conservaban una vaga idea de la libertad antigua, como un recuerdo histórico de la patria, y recuerdo lejanísimo de cosas excelentes, pero impracticables.

VII.

¿Se quiere ver una elocuente demostracion del poder de la libertad cristiana? Marco Tulio Ciceron, educado en la filosofía del paganismo, amator fervoroso de la libertad política, ¡cuán débil se mostró en el destierro, cuán falto de igualdad de ánimo, cuán lejos de la fortaleza de un romano libre padeciendo por la patria! Todo en él era inconsolable tristura, todo desdichado lamentar, todo flaqueza, todo abatimiento, al verse privado de honras, privado de glorias, privado de bienes, privado de las ternezas de la familia. ¿A dónde estaba el vigor del que enaltecia el poderío de la libertad diciendo que por libre debería tenerse el que no servia á torpeza alguna? ¡Falaces creencias las de Marco Tulio! Le faltaba la conviccion de la libertad de su alma, y no podia ser libre en medio de las adversidades, y eso que sus adversidades eran vivir distante de Roma y de los negocios públicos visitando apartadas provincias, pero en todas festejado respetuosa y afectuosísimamente por sus amigos y admiradores, á pesar de los decretos de los cónsules. ¿De qué le servian los preceptos de la filosofía, de qué la entereza del patricio romano, crecido en la libertad y doctrinado en la decantada energía de los hombres libres?

¿Y qué diré de Publio Ovidio, criado en el estudio y amor de la libertad por preceptores romanos y atenienses? ¿de qué no se lamenta desde su destierro en el Ponto Euxino? ¿á qué adulaciones vergonzosas no apela para conmover á Augusto y despues á Tiberio? ¿qué mayor bajeza de alma puede expresarse en mas magníficos versos?

Pero ni el talento, ni la educacion, ni la enseñanza filosófica podian dar á Ovidio lo que á Ovidio faltaba. La libertad de su espíritu, vencedora de toda tribulacion y mas fuerte que las iras de los opresores poderosos?

¡Cuán diferente fué San Juan Crisóstomo, perseguido por la indignacion de los malos y de una Emperatriz á quien comparaba á Herodías sañuda y danzando y pidiendo nuevamente la cabeza de Juan! No temblaba el Crisóstomo ante las iras de Eudoxia. Al contrario, la llamaba la insana y odiosa y nueva Jezabel. La persecucion en nada le atribulaba. Si lo arrojaban en el mar, resuelto estaba á imitar á Jonás: si en el lago á Daniel: si lo apedreaban á Estéban: si lo decapitaban á Juan el precursor: y si lo azotaban á Pablo; digna resolucion de quien habia aprendido la libertad en los apóstoles: digna de quien creia que nada aprovechaba la libertad de decir si no habia virtudes: digna de quien consideraba que ninguno era libre sino aquel que en Cristo vivia: digna del que profesaba la opinion de que una es la libertad que dan los hombres y la verdadera la que dá Dios: digna de aquel para quien la virtud era libre, y la naturaleza

humana honrada por la libertad del albedrío!

¿No fué San Juan Crisóstomo el que decia: "Solo aquel es libre que tiene en sí la libertad, como aquel es siervo que sucumbe á los vicios mundanales?"

Pues bien: ¿hay alguno que extrañar pueda verlo en el destierro, en la soledad y en las asperezas del Monte Tauro en la Armenia, durante tres años oprimido un invierno entero dentro del lecho por los rigores del frio, y correspondiéndose con los pueblos mas remotos, exhortándolos á la obediencia, procurando la conversion de los gentiles en Fenicia y el derribo de los templos paganos, así como la extincion de la heregia en Chipre, enviando misioneros á Persia y á Escitia, negociando con el emperador Honorio y con el Papa, y apelando de la injusta sentencia de un sínodo á un concilio general y libre?

¿No era San Juan Crisóstomo al que al partir al destierro, para mayor crueldad se compelia á caminar á pié y enfermo de fiebre largas jornadas? No era aquel á quien pareciendo poco á la saña feroz de sus adversarios el destierro en la Armenia, se conmutó para mayor agravio en el Ponto Euxino, donde espiró á los sesenta años? Y en medio de estas ignominias, de estos rigores y de estas violencias, ¿se debilitó un punto la firmeza de su ánimo? Nunca. En lo que mas podia afligirle hallaba su mayor consuelo. ¿Y á qué debia tanta fortaleza? A la libertad cristiana incontrastable, á esa libertad aprendida en la leccion constante de las epístolas de San Pablo, de aquel apóstol que supo convertir á San Agustin con la lectura de

aquellas palabras que decían: "No en banquetes, ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de Ntro. Sr. Jesucristo y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo."

¿Qué envidiaba santamente mas el Crisóstomo? ¿qué tenía mas en su corazón y mas delante de sus ojos para ejemplo? á San Pablo. "Mas honra es para mí," decía, la afrenta y el abatimiento por Cristo que las monarquías del mundo; mas quiero ser Pablo en una cárcel y estar en un rincón de ella con él, que será en el cielo. ¡Gloriosas prisiones y manos que las padecieron por Dios! "Si yo fuera tan dichoso de verlas en las mias, ¡cómo me engalanaría con ellas, cómo las llegaría con tiernos ósculos á mis labios, cómo las colocaría sobre mi corazón! Si me dijera Dios cuál querría mas, la gracia de hacer milagros, la de resucitar muertos, la de dar vista á los ciegos, respondería:—Señor, no hay comparacion de lo uno á lo otro: venga la cadena de Pablo."

Y en otro lugar exclamaba: "No basta, no, ser Apóstol, no doctor, no evangelista para enseñar, si no se escribe con sangre la doctrina, si no es el púlpito la cruz, si no es la librería la cárcel, si no son los libros, los grillos y las cadenas."

"¡Oh cadenas bien aventuradas! ¡oh manos dichosas! Mas gloria tuvieron cuando estaban en ligaduras y hierros que cuando levantaron en Lystria al tullido y cuando le restituyeron la salud."

El Crisóstomo se veía en San Pablo cual en

claro espejo, y se admiraba de su fortaleza en sufrir trabajos, en padecer persecuciones y en expresar animosamente cuanto redundaba en gloria de Cristo.

¿Qué valen tantas decantadas persecuciones de defensores de la libertad civil y política, si han estado faltas de esta admirabilísima entereza que solo puede dar al ánimo la posesion mas cumplida y verdadera de la libertad cristiana, sin la cual las demás libertades cuán pobres y cuán débiles son y han sido?

Quien hubiese querido probar al Crisóstomo que era libre, necesitaba mostrarle la libertad del alma cual la tuvo aquel que siendo un pobre decia á Herodes: "No te es lícito tener la mujer de tu hermano Felipe." Cual la tuvieron los profetas, cual la tuvieron los apóstoles todos: necesitaba probar cuán distante se hallaba del deseo de las riquezas y de las glorias que atraen el temor y convierten á los hombres en esclavos y aduladores, y les dan, no un Señor, ni dos, ni tres, sino miles y crueles: por mas que sean insignes en los palacios, obtengan poderío y grande y se consideren como esplendor de la patria, pierden la libertad y son abyectísimos esclavos de todos.

Al llegar aquí quién no deberá exclamar con San Juan Crisóstomo:

"¡Cuán buena es la libertad del alma!"

¡Frase sublime, por la verdad, y verdad confirmada por la doctrina que en sus ejemplos nos enseñó aquel que supo predicar que el alma que vive conforme á la voluntad divina puede reprender con libertad

amplísima hasta á los monarcas, porque ni los furores de Herodes ni sus amenazas bastarán á debilitarlo hasta el punto de olvidarse de sus obligaciones, y tanto y tanto reprenderá libre como en la prision, tanto desde la cárcel como desde el yermo.

VIII.

Y el canto sublime de la libertad constantemente ha resonado en los labios de la Iglesia. Aurelio Prudente celebraba á la fé libre en medio de los azotes y de las segures y el ánimo quieto y libre ageno de tristes dolores y la admirable libertad de Cristo. San Gregorio Magno nos pinta al que exaltaba la virtud libre derrocado por la libertad cautiva: San Anselmo exclama que nos hizo Dios siervos para sí á los que éramos malamente libres: San Lorenzo Justiniano llama perfecta é ignota libertad á la servitud de Cristo: porque las demás dignidades acaban y esta inconcussa persiste: las otras están llenas de cuidados y temores, y esta alegre á su poseedor con el gozo y con la paz: San Bernardo considera á la esclavitud forzada como dignísima de compasion, pero á la deseada como la mas infeliz: y San Antonio de Padua profería estas palabras en elogio de la libertad, obtenida por la fé: "Oh hombre! si quieres gozar de libertad, pon tu garganta en el collar de Dios y tus piés en sus esposas. No hay gozo sobre el gozo de la libertad que no pueda conseguirse si no inclinas el cuello de la soberbia al collar de la humildad y los piés del carnal afecto en los grillos de la mortificacion, y entonces podrás clamar con David: Yo soy tu siervo é hijo de tu esclava."

Así expresaba sus pensamientos aquel religioso, á quien vemos representado en nuestra imaginacion como lo trasladó al lienzo Murillo: cercado del esplendor de la gloria divina y de ángeles y de serafines: así escribía en Italia, donde seis siglos despues Raiberti, en medio de otra civilizacion que quiere aparecer contraria á aquellos preceptos, llamaba á la libertad privada la mejor de las libertades que se abdica delante del altar de las pasiones, siendo los hombres esclavos de la avaricia el uno, de la ambicion el otro, de las mujeres, de la gula, del juego, de la pereza, todos tiranos mas crueles y mas tremendos que los pintados en el teatro de Alfieri.

Y al hablar del siglo XII ¿cómo olvidar al serafin de Asís, al que en su admirable abatimiento se llamaba Francisco, hombre vil é indigna criatura de Dios nuestro Señor? ¿Cómo pintaba la soberbia del hombre en aquel siglo considerado como bárbaro por los nuestros, soberbia exactamente igual á la de la orgullosa humanidad de la edad presente? "¿De qué puedes gloriarte? oh hombre, decía: porque si eres sutil y sabio y tienes toda ciencia y sabes interpretar todo género de lenguas y escudriñar sagazmente todas las cosas celestes, en ninguna puedes gloriarte, porque un solo espíritu malo sabe de las cosas celestiales mas que tú y mas de las cosas terrenas que todos los hombres."

Cuando el poder, las armas y el valor de los reyes se empleaban solo en guerras de unos contra otros y no en libertar á los cristianos que gemian bajo el yugo de

los infieles sin esperar otro término á sus fatigas que la muerte, San Pedro Nolasco instituyó la orden de la Merced que pudiera mejor llamarse de libertad, porque era de Misericordia. ¡Cuántos cautivos del mundo y vencidos de sus vanos y falaces deseos, y enagenados de sí, caian en manos de infieles y abrian sus ojos á la luz con que la Providencia los ilustraba en la tribulacion y veian las tinieblas en que habian estado! ¡cuántos conocian sus errores! ¡y cuántos redimidos de la cautividad de los mahometanos por la piadosa generosidad de los hijos de Nolasco, quedaban redimidos igualmente de la esclavitud de sus pasiones, por la gratitud, y por el conocimiento de la religion libertadora!

Y en tanto que estas doctrinas se practicaban, Petrarca, soñando con la restauracion de la libertad del paganismo y viendo por do quiera "á la plebe temiendo al tirano y al tirano temiendo á la plebe," creia haber hallado la union feliz de todas las libertades para ejemplo del orbe cristiano en la exaltacion del tribuno Nicolás Rienzi y en el mantenimiento de su poderío popular, desde el Capitolio de Roma. De Petrarca mas celebrado como poeta que como filósofo, y mas memorable y elocuente como filósofo que como poeta, podia decirse en el caso presente con San Basilio el grande: "Sueño es la esperanza de los que velan."

"Tú te jactas de ser libre, escribia á la humanidad el cantor de Láura, é ignoras no digo ir al sepulcro, si podrás ir hoy libre á tu dormitorio. Vuestra libertad pende de un sutil hilo." "Soy libre (repíte el hombre,) cierto, responde Petrarca." Si eres pruden-

te, si justo, si fuerte, si modesto, si inocente, si piadoso. Si alguna cosa de estas te falta, por ella eres ya esclavo. "He nacido en patria libre (exclama el hombre,) y Petrarca replica. Las ciudades libres en tu edad misma por el movimiento natural de la vida siervas se vuelven á poco."

Y Leonardo de Arezzio, deplorando las injurias que al pueblo hacian las familias nobles, expulsos de Florencia los ciudadanos, lanzados de sus posesiones, y por do quiera incendios, rapiñas, heridas y muertes causadas por los que tenian el mando, convencido de que la paciencia y la libertad ejercidas de aquella suerte, no podian existir juntas, y en el deseo de una restauracion vigorosa de las leyes contra los delincuentes, por mas poderosos que ellos fuesen, rompió en estas razones. "¿Llamais á esto libertad? Y ¿qué otra cosa practican los tiranos que matar y robar y hacer cuanto quieren sin temor alguno? Opresos, creedme ya: sostenemos una libertad especiosa en las palabras, pero en los hechos una esclavitud verdadera y torpísima."

Tales eran los lamentables ensayos de una libertad semejante á la de los tiempos del paganismo. Pero llegó la hora de que este pugnase por renacer y renaciese con su misma civilizacion, y con sus mismos hombres, aunque conocidos por denominaciones distintas.

Recorrió el imperio de los Césares en cultura y poderío desde Augusto en Roma hasta Constantino Paleólogo en la antigua Bizancio toda la misma escala que media desde las medallas de la ciudad de Veleton en la

Lucania, en que la esculpida cabeza de Alejandro el Grande rivaliza con las de Fidias y Praxiteles hasta las monedas en cobre de los postrimeros emperadores de Constantinopla, cuyas figuras, en toscas líneas de un grosero cincel, se asemejan á las figuras trazadas por los niños.

Expiró el imperio de los Césares en el siglo XV bajo el ímpetu irresistible y el terror fragoroso de las armas avasalladoras de la pujante Media Luna: expiró, y parece que su expirar fué el signo de la resurreccion de los primitivos siglos de aquel imperio. Renace todo un mundo pasado. La arquitectura se presenta con los preceptos de Vitrubio y declara caduca á la bizantina, romántica y gótica, artes de que no se escribieron artes completos sino en los mismos edificios consagrados á Dios y á la maravilla de los siglos. Renace la poesía, renace la elocuencia con las formas de los griegos y latinos; empresa comenzada en anteriores siglos por Dante y por Petrarca con gran entusiasmo pagano y con poco del cristianismo, y por Arnaldo de Brescia, que para impugnar el dominio temporal de los papas mezclaba textos de Tito Livio y de San Pablo. Tácito resucita con el nombre de Machiavelo para la enseñanza de los tiranos. En Pomponazzi, dedicando su libro de la inmortalidad del alma á Leon X y diciendo que por demostracion no conocia á aquella, sino por la revelacion de la escritura y decisiones de los concilios, hombre todo atrevimiento en la ciencia y todo dudas en la fé, preconizador de la doctrina de que para las gentes brutales se hizo la inmortalidad con

objeto de reprimir la perversa inclinacion de los espíritus groseros, renace un Plinio el mayor y cuantos materialistas le precedieron ó han seguido: en Lutero y sus secuaces renace un Menandro, que segun San Epifanio se gloriaba en ser enviado de Dios: un Basílides que, cual decia San Ireneo aseguraba que tan solo á él fué revelada la verdad por Jesucristo; en otros mil como vivieron entonces, y otros que despues acá han infestado el universo con sus doctrinas, faltos de toda originalidad, como sin comprender las causas de las cosas, notaba en este punto con razon el impío criterio de Helvetius. Y desde ese instante la Iglesia preparándose á una nueva lucha tenaz con el paganismo que cual el fénix brotaba de sus cenizas, daba un ejemplo admirable de su enemistad invencible con el mal y su entusiasmo por el talento: la misma mano de Leon X que anatematizaba los escritos de Lutero suscribia el breve en elogio de Ariosto y de su *Orlando*.

Despertóse en el mundo un deseo de libertad, pero deseo de libertad, no prosiguiendo ó perfeccionando el cristianismo, al tenor del evangelio y de las doctrinas de los Santos Padres para establecer en todo, no una libertad desordenada, combatida y transitoria, sino al tenor de la que tenian ó á la que aspiraban los griegos y latinos, olvidándose de aquella filosófica sentencia. "¿Qué fué la libertad sin Caton? Lo que Caton sin la libertad."

Lutero proclamó la libertad de pensar, el libre examen; y por una contradiccion de la debilidad de la inteligencia en el hombre soberbio con su vana sabiduría,

empezó por negar en su libro de la *Libertad cristiana*, origen de tan sangrientas guerras, la libertad del hombre.

Así el defensor de la libertad del pensamiento, negando la del albedrío, declaró la esclavitud ingénita en el alma humana, aunque tal vez la concediese para las cosas civiles, ya tratándose del bien, ya del mal: así Lutero se convirtió en mísero sectario de filósofos de la antigüedad pagana, queriendo quitar á los hombres la dignidad, y hasta la responsabilidad de sus acciones para con el mundo y para consigo mismos, empresa temeraria por haber gloriosamente refutado esta opinion Santo Tomás de Aquino, con el estudio de tantos como le habian precedido en la defensa del libre albedrío.

Y por consecuencia de la identidad en el error, Tomás Hobbes, Espinosa y Helvetius y tantos filósofos, guiados del fatalismo, combatieron y combaten la libertad del alma, y sin embargo, todos representan en su siglo y en su nacion el progreso moderno, y el espíritu liberal de nuestros dias.

”¿Cómo puede ser bueno el que nada puede hacer si los astros no coadyuvaren á la obra? ¿Cómo huir del mal, si los astros han destinado otra cosa? Quitada la libertad del hombre, quitada está la dignidad de su condicion y la que entre las criaturas corporales tiene el primado, dotada admirablemente con alma racional, está sujeta á la indigna esclavitud del hado ”decia San Cirilo de Alejandría en el siglo V de la Iglesia. Y sin embargo Lutero en el XVI resucitó toda

la teoría pagana del hado, y la han seguido hasta filósofos mas enemigos del cristianismo. Locke al llamar facultad electiva á la voluntad, y al disputar no si la voluntad es libre, sino si es libre el hombre, conviene en que el fin y verdadero uso de la libertad y no su disminucion es suspender los deseos y examinarlos para la eleccion del bien porque la libertad no consiste en sacudir el yugo de la razon y en no estar sometidos á la necesidad de examinar y juzgar; pues los locos y los insensatos serian solamente los libres. Evidentemente el célebre lógico inglés no pudo menos de decir que la gran perfeccion de la libertad consiste en enseñorearse de las pasiones. Y en esto ¿qué decia el gran filósofo protestante? Sin él creerlo no hacia mas que repetir lo que habia escrito San Agustin: queno es libre la voluntad cuando está poseida de la codicia: lo que habia consignado en sus libros San Ambrosio "que quien es de la lujuria siervo es: solamente es libre aquel que puede decir, yo no soy arrastrado por el poder de ninguna pasion."

Si los hombres tenemos pasiones fuertes y violentas, libertad tenemos para dominarlas. El hombre es libre para amar, y libre para amar á Dios, porque Dios quiere al hombre libre, como se lo ha enseñado en su maravillosa doctrina con palabras de verdad, de caridad, de libertad y de esperanza.

Pugnan los hombres porque el reino de la igualdad y de la humanidad se establezca y al propio tiempo huyen del evangelio, sin comprender que aquel reino que desean será una verdad siempre que quieran tenerlo.

Cuando vemos agitarse los pueblos por los rigores del pauperismo, y por la propagacion de doctrinas, contrarias á la seguridad de los estados, involuntariamente se nos viene á la memoria la gran ciencia de un varon despreciado por la impiedad en nuestro siglo, San Francisco de Asis; el *fundador de frailes* como se le llama con desprecio por Marchena. Ah! aquella ciencia era la de la mayor virtud, la de la mas alta sabiduría y la mas conocedora del corazon humano y de los vicios y de las necesidades sociales. Aquel profundo sabio que absolutamente ignoraba que lo era, en vez de llevar á la mísera y desdichada plebe las ideas de derechos políticos que exalten sus pasiones, en vez de inspirarle el pensamiento de la soberbia, en vez de promover en los ánimos las aspiraciones de la ambicion, y en vez, en fin, de lisongear con imposibles sus esperanzas, se propuso, conociendo que la pobreza es inevitable en el mundo, evitar en los pobres el predominio de las malas pasiones, y el furor de la desesperacion por el malogro de promesas engañadoras, cual predicán á los mortales los modernos y desdichados regeneradores. Enseñó, pues, que la pobreza, aunque está envilecida á los ojos de los inícuos, poniéndose bajo el amparo de la cruz, se halla sobre todas las grandezas de la tierra, que en la pobreza está sembrado el tesoro de la fé, pobreza feliz para enseñar á los indoctos, aquella que designaba á los mortales el oráculo de Delos, verdadero espejo de Cleantes ó de Diógenes, con el cual conociéndose á sí misma la humanidad, podia alejarse de las contradicciones de la vida á un seguro

puerto, pobreza, en fin, que fuera sabiduría que naciese sin maestro.

San Francisco de Asis, aquel que aconsejaba á sus hijos que no ostentasen tristeza en el rostro ni en la faz la turbulencia, aquel que entre todos los dones del Espíritu Santo, que Dios concedió á sus siervos, consideraba como el principal vencerse á sí mismo, aquel que fundó la gloria de su gerarquía en la pobreza, aquel que para alejar la soberbia predicaba á los mas hermosos y los mas ricos y á los que hiciesen cosas admirables que todas serian contrarias para ellos, y nada les pertenecerian, enseñó que los que eran guiados por la curiosidad de la ciencia encontrarian sus manos vacías en las horas de tribulacion. No queria á los suyos deseosos de ciencia y de libros, sino fundarla sobre la santa humildad, la pura sencillez, la sagrada oracion y la pobreza señora. "Esta es la sola y la segura via para la propia libertad y para la edificacion de los otros," exclamaba.

Y ¿era acaso porque creyese la ciencia incompatible con la religion que fundaba para la mejor práctica del cristianismo? No: en su religion han florecido admirables ejemplos de sabiduría, entre ellos San Buenaventura y San Bernardino de Siena y tantos otros por demás renombrados?

No: San Francisco de Asis hablaba no de los dados á la ciencia verdadera con la prudencia y la humildad, sino de los que la inquirian con el frenesí del orgullo.

Enseñó al pobre á ser humilde y bueno, buscó socorros para aliviar las miserias del pobre, con quien

partia su pan, y al propio tiempo dió á conocer á los ricos el mérito de la pobreza espontánea, la voluntaria abdicacion de sus bienes por medio de sus votos.

De esta manera los hijos de San Francisco dentro del cláustro, ó los que seglares vivian en el mundo, gozaban de las venturas de una pobreza consolada, dulce, feliz, grata, humilde y tranquila. Todo el arte de San Francisco fué que llevada pacientemente se trocase en riqueza del alma por medio de la abnegacion y del desprecio de engañosas dignidades, de riquezas aparentes y de deseables contentos.

¡Cuán felices serian las naciones si estas doctrinas se aplicasen convenientemente y por los medios que sean posibles en nuestro siglo, acomodándolas á sus costumbres! se quiere explotar á la pobreza por los ambiciosos porque en la pobreza está la muchedumbre: se le ofrece un bienestar incompatible con la organizacion de las sociedades: la riqueza universal seria un imposible, y tras las ideas de una libertad quimérica y unos derechos que le vulneran los mismos que se los predicán, la llevan á la mayor de todas las desventuras. A vivir en la desgracia la mas aterradora de todas: la que carece de tranquilidad, de consuelo, de resignacion y de esperanzas, odiando al que le facilita trabajos ó socorros: y siendo el escarnio y el juguete de la ambicion de los políticos, de la demencia de los utopistas, del furor de los demagogos, del ódio de los malvados que de todas maneras se sirven de su ignorancia y de su abatimiento.

Para nada se necesita mayor libertad en el alma,

que para tolerar la pobreza dignamente y para resistir los embates de tantos enemigos como la asedian para utilizarla en el mal. Por eso todo hombre, y mas el mas míseramente pobre, debe fortalecerse en la confianza de la libertad de su albedrío para defenderse de la perfidia de la ciencia de los malignos, del consejo de la alevosía política, de las persuasiones de la ignorancia ó de la locura y del engaño, en fin, que tratan de apoderarse de los sentimientos y de las personas.

Pero ¿esto es decir que el pobre debe quedar entregado á la abyeccion ó al envilecimiento? No es tal ni tal puede ser la doctrina de los grandes filósofos del Cristianismo. Eso sería confundir la humildad discreta, generosa, sencilla, alta y verdadera con el abatimiento y la degradacion del hombre, del hombre á quien San Hilario queria excelso de ánimo y de corazon sumiso á semejanza del rey profeta, que cual decia San Cenon no por exaltar su alma se gloriase en exaltar su corazon y en el corazon todas sus pasiones. La humildad entre los cristianos es segun el obispo Fausto de Riez una necesidad en los jóvenes y una dignidad en los ancianos: la humildad grata en el pobre y gloriosa en el rico, al sentir de San Valerio: aquella humildad, en fin, que cual enseñaba el Crisóstomo hace la grandeza del alma; porque toda la doctrina cristiana no consiste, al tenor de la sentencia de San Leon Magno, en la abundancia de las palabras, no en la astucia para argüir, ni en el deseo de la alabanza y la gloria, sino en la humildad voluntaria y verdadera.

¿Se cree por ventura que el cristianismo aconseja una humildad envilecida? Hasta para ser humilde quiere la religion libertad en el hombre, libertad completa. "No la humildad inducida es la alabada, sino la que tiene modestia y ciencia de sí misma en la opinion de San Ambrosio."

La humildad, pues, convierte en felicidades las miserias, y cuando la sublimidad logra ser humilde, mucho mas sublime aparece.

No coarte en manera alguna la violencia de la mayor calamidad la entereza de las almas, firmes en la fé que hace libres. Así en medio de la mayor tribulacion y sin medios al parecer para manifestar la libertad de nuestro albedrío, constante á Dios y á las inquebrantables leyes de la filosofía evangélica, haced lo que San Pedro Mártir de Verona. Faltándole tinta y papel y palabras, despues de ser mortalmente herido, escribió en la tierra con los dedos, enrojecidos en su propia sangre, su profesion de fé *Creo en Dios Padre.*

IX.

Recordemos la historia del pueblo entregado á sí mismo, tanto en las antiguas cuanto en las modernas edades. La necesidad es su ley y su consejero: ciego y desacertado es su juicio, y en él connatural y conocido todo error: se resiste á agradecer lo que se le dá y se queja de lo que cree que se le niega: es de cualquier mal viento impulsado y al peor á ese es mas obediente: considera que la tiranía es el alma de las leyes, y por eso está contra toda ley: el que se dedica á adularlo no puede satisfacerle los deseos, porque tiene por satisfacer los suyos y acaba en ser tenido por lo que verdaderamente es por incapaz del gobierno por poco entendimiento ó por pérdida de reputacion: no premia los merecimientos: solo en él predominan el favor y el interés: odia á aquellos en quienes brilla alguna señalada y excelente virtud: ostenta poca prudencia en empezar las empresas, y muy poco ánimo en salir de ellas, huye de los peligros antes de conocerlos, buscando sin saber lo que busca y pidiendo sin saber lo que pide, los cargos importantes sirven para ultrajar desvalidos, predicán todos igualdad y huyen sin embargo de la igualdad que nace en nosotros mismos, caminan por donde no quieren llegar, toman la justicia por medio de venganza: impiden todo bien los descontentos,

crece la calumnia esparcida por los espías que tiene siempre la envidia contra la fortuna del benemérito, viven todos en perpétua fatiga donde no hay alivio que se halle; la arrogancia del orgullo sueña en hacer á los hombres consumadamente felices y no se detiene con el temor su temeridad. Ocupan el poder gentes poco advertidas y menos ejercitadas, pero que conservan en la memoria los celebrados hechos de energía popular entre los griegos y los romanos, mientras aun aquellas sombras de virtudes que tuvieron estos pueblos yacen olvidadas: cuando ellos no mandan son infelices eras sin recuerdo y todo digno de lamentable olvido; emprenden combates en que el vencer no es gloria y el ser vencido afrenta; viven todos esclavos de la opinion, no de la verdad; la abnegacion en sus labios y escritos y el deseo de ser en sus almas son dos irreconciliables enemigos que en ellos moran y que hablan á todos contra sí: el ingénio por do quiera se vé oprimido de los errores y de la ira de los malos, en tanto que la ignorancia es libre para todo y aplaudida; convierten ellos mismos por su maldad y torpeza en oprobio lo que trazaron para su engrandecimiento; emprenden cosas árduas, queriendo subir mas arriba de sí mismos y sin alas para ello, y todavía cuando en medio de contiínuas sediciones y de la opresion popular pone el hombre los ojos en la ilusion de la libertad con que le adulan y cree que es verdaderamente libre, le parece que con solo llamarse tal lo tiene todo, y que nada le falta, aunque todo le falte, considerando que aquella ilusion y la promesa de conservarla es tan allá de su esperanza y su de-

seo que excede á la mayor comparacion, y en tanto los sentidos están locos y la razon está ciega: no hay ojos que lo vean para su socorro en los dias de la desventura y los hay para envidiarlos en la hora de sus prosperidades. Dominan por todas partes el amor sin verdad, el consejo sin prudencia y la concordia sin perpetuidad, juego en que se enciende el ódio y se extingue el amor fraterno, se apaga la compasion y se incitan las esperanzas, pero esperanzas vengativas: prevalecen los locamente ruines, en las palabras atentos solos á la virtud y á la felicidad pública y en el corazon amantes únicamente de su voluntad: véanse aplaudidas prendas que merecian ser despreciadas: si igual es á la admiracion el aplauso hácia algunos hombres beneméritos que han servido á la patria sin huir peligro y sin perdonar trabajo, no es constante á la estima la gratitud porque esta es una obligacion y solo porque lo es fácilmente se olvida por el pueblo. Verdades son estas que por mas que la experiencia las ha acreditado, parecen á muchos en nuestros dias como errores, propagados por el interés en daño de los hombres. Por eso los que tal piensan olvidados de los envejecidos daños de la humanidad, con la sucesion de siglos y el deseo de innovaciones, han resucitado las ideas republicanas y democráticas, ideas desechadas con terribles desengaños, y desoladores escarmientos por la sabia Grecia, por la potente Roma y por la edad media.

Desde Isócrates, el padre de la elocuencia de Atenas, está descrita la democrácia tal cual ha sido, es y será. "Nada mas inícuo puede haber, decia, que bue-

nos y malos alcancen la posesion de unos mismos bienes: nada mas justificado que en enmienda de tal error hacer que no obtengan iguales bienes los que en sí tienen tal desemejanza, sino que todos en correspondencia de sus merecimientos consigan la recompensa. Propónese la democrácia la igualdad entre los que logran participacion en el gobierno, y lo que mas en ella se enaltece es que no haya uno mas poderoso que otro, lo cual es sumamente ventajoso, no para los buenos, sino para los malos. Los que en las democracias ejercen autóridad suelen con sus decisiones muchos daños ocasionar á las repúblicas: gastan lo mas del tiempo en propios negocios: cuando á las juntas asisten van con mas ánimo de altercar y contender entre sí que para deliberar sobre el interés comun: los demócratas, malos unos con otros, anhelan y procuran que todos los que en el mando les precedan y sigan no acierten en la gobernacion del estado, á fin de conseguir ellos mayor concepto; y consideran mejores para servirse de ellos á los hombres mas audaces solo porque saben hablar en público.” Las grandes persecuciones de sugetos insignes, en Grecia, Roma y la Italia de la edad media, enseñaron á la humanidad que carecian de firmeza aquellos gobiernos que únicamente se apoyaban en una base tan vacilante como es el pueblo, dominado muchas veces por hombres de pensamientos viles, y como dijo Aristóteles: ”Su inconstancia y ligereza se deleita con las mudanzas frecuentes: pelea consigo mismo y con otros en las elecciones, y entonces la mayor ineptitud es la que trabaja.”

Por mas que hombres desdichadamente teóricos se obstinen en hallar el remedio de los males de la humanidad por la práctica de la democracia republicana, forma de gobierno exhumada de entre las ruinas de Esparta y Atenas, ruinas á que ella contribuyó en gran parte, hay argumentos invencibles en oposicion de sus doctrinas. Halagüeñamente poéticas se dirigen á adular al pueblo; y el pueblo siempre ha de ser crédulo y audaz, ignorante é interesado, ingrato y voluble, cuando está entregado á sí mismo. ¿Y por qué? Porque tiene el conocimiento de las cosas confuso y no perfecto, porque deseoso de novedades sigue fácilmente vanos errores y persuasiones falsas á placer del que sagazmente concita su amor ó su aborrecimiento, acogiendo de improviso con su inestabilidad lo que se le presenta como útil ó agradable sin respetar lo pasado y sin atender á lo futuro. Así sus elecciones solo por un acaso pueden ser razonables ó prudentes. Sentencia es conocidísima que en las repúblicas populares quienes reinan son el interés y el capricho.

Por eso cuando Demóstenes fué condenado al destierro, exclamó: "Pobre patria mia, que adoras por Dioses á quien tiene por suyos tres bestias tan infames: un mochuelo, un dragon, y el pueblo la peor de todas, fiera de cien cabezas ó acaso sin ninguna:" por eso Marco Tulio decia que los hombres inquietos y turbulentos ni ellos mismos podian aquietarse ni dejar que los otros se aquieten: por eso Francisco Petrarca, entusiasta por la libertad, decia que el pueblo por su naturaleza se dirige siempre á lo peor.

X.

Pero lo mas extraño de todo es que la Democracia republicana moderna, que ha tomado de los antiguos griegos sus ideas, ha querido y quiere aparecer como que las tiene propias, conservando solo de aquellos algo y no mas que algo, y atribuyéndose pensamientos nuevos, cuya práctica ha de traer la felicidad humana.

Y hé aquí que presentándose unas veces como adversaria decidida del cristianismo y otras como su falaz admiradora, pero en los hechos siempre enemiga, no ha vacilado ni vacila en apropiarse doctrinas de la Iglesia, como si no lo fueran. Nada la Democracia ha podido hallar mas sublime que las ideas del catolicismo: y por tanto falta de invencion y de poesía, cuando se proclama regeneradora de la humanidad, ha tenido que acudir á la filosofía cristiana, apelando al arbitrio tan usado de todos los que usurpan pensamientos, que es combatir al usurpado para mejor ocultar la usurpacion.

¡La Paz! voz repetida por todos los demócratas modernos en sus escritos, y en sus congresos, al propio tiempo, que enardecidos no solo combaten la fé católica, sino hasta la divinidad de Jesucristo. ”¡La Paz! acento proferido, en medio de las invocaciones para la guerra á todo lo existente: La paz! pensamiento dul-

císimo que como suyo, absolutamente suyo, proclama la democracia: ¿y qué es la paz? una aspiración constante de la humanidad: aquella paz tan deseada del mundo pagano; aquella tenida por mejor que la esperada victoria; aquella que se consideraba ser lo mismo que la libertad tranquila; aquella, en fin, celebrada por los Titos Livios, Marcos Tulios, Salustios, Virgilio, Ovidio y Silio Itálico. La paz, sí; pero paz amable y amada, paz eterna, firme, gloriosa é inalterable, paz desarmada, santa y serena: paz, tal como debe tener el mundo renovado por Cristo, inventor, origen y fuente de la paz; Dios no de disensión sino de paz y de amor, dando á la humanidad el evangelio de la paz! "Donde la paz está, allí está Cristo, porque Cristo es la paz", predicaba San Ambrosio. "Oh paz! sin tí no reinan los reyes, nada los reinos valen sin tí, y nada sin tí progresar pueden." Y si estas palabras profetizaba San Agustín, San Jerónimo exclamaba: "La paz es la que despoja de la servidumbre al hombre, la que le dá el dictado de libre."

"La discordia no es segun la razón del hombre," decía Lactancio Firmiliano; y hé aquí que los demócratas, mentidos apóstoles de la paz, hacen lo que Kempis notaba de ciertos hombres que no están en paz consigo mismos, y sin embargo quieren pacificar á los demás.

La sabiduría cristiana desde el cuarto siglo de la Iglesia, retrató para universal conocimiento á los falsos regeneradores de la humanidad, á los que como los republicanos de nuestros días se constituyen en apo-

logistas de la paz para establecerla tan luego como hubieren terminado con una victoria felicísima para ellos la implacable guerra emprendida contra el cristianismo.

“Todos aman la paz, aun los que mueven la guerra por capricho, pues estos nunca la mueven porque no quieren la paz, sino porque la quieren á su modo: no gustan de que en paz cada uno posea á su arbitrio lo que es suyo: quieren ser árbitros de lo que todos poseen.” Así retrató fielmente San Agustín para inolvidable enseñanza á estos encomiadores de la paz, como si esta pudiese residir verdaderamente en corazones fáciles á la ira y por tanto á la disension: como si la paz pudiera vivir donde no se encuentra la verdad en las disputas y la justicia en las acciones: como si pudieran ser amantes de la paz los que no pueden sufrir todas las cosas en el siglo, por amor de Jesucristo conservando la paz en el alma y en el cuerpo, como San Francisco de Asís aconsejaba.

Incansablemente la Iglesia la aconseja, incansablemente la Iglesia la proclama, y hoy, como en los tiempos de San Juan Crisóstomo siempre pedimos la paz, porque nada puede á ella igualarse: la pedimos en las súplicas, en las saluciones, y dos y tres veces y siempre decimos paz con vosotros, porque la paz es la madre de todos los bienes y materia y argumento de regocijo.

¡Guerra á la tiranía! es otro de los pensamientos de la democracia, ¿y acaso la Iglesia ha dejado de combatir á los tiranos? Pues qué ¿la Iglesia es pro-

tectora de ellos? Si Dionisio Halicarnaso consideraba que ninguna fé existia en la tiranía, y Herodoto que nada habia mas injusto y mortífero que ella: si de Grecia pasó á Roma el odio á los tiranos, no se crea ni un instante que la Iglesia ha dejado de excitar los ánimos contra la tiranía, con la misma ó mayor vehemencia que los antiguos filósofos griegos y latinos. Tiranos llamó á los perseguidores de los primeros fieles: "los tiranos cuanto mayores son, tanto peores; cuanto mas fuertes tanto mas feroces y opresores de los débiles y pobres." Esto San Pedro Mauricio abad de Cluni enseñaba. Los tiranos son aquellos que gobiernan los pueblos y vulneran las leyes á su arbitrio, arrebatando violentamente sus facultades á los súbditos, en el sentir de San Lorenzo Justiniano. ¿Y qué significaban estas frases? La continuacion de lo que San Agustin, lo que San Gregorio Nacianceno, lo que San Isidoro habian escrito sobre la tiranía; tiranía siempre combatida por la Iglesia, porque los tiranos siempre se agitan en el mundo, segun la sentencia del cardenal Hugo.

La Iglesia, cuando ha tenido parte activa en la gobernacion de los Estados, ha dirigido su inteligencia al impedimento de la tiranía. En el cuarto de los Concilios Toledanos se estableció que si algun rey por orgullo, por poderío viniere contra ley y fuere cruel contra el pueblo por braveza, codicia ó avaricia, sea dexcomulgado y condenado de la sentencia de Jesucristo y departido de Dios, porque osó malhacer y el reinado le sea tornado en pena.

San Gregorio Magno, acusado falsamente por los incrédulos del último y presente siglo como enemigo implacable de las ciencias y consiguientemente como acérrimo defensor del despotismo eclesiástico, en sus escritos supo predicar los bienes de la libertad en varias formas. "Mas dichoso es salir libre que despues de las cadenas buscar la libertad." "Verdaderamente libre es el que está en la soledad sin que la gran esclavitud de los negocios del siglo consuma vehementemente sus inteligencias y sin que la voluntad trabaje. No tener la condicion de la esclavitud es nada desear en el mundo. Si alguno logra apartar de su mente la dominacion de los deseos temporales, gozará de la libertad en esta vida, pues ningun anhelo de felicidades le afijirá y ningun terror de las adversidades podrá atormentarlo."

¿Quién mas procuró el bien y la libertad de los esclavos que se acogiesen á la sombra de la bandera del cristianismo sino San Gregorio Magno? ¿Quién mas que Pontífice tan excelso exhortaba á los magistrados imperiales á que las crueldades fuesen evitadas, que no se oprimiese como esclavos á los hombres, que se tuviese en cuenta que con la misma medida que midiéremos seremos medidos?

"Entre los reyes de las gentes y los emperadores romanos existe una diferencia; los reyes son señores de los siervos y los emperadores romanos son señores de los hombres libres. Debeis especialmente atender á la libertad de estos que al juicio de vosotros los magistrados está cometida; y si no quereis ofender la misma

libertad que heredásteis de vuestros mayores, debeis guardar honrándola la libertad de vuestros súbditos.”

Véase aquí la Iglesia defendiendo la libertad de los oprimidos, en tiempos desventurados en que era tan perdida entre los mortales, que solo vivia ardiente é inmutable, verdadera y ejemplar en los ánimos generosos de los cristianos, contra quienes nada podian el orgullo de los Césares, la malicia de los gentiles y la depravacion de la naturaleza humana.

Y ¿de qué labios salió primeramente la calificacion de tirano aplicada á los que cruelmente regian los estados? Los antiguos griegos y latinos solo atribuian esta voz á los que por fuerza de armas ocupaban una ciudad ó república y la sometian á la dureza de sus arbitrarias leyes, y á los que usurpaban la libertad popular y se erigian en reyes, San Agustin dijo; “El rey, cuando es injusto, es tirano,” calificacion repetida de siglo en siglo como una verdad innegable. Y si antes ya Orígenes habia escrito que el señorío de los príncipes debe estribar en el amor de los súbditos y no en el temor corporal, San Juan Crisóstomo enseñó que el principado no se debe á la sangre, sino á los méritos, y que inútilmente reina el que nace rey y no merece serlo: San Buenaventura demostró que el príncipe estaba obligado á ser fiel, pacífico, clemente y justo: Pedro Blesense que nada luce en él mas gloriosamente que amar y administrar justicia sin excepcion de personas; y San Antonino de Florencia que los príncipes deben excitar á los súbditos al bien, no tanto mandando como por medio de la doctrina de sus acciones.

¿Cuándo ha excitado la Iglesia por sí, ni por el consejo de sus sabios á los reyes á la tiranía, á la desigualdad en su gobierno, y á la injusticia? Jamás: El Crisóstomo al tratar de los ministros de los monarcas, queria que fuesen de tal suerte por un camino inmaculado, que no se inclinasen á una parte ni á otra, y que no con fraude alguno pervirtiesen los dogmas de la justicia y de la verdad. ¿Y todo esto á qué se dirigia? A impedir que los príncipes cayesen en el fácil lazo de la tiranía y de la soberbia. ¿Puede haber espectáculo mas sublime, mas tiernamente sublime que ver á San Gregorio Magno poseido de la mas desconsoladora afliccion al contemplar las guerras de Italia, que arrebatában tantas vidas y reducian á la privacion de la libertad á tantos hombres? El dolor hizo que soltase la pluma con que escribia los comentarios á las profecías de Ezechiel: el mas vehemente dolor le dictó estas memorables palabras: "Me es forzoso cesar en mi exposicion por el tedio que me causa el vivir. Yo no puedo entretenerme en el estudio de las escrituras porque mi cítara se ha convertido en llanto y mi órgano en la voz de los que se lamentan. Ya los ojos de mi corazon no velan para la indagacion de los misterios, porque mi alma dormita en el hastío de la vida."

¿Y qué conmovia tanto el ánimo de aquel gran Pontífice? Las desolaciones de la guerra: la opresion de los fieles: la pérdida de la preciosa libertad de sus hijos en Jesucristo.

Y ¿cuánto no es de admirar el amor del Papa Inocencio III á la igualdad humana, censurando en las

siguientes palabras el abatimiento del pobre en la opinion del mundo. "Clama el pobre y ninguno lo oye: habla el rico y cualquiera lo aplaude. Ha hablado el rico y todos callaron, y sus palabras se repiten por toda la ciudad. Ha hablado el pobre y todos dicen: ¿quién es este? y si ofendiere, todos lo abaten. Clama con energía el paciente y no hay quien juzgue. A los ricos dicen "siéntate ahí: bien," pero á los pobres "tú estate allí ó siéntate en el escabel que está á mis piés."

Santa Brígida exhortaba á los reyes al amor del pueblo, amor que se demostraba cuando aquellos le permitian el uso de las leyes aprobadas, cuando sobre la comunidad no dominaban exactores, cuando el pueblo no era gravado con nuevos inventos é imposiciones, cuando no se le vejaba con alojamientos onerosos é insólitos. "Podrá el rey, decía, para combatir infieles pedir sumisamente auxilios al pueblo y á la comunidad del reino, si los necesitare; pero absténgase de que esta necesidad no vaya á convertirse en costumbre y ley:"

¿Pueden dirijirse á los monarcas consejos mas vivos sobre sus deberes, alejando de sus ánimos la idea del absoluto señorío sobre las personas y los bienes de sus súbditos?

¿Y cuándo la Iglesia ha coartado la libertad para escribir contra los abusos que puedan cometer los malos ministros de ella? Ha borrado por ventura en las obras de San Agustin, San Ambrosio, San Gerónimo, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Magno y San Isi-

doro las graves sentencias proferidas en detestacion de los preladados, de los eclesiásticos seculares y de los monjes, que olvidados de sus deberes, daban ejemplos deplorables á los pueblos?

Con libertad San Bernardo reprendió á los que solo eran pintura é imágenes de monges, pero no monjes, fáciles á la ira, preparados por el resentimiento, prontos al ódio, de corrompidas mentes, inestables, curiosos, murmuradores, poseidos de envidia, ingratos á Dios, vestidos de la culpa y desnudos de la salvacion.

Con libertad Santa Brígida exclamaba contra las personas de los Pontífices en los tiempos de cisma y de afliccion de la Iglesia. "Tú que debes desatar las almas y llevarlas á mí: tú eres verdadero matador de ellas. Yo instituí á Pedro pastor y custodio de mis ovejas: tú eres el que las dispersa y desgarras: tú eres peor que Lucifer: él me envidiaba y nunca deseó mi muerte, sino dominarme. Tú eres tan perverso, que no solo me matas separándome de tí por tus malas obras, sino que matas las almas por tu mal ejemplo. Yo las redimí á costa de mi sangre y te las encomendé como un fiel amigo. Tú las entregas al constante adversario, del cual las redimí. Tú no solo me consideras como señor de nadie y no digno de algun bien, sino que condenas las almas inocentes y libras las dañadas. Tú eres mas cruel que Judas que solamente me vendió. Tú no solo me vendes sino tambien las almas de mis escogidos por tu torpe lucro y vano nombre. Tú eres mas abominable que los judíos: ellos únicamente crucificaron mi

cuerpo: tú crucificas y castigas las almas de mis escogidos, para los cuales tu malicia y transgresion es mas inhumana que toda espada.”

Con libertad, Santa Catalina de Siena escribió contra los vicios de los malos sacerdotes.

Y esta libertad no fué reprimida por la Iglesia: porque no atentaba contra su unidad ni contra el Pontificado, ni contra el sacerdocio, ni contra el Pontífice ni contra el sacerdote.

Y esa misma libertad en la reprension de los que no querian sujetarse á los preceptos de Dios, no impidió que la Iglesia colocase en los altares para la veneracion de los fieles las imágenes de San Bernardo, de Santa Brígida y de Santa Catalina de Siena: al contrario, esa libertad ejercida por el bien y solo para el bien contribuyó á aumentar merecimientos á merecimientos en aquellos bienaventurados espíritus.

Los que nieguen su razon al convencimiento de estas verdades, será por una desdichada ignorancia, y por no ver las cosas tales como existen. Percibirán una parte de ellas, pero no podrán percibir el todo.

Si se presenta un grabado del célebre Cláudio Mellan, la faz divina, por ejemplo, á una persona de reducidos conocimientos ó ligera en apreciar lo mismo que contempla, ¿qué verá únicamente? La imagen del rostro de Cristo, llena de dulzura y sentimiento.

No distinguirá el mayor mérito de la obra que consiste en que está formada de un solo trazo en espiral, uno solo para facciones, cabellos, lágrimas, corona de espinas y hasta el nombre del príncipe á quien la lámina fué dedicada.

Tal acontece á los que juzgan por la rápida impresion del momento.

Otros no quieren examinar las cuestiones de la religion ante la fuerza irresistible de la luz que despiden las obras de los santos padres: ante el esplendor de la verdad, ante los desengaños de la historia.

En vez de estudiar directamente lo que pretenden inquirir, han aprendido el modo de reducirlo á un criterio pequeño para percibirlo en la forma y con los colores que desean. En esto se asemejan á Neron cuando iba al circo á presenciar los combates de los gladiadores. Parecia de lejos que desestimaba el espectáculo, puesto que volvia las espaldas á la lucha; pero en una gran esmeralda veia reflejarse la viva pelea, los golpes dados y recibidos, la huida y la muerte de los vencidos, y el entusiasmo de los vencedores.

XI.

¿Acaso ha necesitado la Iglesia que la hipocresía y la superstición se combatan á nombre de la filosofía moderna y de la democracia? No seguramente. San Agustín reprendió á los hipócritas que tomando el hábito de monges pedían recorriendo provincias y tomaban el precio de su santidad simulada: San Próspero consideraba menos dañosa la iniquidad declarada que la encubierta, y San Bernardo censuró á los que pretendían ó deseaban honrarse en la escuela de la humildad. "Hipócríta, si es bueno el ser bueno ¿por qué quieres aparentar lo que no quieres ser? decía el Crisóstomo. Si es malo ser malo ¿por qué quieres ser lo que no quieres aparecer? Si bueno es aparecer bueno, mejor es ser bueno. Si malo es aparecer malo, peor es ser malo: luego aparece lo que eres ó sé lo que apareces."

Todos, todos los Padres de la Iglesia han pintado con vehementísimos colores lo que es la hipocresía: lo mismo San Agustín que San Gerónimo, San Ambrosio que San Gregorio Magno, San Isidoro que San Bernardo, todos unánimes y enérgicamente contra los amadores de la gloria del mundo y de las honras por medio de la simulación de las virtudes cristianas, los cuales convertidos en espectáculo del vulgo, desean las alabanzas y los favores de los hombres, engañan con

el aspecto, se burlan de los oyentes, seducen á las turbas, y ciegan á todos, siendo ciega la misma hipocresía porque no vé lo que no quiere ver, é ignora lo que no puede ignorar. Y la hipocresía no es vicio que debe rectamente atribuirse solo á los que olvidándose de los preceptos de la religion y de las doctrinas de los Santos Padres se convierten por reprobados fines en solo imágenes de penitencia, estátuas en que se quiere cubrir con oro la corrupcion de la madera, hombres abstraídos, al parecer, del mundo y entregados á la ambicion, á la soberbia, al error y al engaño.

La hipocresía es vicio comun á todos los hombres, ya se dediquen á la religion, ya á la política. ¡Cuántos demócratas son Apóstoles en los congresos y apóstatas en sus casas! Así Demóstenes, preguntado sobre qué cosa era en la oratoria mas eficaz para persuadir, respondió que la hipocresía. Y por vez segunda y tercera interpelado, insistió en su respuesta.

Y Demóstenes hablaba de los hombres en general, y especialmente viviendo en la democracia de Atenas. ¿Y qué puede decir la de nuestros dias contra la supersticion que San Agustin no haya dicho? "Los que en la supersticion se envuelven, se implican en miserable servidumbre."

La fraternidad! oh! la fraternidad es otra de las frases que enfáticamente proclama la democracia republicana como suya.

¿Y qué es la fraternidad sino un precepto evangélico, inviolablemente observado por los grandes hombres del cristianismo, é incesante y elocuentemente re-

comendado en sus escritos y en sus predicaciones? ¿Se ha necesitado de la filosofía democrática para que Minucio Félix dijese que el que ama á los hombres ó porque son justos ó para que lo sean debe amarlos como á sí mismos? ¿Era acaso demócrata de las ideas de los modernos tiempos San Cipriano cuando en bien de los míseros esclavos decía á Demetriano: "De un siervo tuyo exiges rigorosísimo trabajo y no siendo mas tú que un hombre le compeles á que te obedezca y esté rendido á tí otro hombre, con ser ambos de una condicion igual en el nacer, y de una condicion igual en el morir, una la naturaleza de los cuerpos, una misma la de las almas, pues del modo idéntico entrásteis en el mundo y de él habreis de salir. Y cuando á tu arbitrio no te sirve, y cuando no hace todo á gusto de tu absoluta voluntad, le oprimes con el yugo de la mas cruel esclavitud: lo azotas, lo despasas, lo afliges y continuamente lo atormentas con el hambre, con la sed, con la desnudez, con las cadenas y con la cárcel, y ¡ay mísero de tí! no quieres conocer á Dios por señor tuyo, cuando tan rigoroso te ostentas, con uno que es un hombre como tú."

¿Necesitó de las ideas democráticas del siglo para censurar San Gerónimo á los que olvidados de la fraternidad cristiana, se affigian cuando contemplaban á otros alegres, y se regocijaban cuando veian á los demás affigidos: que se entristecian al oir ajenas alabanzas, y que se énorgullecian cual triunfadores al presenciar la caida de otros? ¿Tuvo Salviano necesidad de aprender en las doctrinas democráticas para reprehender á

los que en su siglo tenían por suplicio propio la prosperidad ajena, que creían un mal suyo el bien de otros, y para describir aquel nuevo é inestimable daño ocasionado por el olvido de la fraternidad cristiana que es no considerarse felices muchos si otros no son infelices?

La fraternidad verdadera ha sido siempre para los cristianos, también verdaderos, apreciar al bueno, corregir al vicioso, estimar al presente, no ofenderlo en la ausencia, aplaudir al sano, no abandonar al enfermo, no provocar al que está aplacado, ni temer al airado, verdadera fraternidad que por ningún caso se divide, ni se pierde por los intervalos de tiempos ni de ausencias y verdadera fraternidad, dictada por el amor y sostenida por la caridad, como uno de los mas altos preceptos del cristianismo, no la fraternidad mudable democrática, sujeta á los caprichos é inconstancias de los hombres, según las pasiones populares y voluble estimación del vulgo, mal educado para el bien por los que no quieren sufrir la verdad de nuestra fé.

La igualdad, sí, la igualdad, es otra de las ideas que se ha apropiado la democracia moderna; y ¿qué ha hecho y hace en esto? ¿Lo mismo que siempre? Querer practicar como suyo el pensamiento invariable de todos los grandes filósofos cristianos.

¿Qué importa que las sociedades humanas desde el imperio romano hasta nuestros días hayan pugnado por la conservación de privilegiadas clases, privilegiadas clases que se han conservado como herencia de la república de nobles como los Escipiones, Catón y Marco Bruto?

"Sola ante Dios hay una libertad: no servir al pecado: sola ante Dios hay una nobleza: ser distinguido por las virtudes." Acentos eran estos que profería San Gerónimo, San Gerónimo aquel que decía: "Nuestra religion no conoce personas ni condiciones en los hombres: solo atiende á los ánimos."

"Generoso eres por tu nobleza: alabas tus parientes, y sin embargo de igual manera nacemos, y únicamente la virtud es la que nos distingue," escribía Minucio Félix.

San Juan Crisóstomo proclamando la igualdad se expresó en los términos siguientes: "Todos el día del juicio se persuadirán que no hay precedencia entre el noble y el plebeyo. En las batallas, en las hambres, en las pestes, en todos los géneros de males que á las naciones afligen, el respeto de la nobleza se desvanece: no distingue entre pobres y ricos la enfermedad. Quien quisiere dejar aparte la nobleza del mundo y aspirar á la verdadera y santa muestre su alma ante Dios limpia y libre de soberbia."

Y si queremos ver mas claramente la fuerza de este sentir de los varones ilustres del cristianismo con respecto á las ideas de igualdad, San Vicente Ferrer en el siglo décimo quinto, cuando el predominio de la nobleza era tan poderoso en los estados europeos, no vaciló con su libertad y elocuencia en decir: "Solo aquel es noble, que noblemente vive." Y cuando tal decía era siguiendo las doctrinas de tantos sabios de la Iglesia que afirmaban que noble es y libre aquel á quien la propia virtud ennoblece.

¿Y quién en todos los siglos desde el de Neron hasta el presente ha enseñado á los monarcas y á los pueblos prácticamente la doctrina de la igualdad, de la igualdad digna, de la igualdad merecedora de imitacion y de respeto? La Iglesia. Todos los que al servicio de ella han entrado han tenido abierto el camino para ascender á los mayores puestos. Por medio de los merecimientos, por medio de la habilidad, por medio de la virtud, nobleza mas ilustre que la de los progenitores, han subido al principado de la Iglesia hombres de los que el mundo llama de humilde nacimiento. La Iglesia no ha preguntado á sus grandes hombres donde estaba la ejecutoria de sus abuelos. Al contrario de lo que sucede en los gobiernos populares, ha llamado la Iglesia sin gestiones personales á las dignidades supremas á los beneméritos.

La democracia republicana en la iglesia puede aprender cómo la igualdad es y debe ser ejercida, sin que los ignorantes y los apasionados y los turbulentos arrebatén los puestos á la ciencia y á las virtudes.

XII.

Soñaron los poetas antiguos, Ovidio entre ellos, con la felicísima, la juvenil, la risueña, la florida y siempre floreciente edad del oro, tiempo en que no habian sonado los nombres de *mio* y de *tuyo*, cual Juan Bocaccio lo describió en su libro de las *Mujeres ilustres*, y cual Cervantes dos siglos despues, imitando la pintura del gran novelista italiano.

Llamóse edad de oro á aquella por un juego retórico: se la conoce por lo que ella no conocia. No habian los hombres llegado aun á declarar al oro el mas precioso de todos los metales; no habian llegado á comprender la nobleza, el poderío, el esplendor del oro, y hasta donde debería ser deseado.

Tomó el nombre de edad de plata aquella en que los mortales empezaron á perder la sencillez de la vida y á entrar en el cautiverio de la ambicion y de la malicia.

Y por último, vino la edad de bronce y la de hierro en que la soberbia, acompañada de la codicia, pugló incesantemente por el señorío de los humanos: siguió por la via del disturbio y del ódio cual si fuese el de la paz y la concordia: predicó la libertad para imponer la esclavitud, y pueblos y naciones é individuos, propiedades, ciencias, virtudes, niñez, juventud, virili-

dad y ancianía, inocencia, valor, patriotismo, riqueza y talento, quedaron al arbitrio del capricho de la feroz demencia, ó del egoismo ciego, siempre que estuviesen asistidos de la fuerza y de la audacia.

Mas aunque pintan al tiempo alado y fugaz, el tiempo siempre es el mismo y continúa en el estado de la decrepitud. Se atavía con nuevas galas, y los que vamos viviendo bajo su yugo, nos convencemos ilusoriamente de que es otro tiempo distinto, y mejor tiempo del que fué. En ocasiones se remoja, y nos engaña haciendo cosas de los dias de su infancia; y en tanto yendo con él, nos lisongeamos de la perfeccion que hemos conseguido y del poder que nuestra inteligencia ha alcanzado. El tiempo se rie de nuestra inocencia, cuando recobra su razon, á intervalos de su decrepitud, y por eso nosotros sin saberlo somos tan decrepitos como él cuando imaginamos hallarnos en las horas de la juventud mas halagüeña ó en las de la virilidad mas pensadora y atinada.

Y entre las locuras y devaneos quiso el tiempo burlarse de los mortales con su seductora malicia en la edad última. Al contemplar que las ciencias y las artes habian renacido y en prosperidad adelantaban, y á una perpétua y feliz vida se dirigian, creyó oportuno que los hombres no viviesen mas en el desconsuelo de hallarse en la edad de hierro. El hierro es fácil de do-
rar, y así la edad férrea apareció como una nueva edad de oro, no para que los mortales recorriesen sus años tan solo por los encantos de las florestas y selvas, por las orillas deliciosas de los amenos rios, y por

los grandes y frondosos montes y sus no menos grandes y frondosos valles, todo respirando venturas, amor todo y todo fraternidad y fecunda calma, sino por los atractivos de la vida de las ciudades, por las lisonjas de los amigos, por la aparente paz, por las dulzuras de sus divertimientos, por las ocultas envidias, por las disimuladas ambiciones, corriendo cada cual los azares de la fortuna amarga y áspera, fugaz, desleal y dolorosa, errante, implacable, enemiga, rebelde y voluble, y engañosa siempre.

Mas ya desaparecieron esas tres edades y hoy vivimos en otra. Aspiramos á que la nuestra sea la del oro, pero perfeccionada por los atractivos que llevan tras sí la civilizacion con todos sus triunfos debidos á los elevados y maravillosos ingénios que tanto han trabajado por los adelantamientos en las artes y en las ciencias. Queden para otros tiempos los afanes serviles. ¿No veis que la tierra en que el oro se cria parece como que se desdena de producir otra cosa? En ella han desaparecido las riquezas de la agricultura, la belleza de las flores. ¿Y para qué habian de existir? Todo sería talado por las groseras plantas de los mineros y por las despiadadas manos de la codicia. ¿A qué tanto anhelar, y tantas fatigosas tareas, propias de la esclavitud en remotas edades para arrancar de las entrañas de la tierra el oro? ¡Qué error de los pasados siglos! ¡qué error el de aquellos que en el nuestro imitan tan difíciles ejemplos! No hay que acudir á las grutas, ni á los veneros, ni estudiar soledades, ni calcular en los montes. El oro está en la sociedad: está ya sacado.

Las ciudades son grandes minas. No hay que apelar á fuerzas incontrastables, invencibles y seguras para obtener el oro. El hombre es sin riqueza un cadáver: sentencia conocida y contra la cual hablan enérgica y constantemente las generaciones todas y mas la de nuestros dias. Los filósofos gentiles discurrieron contra ellas; pero ¿quién puede prestar su adhesion á las ideas de los paganos? Los Santos Padres declamaron tambien en el mismo asunto, y con razones mas altas y mas persuasivas; ¿y quién las seguirá sin sospechas? Es la voz del cristianismo la que llega á nuestros oidos, voz de una religion que defiende la verdad, pero que no halaga nuestra conveniencia. Sean enhorabuena las riquezas soberbias, fugitivas y miserables. ¿Qué importa que fugaces sean si son preciosas?

La vanidad de los hombres ha fundado una ciencia, ciencia nueva, que por perspicaz y peregrina, veloz y sutil, fecunda y esplendente, dicen que está llamada á constituir en repentina y creciente prosperidad á las naciones. Llámase esa ciencia la economía política, cuya base es el vulgarísimo y muy antiguo proverbio español: *oro es lo que oro vale*. Y aunque el objeto de la economía se dirija á enriquecer los estados, ¿cuántos han sido opulentísimos por su comercio y por sus industrias sin conocer aquella, como opulentísimas fueron las repúblicas de Génova y de Venecia?

Ha renacido ya otra edad de oro, edad en que *lo tuyo y lo mío* desaparecen facilísimamente; pero ya no tiene ese nombre de oro; sino el de *edad del papel*, porque la edad del papel es la edad en que nos hallamos.

Para la abolicion de lo tuyo y de lo mio se ha ideado una forma de rapacidad tan vaga y tan agradable, tan elegante y tan culta que en nada se asemeja á la insolencia y á la grosería de las antiguas depredaciones en que habia un soberbio desprecio para los vencidos, una violencia para los despojados y una vergüenza y ruina de sí mismos para los que eran declarados delincuentes. El fin principal de la edad del papel es el honor y la gloria; pero gloria y honor en cuanto se dirige á la consecucion de los goces mundanales.

El papel se ha convertido en el misterioso fomento de nuestra insaciabilidad y en el medio de adquirir la satisfaccion de nuestras pasiones. Se busca la opulencia por una hermosa y expedita via.

Es el papel en nuestros dias lo que San Pedro Crisólogo decia del dinero: "Manda á las gentes, y á los reinos, promueve guerras, provoca homicidios, entrega á la patria, destruye ciudades, avasalla pueblos, veja á los ciudadanos, borra el derecho, confunde lo malo y lo bueno, viola la virtud, daña á la fama, disipa la honestidad, desata los afectos, quita la inocencia y disipa la piedad."

Todo el primer poderío en la edad presente se halla en el papel, que lo mismo penetra en el mas respectable gabinete, que así se oculta al explorador mas listo como se introduce en los consejeros mas fieles, y pasa escondido en el tribunal mas grave, y traspasa las mas bien defendidas fronteras, y corre á ser leído á donde no quieren que llegue nuestros enemigos, y á

donde no conviene á los mas orgullosos monarcas.

Es una adorada calamidad el siglo en que hemos nacido. Haya avidez, haya audacia, y sobre todo discrecion, y el poder del papel será irresistible. Si la sagacidad acompaña á la facundia, con tales armas se persuadirá lo falso con la apariencia de lo verdadero: se promoverán las traiciones y los tumultos, se quitarán la obediencia y el respeto, el amor y la honra es implacable y portentosa guerra: se hará aparecer culpable á la inocencia, indigno al merecimiento, abyecto á lo sublime y vicio á la virtud por medio de un agudo ingénio y una elocuencia perversa: se vencerá á la voluntad débil, se dominará á la aparentemente inmutable, se convertirá en firme á la voluble y se trocará en impaciente á la mas tranquila.

Los grandes señores de la clase media que han sustituido á los grandes señores de la edad media tambien, como grandes personajes políticos y grandes señores feudales de otros feudos y otros feudatarios tienen igualmente sus aventureros, sus *condottieri* y sus *bravos*. Para contrarestar la guerra que con el papel les hacen sus enemigos, bien sean de aquellos pocos á quienes mueve la sinceridad del patrio interés y de una noble causa, ó bien de los que están al servicio de otros señores, aceptan la lucha y la indigna satisfaccion de hacer el mal y el oprobio del escándalo con las apariencias de una severidad inflexible é inalterable, de una virtud veraz y pura. Sus *bravos* hieren cuando les mandan herir, pelean cuando les ordenan pelear, firman las paces cuando la paz está firmada, y mudan

de señores á los impulsos de su mayor interés, y siempre en solicitud de los excelsos honores, cuanto mas gloriosos y agradables y mas productivos, tanto mas suspirados. ¡Triste vida la empleada en esta guerra del papel, si no se halla animada del deseo de conseguir el triunfo de grandes ideas en pró de la humanidad! transcurrirá, si no, por mas engaños é ilusiones halagadoras de que esté rodeada, en la afliccion, en la miseria, en la solicitud, en la fragilidad, en la decadencia, en la amargura, en la falacia, en el trabajo, en la duda, en el dolor y en las tormentas y tempestades.

Benjamin Franklin, periodista, fundador de colegios y hospitalidad, inventor del para-rayos, y que tantos descubrimientos hizo sobre la electricidad, opinaba que la libertad de imprenta deberia dejarse en la plenitud de su extension, vigor y fuerza, pero permitiendo al propio tiempo la libertad del palo para abrir la cabeza al que ofende nuestra reputacion mas cara que la vida: si se oculta detrás del impresor, para tramarle á su ejemplo una emboscada y apalearlo, y si paga escritores mas hábiles que él con el propósito de dirijir calumnias, para pagar igualmente á mozos de cordel con brazos mejores que los del ofendido á fin de castigarlo mas vigorosamente. Y esto en tan bajo estilo y groseros pensamientos escribia un sabio, un periodista, uno de los que mas contribuyeron á la consolidacion de los Estados Unidos de América, sobre el *abuso del papel* y de la imprenta, de donde nacen duelos, semejantes á los juicios de Dios por medio de la espada y la pistola, con el aparato escénico del punto

de honor de los siglos de la barbarie, remedo ridículo de cosas que no se tienen, y en que no se creen y que sin embargo se practican, no como reparacion de ultrages ni como castigo de crímenes que la imperfeccion de las leyes deja impunes, sino como forma de acrecentar la reputacion, el que no es periodista para la defensa de una buena causa si no gladiador por el papel, y temible por la pluma y por la espada.

Pero si causan pavor ó hastío las guerras por medio del papel y fatigan las victorias conseguidas, por mas venerandas que se imaginen, no hay que creer que todo se ha perdido. El papel es el Proteo de la fábula, pero Proteo de la realidad. En todo se cambia y se transforma en todo lo que desea el que sabe cómo ha de poder utilizarlo.

El dinero es el honor del siglo, decía San Hilario, y gran abadesa es el dinero y gran convento tiene al cual todas las cosas obedecen, escribia el cardenal Hugo.

Y esto por la aplicacion de la sentencia de *oro es lo que oro vale*, se debe decir con propiedad igual del *papel* en nuestros tiempos.

Lo útil es el primer móvil de la humanidad, el mas eficaz estímulo de nuestras esperanzas: todos los pensamientos por él se regulan, porque todo lo útil es grande, es digno de consideracion, es justo, es agradable y es deseado, al tenor de la educacion que recibimos, y segun la experiencia de lo que vemos. Reíos de Arnaldo de Villanova, de Alberto Magno, de Geber, de Zaccario, de Poter, de Blansverstein y demás que

se dedicaron á la alquimia, ciencia que se llamaba don de Dios: riámonos del mismo Arnaldo de Villanova, vendiendo públicamente en Roma la vara de oro que se decia por él fabricado: riámonos de Paracelso cuando en Basilea presumia de convertir la plata viva en purísimo oro, cual se cuenta de Raimundo Lulio en Lóndres á presencia del rey Eduardo: riámonos de la pretension de Bernardo Conte Trevisano cuando queria patentizar al gravísimo Senado de Venecia la realidad de la transmutacion de los metales, así como la de Alejandro Settonio en Basilea trocando el plomo en el mas perfecto oro de Ungria y de Arabia.

¡Desdichada alquimia filosófica, en otro tiempo tenida por la mas noble de todas las ciencias, segun muchos, y por vanidad de vanidades segun los mas, y que sepultaba á los hombres antes de morir, convirtiéndolos en mendigos mientras se afanaban por ser poderosamente ricos!

Ya en nuestra edad nadie busca la piedra de hacer el oro: el oro se hace por medio del papel. ¿Y cómo?

Existe una palabra tras de la que San Bernardino de Siena veía el desarraigo de la caridad, la extincion del amor fraterno y la fuente del propio amor, corruptela de la amistad verdadera, madre de la ilegalidad, origen de los engaños, traicion de la ley, hurto doméstico, piedad dolosa, homicida de los pobres, impía con los parientes, perniciosa con los prójimos, destruccion de la patria, cáncer inquieto, enfermedad contagiosa y perdicion de las almas.

Esta palabra es la usura, voz abolida ya por la ciencia económica y que se considera como la expresión de envejecidas y absurdas ideas.

Ciertamente que San Ambrosio decia: "¿Qué cosa mas dura que dás tu dinero al que no tiene y que le exijas el doble? Quien no tiene lo sencillo ¿de dónde ó de qué modo ha de pagar doblemente? Siempre quiere el usurero adquirir y nunca perder, nunca guardar su dinero, siempre acrecentarlo, siempre ganar, siempre hacer morir." "El leon cogida la presa, descansa algun tiempo: el usurero jamás. La noche, destinada por la naturaleza al reposo, convierte en horas de cálculos: mientras los demás descansan, la usura vela," así San Buenaventura se expresaba.

Estas pinturas de los hombres exageradamente dados á los negocios del mundo, y hoy mas exageradamente dados aun por el influjo de la civilización moderna, tienen una verdad innegable y elocuentísima.

Pues bien: la esperanza humana siempre lisongera y engañadora, fugitiva y trabajada, crédula y débil, está á merced de la simulación ingeniosa, cuando le habla en el idioma de la codicia. La precaución del hombre de negocios de nada le sirve, de nada la prudencia. Impensada es la estratagema, y aunque no sea inusitada, basta para que ilusione. El moderado uso del crédito ha producido bienes mas ó menos duraderos: el abuso, audazmente emprende las cosas mas árdidas, no admite probabilidades de pérdidas, ni de desconfianzas: cree poder superar todo impedimento: para él no existe la evidencia del peligro, sino una apre-

hension de la ignorancia ó poquedad de ánimo: solicita cooperacion provechosa y debida, válida y eficaz no con palabras, sino con medios: todo está previsto por el que abusa del crédito artificiosa ó erróneamente: vence las dificultades todas que se le oponen para no facilitarle ayuda en la empresa porque todas las conoce y á todos sabe persuadir. El oro se convierte en papel por el crédito, y perdida la integridad del crédito el papel ha vuelto á ser lo que Goethe decia, papel y solamente papel para los que en ceguedad deplorable y tenebrosa caen por su segura confianza ó por su ambicion desconcertada. César Borgia por ser discípulo de Machiavelo y por ser tan astuto como su maestro, perdió la Romanía. Toda la astucia de Machiavelo fué contra sus deseos para ocasionar la infelicidad del que se guió por sus consejos.

Pero ¿á qué hablar de *la edad del papel* trayendo á la memoria pensamientos de otros siglos y de otros hombres, y hombres como los sabios mayores de los primeros tiempos del cristianismo? *La edad del papel* se describe por los escritores que empezaron á verla nacer y que contribuyeron, aunque por otro camino, á traerla al estado presente. El conde de Mirabeau en una obra tan poco conocida como que no la he visto reimpressa, obra sobre el banco de España llamado de San Carlos, se lamenta no solo del extremo á que llevan á los hombres los estímulos de la codicia y del modo con que perturban la lógica y rechazan toda reflexion, sino tambien de la indiferencia acerca de las cualidades verdaderas de las acciones y de los intereses

que se adquieren y se enagenan con tal profusion y facilidad, que abre un campo sin límites á los charlatanes, á los bribones y á los aventureros y á todos los que pululan en las capitales, cuya avidez, indiferente sobre la eleccion de medios, insaciable en los deseos, infatigable en sus artificios, vá hasta á enorgullecerse de los productos que le proporcionan la ignorancia y por mejor decirlo la necesidad de sus conciudadanos.

Y cuando Mirabeau, con la inevitable fuerza de su elocuencia, y el predominio de sus razonamientos, dijo que cuando España tuviese una industria activa entonces y no antes deberia ver si los metales puestos en circulacion bastaban á su prosperidad sin el uso del papel de crédito, profetizó lo que hemos visto en nuestros dias, que la institucion de bancos ha sido prematura y dañosa.

Mas ya por *el papel* se ha descubierto el arte de hacerse ricas las naciones momentáneamente; pero el arte de hacerse pobres, porque la riqueza se convierte en penuria; y como decia un escritor italiano aconsejando la proscripcion absoluta de los empréstitos: "No se aprecia bien la carga hasta que llega á ser intolerable."

La Economía es la ciencia que dando al *papel* el valor que no tiene abre el camino á la prosperidad; pero es la prosperidad de los imprudentes. El desdichado Dogg escribió sus meditaciones en Newgate, meditaciones de su agonía, por haber querido utilizar *el papel* y convertirlo en oro por medio de falsas firmas. No habia alcanzado el tiempo en que una cien-

cia demente enseñaba la forma con que abusando del crédito podia llegarse al mismo fin, sin peligro de una muerte horrible y afrentosa.

¡Oh siglo del papel! dicen que la ciencia ha matado á la poesía, y en verdad que no la ha matado por ser ciencia, sino por ser mas quimérica que filosófica, mas dedicada á la fria realidad unas veces, y otras al egoismo que al entusiasmo por lo grande, por lo digno, por lo santo y por lo generoso. La conversion moral era en otros dias pasar de lo malo á lo bueno: la ilustracion hoy nos aconseja que consideremos lo bueno como absurdo y lo malo como prudente y cuerdo. Esta es la conversion, justa, grata y aceptable al criterio del mundo.

¡Oh siglo del *papel*! tú en el papel perfeccionas las artes! y con efecto, si se nos presentan dibujos de Rafael, de Ticiano y de Murillo, sin saber sus autores, seguramente los mirará con desden la presuncion de artistas que dados á la estética juzgan solo por las fórmulas, pero no por las impresiones, pues por la idea han perdido el sentimiento. Un dibujo de los discípulos de las modernas escuelas estará mas perfecto; y sin embargo, decid á los maestros que trasladen al lienzo aquellos dibujos de Rafael, de Ticiano y de Murillo para darles la vida de los colores, la expresion animada, y aquel encanto sublime y maravilloso, accesible á todas las inteligencias.

Admiremos la perfeccion de los dibujos con que en el papel trazan hoy sus proyectos los grandes arquitectos de la edad presente para obras efímeras de un arte

frio y mezquino: y cuando contempleis la Santa Sofía de Constantinopla, San Márcos de Venecia, la iglesia del Santo Sepulcro, San Vital de Rávena ó la cripta de San Eutropio, y las catedrales de Poitiers, de Amiens, de Chartres, de Bourges, de Reims, de Colonia, de Estraburgo, de Milan, de Siena, Pisa, Burgos, Toledo y Sevilla, preguntad ¿qué perfeccion de dibujos pudieron alcanzar sus arquitectos para erigir edificios tan suntuosos, tan ricos en ornamentacion y tan perfectos? Entonces bastaban para construir obras inmortales los elementos de Euclides, confusamente aprendidos, y aun no me atrevo á añadir qué tal ó cual teorema de Arquímedes: hoy no bastan ni aun la geometría descriptiva, que es la poesía de la ciencia.

Pero la poesía pictórica y arquitectónica se queda para el papel y para los encantos que la belleza del dibujo deja en el mismo. Antiguamente el pergamino ó el papel era la expresion informe de un gran pensamiento. Hoy el arte enervado por la falta de libertad, esclavo del precepto académico, pinta en el papel y en el papel construye, y solo en el papel es grande: en otros dias se pintaba solo para la inmortalidad en la tabla y en el lienzo: solo se dibujaba admirablemente en la piedra para siglos.

Al irse á colocar la primer piedra de la mas moderna de las catedrales, la de mi querida patria, hubo algunos que se negaban á ello, pues el arquitecto aun no habia formado los planos. No se detuvo la ceremonia por esta falta: mediaba una razon poderosa para ello. El arquitecto estaba tenido en tal reputacion,

que sin necesidad de trasladar al papel su pensamiento, podía dirigir las obras y elevar el edificio de mármoles preciosos hasta su conclusion mas deseada.

¡Dichosa edad del papel que procuras dar á la libertad un origen humano sin advertir que así será mudable á voluntad de los hombres! tú que no quieres convencerte de que la fé dará la libertad porque la libertad es de origen divino y hará libres los ánimos contra la tiranía de la tierra, tú que te declaras libre porque has roto ó quieres romper los vínculos de la caridad y los vínculos de la justicia, tú que imaginas saber todo lo que se puede saber, y no ejecutas sin embargo todo lo que pudieras ejecutar, si fueras libre, verdaderamente libre! por el *papel*, invocándose el nombre de la caridad, la caridad es perseguida, la caridad mútua entre los cristianos, fin de la ley y ley suave y complemento de la ley, vínculo de la perfeccion, raiz de todas las virtudes, fuente de la vida. Un *papel*, con la autoridad de personas á quienes no conviene ó no se debe negar lo que piden, y bajo un pensamiento que no se debe ó no conviene combatir porque toma el nombre de la caridad, bien sea aparente ó engañosa, bien razonada, quita á la caridad que uno ejerce todo el valor meritorio, porque no es libre, porque no es espontánea, porque es forzosa y debida solo á respetos humanos: carece de aquella perfeccion, que segun San Bernardo arroja de sí todo temor de ofensa y de injuria. Otro *papel* publicando los nombres de los caritativos y la cuantía de la caridad, hace que deje de ser secreta, puesto que se pregona en listas.

De esta manera la caridad que hace iguales y humildes, se mata por el abuso del papel en nuestro siglo. San Próspero decia que parte de la caridad es la humildad, y parte de la humildad la caridad. Pues bien: hasta la caridad que resplandece en la humildad como en fimbrias doradas, y que en la libertad funda su mayor merecimiento y en cuyo libro aprendió mas Santo Domingo que en toda la sagrada escritura, es combatida por la perversion de las ideas morales. ¡Dichosos los que fortalecidos en la divina filosofía pueden defenderse en la confusion universal del progreso moderno!

XIII.

Incompatible es la fé con la libertad, nos dicen los adversarios del cristianismo. Y nosotros les preguntariamos como á aquel Lacedemonio: ¿Y tú qué arte sabes? Seguramente nos responderian como él: "ser libres." ¡Ilusiones de hombres de pensamientos agitados y afanosos, audaces y fantásticos, engañadores y lisongeros!

Estos juzgan de sí y de la fé al tenor de la triste ceguedad en que viven. El ciego no podrá por el tacto comprender los colores ni las imágenes pintadas en una tabla de Rafael, en un cobre en Rubens ó un lienzo de Velazquez.

Comprenderá por el tacto lo material de las cosas: si entra en la mezquita de Omar, en la Alhambra de Granada ó en la catedral de Córdoba, contará una á una sus columnas si tal desea; pero ¿cómo tendrá una idea clara y distinta de la belleza y grandiosidad del conjunto?

Tocará una estatua de Benvenuto Cellini ó de Alonso Cano; y de esta sí admirará la hermosura y las proporciones y podrá decir ¡qué gran artista! pero preguntadle por los sentimientos que expresa el semblante de la escultura y que os dé cuenta exacta de ellos? Seguramente no podrá describirlos, así como tampo-

co los colores de la encarnacion de la imágen, si los tuviere.

Con esta misma imperfeccion juzgan los que se ciegan por la luz vehemente de una civilizacion, que deslumbra á los que no tienen fortaleza en la mirada, esa fortaleza debida al conocimiento de la mas grande de las ciencias: la filosofía del evangelio. "¡Miserable esclavitud aquella que juzga las cosas por las apariencias!" decia San Agustin. ¡Siglo infeliz que no penetra el alma de las cosas, sino que solo atiende á lo que resulta de la materia!

¡La fé incompatible con la libertad! ¡qué opinion tan desdichada! ¡qué exclamacion tan propia de una demencia, exaltada por los errores! Dejemos á la fé en sus relaciones con Dios, y vengamos á la práctica de la fé, á la vida social, á la felicidad humana y transitoria. Yo veo en efecto á la fé ser incompatible con la libertad; pero es con la libertad del adulterio, del incesto, del homicidio, del robo, de la ambicion, del ódio, de la avaricia, de la crueldad, de la prostitucion, del lujo, de la soberbia, de la injuria y la calumnia, del juego, de la perfidia, de la hipocresía, de la supersticion y de las iniquidades todas que pueden residir en el hombre.

A esto responderán: "no, no es esa la libertad que deseamos y por la que combatimos: es la libertad para el bien."

¿Y esa libertad es acaso incompatible con la fé? No: toda libertad es poder segun San Anselmo: la libertad del arbitrio es el poder de la voluntad por la

voluntad de la rectitud. No pertenece á la libertad del arbitrio lo que es extraño á la libertad. "La libertad no es sino para aquello que liberta ó que conviene."

¿Es incompatible la libertad con la de la palabra? No: los Santos Padres no preceptúan que se cohiba para el mal: esto es, cual escribia el Crisóstomo, "para la mentira, para el hurto, para la jactancia, para la lisonja, para la ficcion."

La virtud es libre, es emperatriz, es señora: su ley es de la libertad perfecta, como la llama Santiago. La lengua y la pluma libres son por la Iglesia para todo lo dudoso, para todo lo que no está definido, para engrandecer mas al hombre por medio del conocimiento de las verdades mas sublimes. "Aquel debe ser defensor de la verdad que cuando siente con rectitud no teme ni se avergüenza de hablar." Esta libertad de decir predicaba en Milan San Ambrosio: esta cuando consideraba que no son oidos gratamente por los hombres los *que con libertad* y segun la fé y sin adulacion hablan de Cristo y reprenden las malas acciones.

¿Anhelais justicia por medio de la libertad sin la fé? pues los hombres de la fé y en ella fortalecidos os dirán con San Anselmo, que la libertad es accion de justicia y que la justicia es la libertad del ánimo, que dando á cada uno su dignidad propia, presta reverencia al mayor, concordia al igual, al inferior enseñanza, á sí mismo honradez, al enemigo paciencia y al pobre obras de misericordia.

Deseais virtudes por medio de la libertad. Recordad que San Ambrosio escribia: "Quien es de la luj-

ria esclavo es,” y que San Efren aconsejaba en estas palabras: ”No quieras ser siervo de las liviandades: antes bien contra ellas tórnate libre.”

”¿Acaso buscas el deleite, amigo? Lo conseguirás de la frugalidad; ¿acaso el buen juicio? También de ella: ¿por ventura la seguridad? De ella igualmente. *Quizás la libertad*, tal vez la salud, tal la castidad del alma, y tal la alegría?” Todos estos bienes se reciben de la frugalidad, según San Juan Crisóstomo.

Para todo la fé te exige la libertad, hasta para la perseverancia, con la cual creía San Alberto Magno, que ni por amor de la vida ni por temor de la muerte, ni por amenazas, ni por promesas puede apartarse uno de la rectitud, ni volver atrás de ella.

Pero los enemigos de la fé quieren buscar la perfección del hombre fuera del cristianismo, sin comprender que si alguno la alcanza, al menos en la apariencia, es porque la religion vive en su espíritu sin saber que vive: es porque sus doctrinas son aquellas doctrinas aun que él no quiere, y porque le están adheridas invenciblemente desde que en su niñez le fueron enseñadas: porque es en casi todas las cosas cristiano, en fin, á pesar de que presume no serlo.

Buscan en la filosofía moral lo mismo que en la observancia de la fé tienen, pero con la seguridad mas cumplida. ¿Qué es aquella sino el arte de tolerar con paciencia las adversidades y de hacer perfecto al hombre?

¿Quién dá la libertad del ánimo, la libertad verdadera? La fortaleza del alma, aquella con la cual el

fuerte en la virtud es tan libre que ni oye con temeridad, ni desaconsejadamente teme, al sentir de San Agustín, porque la vida de los justos contiene la doctrina de toda la filosofía, verdad publicada por el Crisóstomo.

Hoy los hombres huyen de la sencilla y sublime, de la tranquila y verdadera humildad: viven y quieren vivir en las molestias de una impaciencia inexplicable; y en importunidad enojosa y continua. Creen estar poseídos de una grande y recta indignación contra los vicios de la sociedad, y creen librarla de ellos, derrocando la fé que únicamente puede con seguridad destruirlos.

"La ambición de la gloria es la enemiga de la fé." Así San Agustín lo dejó escrito. Así los hombres de todas las edades con sus errores lo confirman, y es porque todos olvidan que si no hay mejor gloria que la de la propia conciencia, ninguna aparece mejor á los entendimientos débiles que la de la alabanza humana, y mas si sale de los labios de la ignorancia y del vulgo.

Predican la libertad y la niegan en la fé, esa fé que nos llamó y llama á la libertad, para que por ella y en ella seamos temporal y eternamente libres.

Esa fé es la que nos enseña la humanidad verdadera, no la que pregonan con audaz y fiera impaciencia, fautora hasta de crímenes innobles, los soñadores de caducas y peligrosas libertades que no tienen su fundamento en la libertad que nos enseña el cristianismo, de donde nació aquella sentencia sublime de uno de los

mas ilustres filósofos evangélicos: "La humanidad es el sumo vínculo que entre sí los hombres tienen: el que lo rompe ha de ser considerado como bárbaro y como parricida."

Ya conocemos la senda que siguen los que declaran la fé incompatible con la libertad, senda hollada de tantos y por tantos siglos, y arroyo que corre por un canal señalado obedeciendo á la ley que el espíritu del mal le ha impuesto. Por donde quiera no se oye mas que una idéntica y satánica voz, inspirada por el enemigo del hombre, que al ver que la libertad del hombre se alcanza por la fé, no ha hallado otro medio para que la fé no le dé la libertad que decir: "La libertad es incompatible con la fé;" voz repetida y vuelta á repetir cien y mil veces por los que desesperan de Dios y todo esperan de sí y del mundo.

En su amor frenético á la libertad hacen lo que el tribuno Publio Clodio al obligar á Ciceron al destierro. Sobre las ruinas de la casa del célebre orador romano, vejado por el abuso indigno de la libertad, fué un templo á la libertad edificado.

Sobre la ruina de la fé, que es la libertad, quieren los filósofos modernos erigir un templo, no á la libertad del bien, sino á la libertad del mal: olvidan que sola para Dios es libertad no servir á los pecados.

XIV.

Cuando vemos á la impiedad repetir con insistencia en nuestros dias que en la religion cristiana no solo no tiene cabida el progreso, sino que de todo progreso es enemiga constante, bien comprendemos que no puede engañar á los que algun conocimiento han adquirido en el estudio de la historia de la inteligencia humana. Argumento es ese que ó por malignidad se asegura sin creerlo para esparcir el error mas seguramente entre las personas vulgares que presumen de entendidas, ó por ignorancia soberbia se propala en la persuasion de que se sustenta una verdad invencible. En esto, como en cuanto los adversarios modernos del cristianismo escriben, no hacen otra cosa que copiar voluntaria ó inadvertidamente lo que siglos y siglos vienen diciendo los antiguos opositores de la Iglesia. San Víctor Lirenense probaba en su tratado del *Peregrino por la antigüedad de la fé católica contra las profanas maldades de todos los hereges*, que la Iglesia podia adelantar y muchísimo en la religion, porque ¿quién habia de querer tan mal á los mortales y ser aborrecible aun á Dios mismo vedando una cosa tan importante como esa? Anhelaba San Víctor el progreso en la fé, ciertamente; pero no mudanzas en ella. Y la razon es convincente. Se adelanta en alguna cosa

cuando se recibe mejoría, provecho y acrecentamiento, y cuando ella misma se convierte en mayor, en mucho mayor de lo que era; y se muda, cuando deja poco á poco su forma y su esencia y se trueca en otro objeto distinto del todo. Auméntase la fé en la iglesia universal al correr de los siglos y las edades: extiéndase mas, sea la ciencia mas grande y mas grande la sabiduría; pero dentro de los dogmas, sin separarse de su sentido y de la sentencia definida. No proscribía San Víctor que se diese á los dogmas toda la evidencia, toda la claridad y toda la distincion que ser pueda, dentro de su plenitud é integridad. Y el parecer de este varon insigne contra los innovadores de los primeros tiempos de la Iglesia fué mas exacto aun cuando afirma que la Iglesia al encontrar en sus antigüedades y tradiciones algo poco formado ó establecido, sabe prestarle fomento y lustre; si ya está formado y evidente pero tierno aun, acude á darle consolidacion y fortaleza; y lo que está de un modo solemne confirmado y definido, lo conserva con fidelidad, con prudencia y con energía.

Este es el progreso único posible dentro de la Iglesia, progreso á que en los primeros siglos del cristianismo obedecieron los eminentes filósofos conocidos por Santos Padres, progreso á que los escritores de la edad media fueron impulsados, progreso que han seguido y siguen desde el renacimiento á nuestros dias tantos sabios elocuentísimos, esplendor de la fé, y sucesores dignos de los que combatieron por ella contra la gentilidad pagana y la feroz tiranía de los Césares.

Y lo mas extraño en las acusaciones de los enemigos de la religion católica, es que ellos que se erigen en defensores del progreso humano, en la práctica demuestran contra su voluntad que su mentido progreso pasa á convertirse en una deplorable reaccion en las ideas de la humanidad.

En un libro contra la vida de *Jesus* escrita por Ernesto Renan, ya probé que todos sus argumentos estaban tomados del filósofo Celso, y admirablemente refutados por Orígenes. Fotino mismo ¿no decia de Cristo en el cuarto siglo de la Iglesia lo mismo que en el décimo nono escriben los impíos: que era un hombre y no mas?

”Desde la venida de Jesus á nuestros dias no conocemos ningun género de extravío de la razon humana en materias de religion que bajo una ú otra forma no haya sido un combate de la verdad de las dos naturalezas juntas en la persona única del verbo,” decia San León Magno, enumerando todas las heregías conocidas hasta su tiempo, de las cuales resulta clarísimamente que ni el mérito de la invencion ni novedad alguna, se halla en los libros de los sectarios de los siglos décimo sexto y décimo sétimo, ni en los de los sofistas del décimo octavo y consiguientemente del décimo nono. Todo no es otra cosa que variacion del nombre del escritor y tiempo en que escribe: las ideas las mismas, en mas ó menos gallardas formas expresadas.

Vereis que cual la filosofía de los oráculos de Porfirio, unas veces la religion no es á los ojos de tales

autores mas que una vana supersticion que por medio de ritos falsos y abominables se obstina en celebrar las exequias de un Dios muerto, de un Dios condenado por jueces probos que cumplieron con su deber, entregándolo públicamente al mas ignominioso de los suplicios: otras veces y en los mismos escritos emprenden la alabanza de Jesus, olvidando las injurias que quedan referidas, bien así como si los dioses del paganismo hubieran ultrajado al Redentor durante el sueño y al despertar hubieran conocido su virtud y le prestasen el debido tributo. Este homenaje, sin embargo, será seguido por el insulto, ya que no á su persona, á lo menos á las de sus discípulos. San Agustin que con estos pensamientos describia el mal llamado progreso de nuestros dias retratando fielmente el de los suyos, nos ha conservado las ideas de Porfirio de que Jesucristo era un hombre piadosísimo á quien los dioses habian colocado en posesion de la gloria celeste, honrándolo con su mas lisongero sufragio: y de que los cristianos estaban manchados infamemente y presos en los lazos del error. Para Porfirio Jesus fué el mas religioso de los hombres y su alma, como la de los justos, mas eminentes, se destinó á la inmortalidad. Este alma purificada vino á ser una fatalidad de error para otras almas; y por tanto, hay que condolerse del extravío de los mortales, y que la pendiente en que se ven de adorarlo como á Dios es resbaladiza y peligrosa.

"Tales artificios, San Agustin nos enseña, se dirigen á autorizar con las alabanzas dadas á Jesus el vi-

tuporio que se lanza contra los cristianos á fin de cerrarles por este medio el camino de la salvacion eterna en el cual no se entra sino por el cristianismo. En efecto, Satanás y sus secuaces, cuya astucia se adapta á todas las formas, con tal de que el mal se cumpla, no tienen embarazo en convertirse hasta en panegiristas de Jesucristo, si es un medio mas á propósito para apartar de él á los cristianos. ¿Qué importan las alabanzas dadas á Jesus, si estas alabanzas no traen consigo la salvacion de los hombres por Jesus mismo? Tan cierto es esto, segun la manera que tienen de tributarle loores, que quien creyere en él por la pintura que intentan trazarnos, no sería un cristiano verdadero, sino un herege de la escuela de Fotino, venerando en Jesucristo, no á Dios, sino al hombre, extraño por consiguiente al beneficio de la redencion, y de todas suertes, incapaz de evitar y romper los lazos del espíritu de la mentira.

Hé aquí como para las personas incautas se presentan como ideas del progreso moderno las que fueron de tiempos tan remotos, y ya victoriosamente refutadas por Santos Padres, y tenidas en el mas merecido desprecio por la cristiandad toda.

Y así donde quiera que se vea asomar cualquier fórmula de lo que se llama progreso contra la fé, júzguese desde luego, en la certidumbre de no engañarse, que el desvarío humano no hace otra cosa que emprender la via del retroceso.

Hasta la frase de la impiedad en nuestro siglo tan repetida de que la Iglesia pereció y ya solo es una

sombra aparente, tomada está de los antiguos enemigos del catolicismo: "Aquella Iglesia que fué de todas las gentes, ya no existe. Acabó. Esto dicen los que en ellas no están. ¡Oh voz imprudente! Ella no existe porque tú en ella no estás? Mira tú bien si es que tú eres quien no existe, porque ella será, aunque tú no seas." Estas palabras de San Agustin demuestran la vanidad de los argumentos de la soberbia anti-cristiana, hoy lo mismo que en el quinto siglo de la Iglesia; ejemplo evidentísimo de la flaqueza del entendimiento humano, y de su impotencia para prevalecer contra la verdad grandiosa de nuestra religion, y de la absoluta esterilidad de ingenio para inventar argumentos de algun artificio para atraer por su novedad los ánimos ó hacerlos vacilar al menos.

Aplicando una comparacion, ya usada para otro caso distinto, podria decirse que la impiedad es una rueda de infinita giracion en tanto que el mundo exista. El centro de ella es el siempre en ódio al cristianismo, pero el término es el nunca, porque jamás alcanzará victoria.

Por mas que Fichte proclame la libertad sin regla, y la deificacion de la personalidad, Schelling el misticismo fatalista, y Schleiermacher un sentimentalismo panteista, y por donde quiera la moderna filosofía trate de resucitar el sensualismo pagano y el egoismo del placer, si buskais el centro de las líneas de la rueda de la impiedad, ciertamente no dejareis de ver lo que os he dicho. Todas ellas las vereis dirigidas siempre contra la fé cristiana; pero si contemplais á

donde van á parar sin que vuestra mente se oscurezca por los encantos de las ilusiones del amor propio, hallareis que acaban en el nunca. Ese nunca, velado á tantos por la exaltacion del orgullo y de la ignorancia de sí mismos, y de la verdad, es la enseñanza que de los hombres la historia de la razon humana nos presenta en tantos siglos, buscando sin saber lo que buscan, huyendo sin conocer de lo que huyen, renovando errores sin comprender que los renuevan, entendiendo que han visto lo que ninguno ha llegado á alcanzar, y siendo espectáculo lastimoso de los que verdaderamente han estudiado, al contemplar la desdichada porfía con que el engreimiento se afana, no en descubrir á todos los vuelos de su inteligencia esclarecida, sino de su miseria.

Los sabios del mundo no quieren ser discípulos. Pedro Abelardo que tanto presumia de ser autor de novedades, ordinariamente decía: "Todos opinan así, pero yo no así." Por eso San Bernardo escribia: "¿Qué presuncion tan desvanecida es la tuya que solo lo que tú imaginas te agrada y todo lo que otros dijeron te descontenta? ¿Es posible que á tí fué revelado lo que los santos no alcanzaron? No lo creo, antes temo que este tan singular autor nos engañe y nos venga con aguas de sabiduría hurtadas."

Y tan cierto es el sentir de San Bernardo, que si de las ciencias eclesiásticas pasamos á las naturales, veremos que la humanidad solo progresa, cuando logra apoderarse de los secretos por medio de experimentos que no dejan lugar á la duda. En lo demás

cuando nada alcanza el entendimiento, este, sin comprenderlo nosotros mismos se declara vencido, ó estéril, y la imaginacion entra en las ciencias, y las ciencias pasan á ser hermosísimas poesías, donde se llama á la fogosidad de las invenciones, profundidad del talento que investiga, analiza y sorprende los secretos á la naturaleza. Y sin embargo de la admiracion que se tributa á estos sabios portentosos, hay ciencias como la geológica que tan poco ha adelantado desde Jorge Agrícola á nuestros dias, en lo evidentemente cierto, y tan mucho ha discurrido en lo arbitrario y controvertible.

¿No hemos presenciado publicarse la teoría de que el mundo no es otra cosa que un gran animal, y ¿esto es acaso idea nueva? Plinio en su historia natural la refiere como una de las muchísimas teorías caprichosas acerca de la tierra? ¿No se escriben hoy libros para demostrar la pluralidad de mundos? ¿Y la pluralidad de mundos habitados no fué objeto de un escrito de Fontenelle en el pasado siglo? ¿Y antes que Fontenelle no han dicho lo mismo filósofos griegos y latinos? Y cuando en las doctrinas económicas, dejando aparte las ciencias naturales, contemplamos la proclamacion de las ideas comunistas cual el remedio único para que los males de la humanidad cumplidamente cesen, ¿no vemos renacer pensamientos desechados por tantas y tantas generaciones y aceptar muchos hombres en el siglo XIX y en el período de la locura como el perfeccionamiento de la sociedad, y como una victoria del poder de la razon, ideas

tan envejecidas y despreciadas por su absurdidad?

Feleas en Grecia propagó sus doctrinas del comunismo: los Gracos perecieron en Roma por querer aplicarlas en mas ó menos extension; y en el último siglo precedió á todos los comunistas modernos el autor francés del libro de la *Teoría de las leyes civiles ó principios fundamentales de la sociedad*, en que decia que esta tenia por fundamento el derecho de los foragidos: que su primer acto fué la usurpacion de hombres y de bienes: que redujo los hombres á la esclavitud y partió los bienes entre los cómplices de esta usurpacion, y que todo el órden de la justicia humana consiste en mantener este órden de cosas.

Tal es el retroceso moral á que la humanidad aspira en sus mas vehementes anhelos de regenerarse por caminos opuestos á la regeneracion verdadera. ¡Comunidad de bienes! solo la hay y puede haber en el bien de la sepultura. El derecho que la tierra concede á todos sus hijos por igual es el de la posesion del sepulcro.

No parece sino que el hombre del siglo XIX se dirige por do quiera á hacer verídicas las transformaciones de Ovidio, poema en que procuró encerrar todo el mundo alegórico de los antiguos. Así sus deseos, tan conformes con el paganismo, pueden tomar ser y variar de condiciones. Su criterio desechará como absurda la fábula de los gigantes pretendiendo escalar el cielo y destruidos por el prepotente rayo de Jove, pero si los hombres necesitaran cubrir de nubes la tierra para gozar el fruto de su ambicion, cuál Júpiter gozaba á Io, las tinieblas caerán sobre los mortales

para asegurarles el triunfo: si admiraren las grandes prendas personales de un jóven audaz y mal aconsejado, que perezca cual Faeton desgraciadamente en una empresa temeraria, no dejarán muchos de llorar la muerte de este loco, hasta conseguir la pérdida de su propio ser y convertirse en árboles insensibles á la humanidad.

Al leer las metamórfofis de Ovidio, en casi todas ellas no se hallará otra cosa que imágenes alegóricas de la razon humana, y de los deseos de los mortales. ¿Qué es el convertirse los hombres en troncos de árboles ó en piedras al furor de sus pasiones, sino el logro mas cumplido del constante anhelar de los sectarios del materialismo? Ellos se consideran sin espíritu, materia solamente al igual de las peñas, ó de los árboles. Ellos y no otros son los que pregonan su transformacion deseada despojándose del ser de hombres.

Y si en nuestro siglo se quiere presentar un ejemplo del hombre, exaltado por el furor de una ambicion, y un espíritu bélico al par de los héroes mitológicos, ved á Napoleon Primero. Sus postrimeros dias fueron correspondientes á su vivir pagano, y á su pensamiento todo entregado al ambicionar, y al combatir segun el paganismo. Quedó en la isla de Santa Elena, cual Prometeo encadenado á la roca, mientras que el buitre de la ambicion le corroia las entrañas, esperando inútilmente al Hércules que le deberia haber librado de aquel suplicio que sufria en desagravio de la ensangrentada Europa.

XV.

Dos acusaciones constantemente se dirijen contra el catolicismo por los que se llaman defensores de la libertad: acusaciones para apartar de la fé á los que ansian ser libres, verdaderamente libres. Una consiste en que el cristianismo es enemigo de la ciencia: otra en que es adversario irreconciliable del trabajo. Con estos argumentos, repetidos en muchos libros y en diversas, agresivas é insidiosas formas, el vulgo de los hombres y los hombres del vulgo, opinan como verdad declarada é irrefutable que no puede llegar á más la abyección á que se desea llevar la humanidad por los apologistas del cristianismo: á la ociosidad y á la ignorancia.

Jamás la Iglesia ha combatido á la sabiduría, sino á la falsa, y á la temeraria. Libre ha sido y será dentro del cristianismo la ciencia para todo aquello que á sus altas é infalibles verdades no se opone. "El ignorante está en tinieblas." "La falsedad y la duda son hijas de la ignorancia", y "la temeridad acompaña á la impericia." Sentencias son, no de filósofos modernos, sino de Santos Padres: aquella de Gregorio Magno y estas de Gregorio Nacianceno.

"Dos cosas son necesarias al que ha de enseñar, ser digno de fé, amar á los que enseña, y enseñar en

tiempos libres de tumultos:" decia el Cardenal Hugo.

La Iglesia ha seguido exactamente aquel juicio comparativo de los sabios del mundo engañados de la vana curiosidad y de la vanidad curiosa, presumiendo conocer las verdades y cayendo en evidéntísimos errores y en las palpables tinieblas de la ignorancia, y siendo cual los antiguos alquimistas, que confiados en falaces é inútiles experimentos, imaginaban adquirir riquezas y venian á parar en extrema necesidad y miseria.

No ha podido dejarse ni se dejará seguramente la filosofía cristiana á merced de los caprichos innovadores de cada uno de los que dando omnímota libertad á sus pensamientos, se erigen en los únicos á quienes se ha concedido el privilegio de alcanzar secretos de la naturaleza, y verdades morales, en oposicion de la fé, triunfante en todos los siglos, á pesar de la série numerosísima de sectarios y de la tiranía de los paganos antiguos y modernos.

"El arte de imprimir libros fué por divino favor inventado y engrandecido y para gloria de Dios, y aumento de la fé, y para defensa de las buenas artes." Así la Iglesia celebraba por Leon X el descubrimiento de la imprenta: así el mismo Pontífice se honraba en favorecer en paterno afecto á los que trabajaban para la utilidad comun de los estudiosos, á fin de excitar á otros á seguir los loables ejemplos, como el que daba Alejandro Guarini, profesor de literatura griega y latina en Ferrara, publicando sus comentarios al *clarísimo poeta* Catulo.

¿Cuándo la Iglesia se ha opuesto á las verdades matemáticas, cuándo á las demás ciencias, cuándo á la aplicacion de sus mas admirables descubrimientos, cuándo á las letras, cuándo á las artes? El progreso de todas ellas, dentro del catolicismo y no contra el catolicismo, fuente de toda verdad, es una gloria para la Iglesia, constante en exaltar los merecimientos de los sabios, de los poetas y de los artistas.

Y ¿cómo no, si á la protectora sombra han florecido los mas insignes de la humanidad en lozanía de imaginacion, en acertada filosofía, en sublime elocuencia, y en riqueza de ordenados conceptos? Y si fuera del catolicismo viéreis ostentarse estas prendas del entendimiento y del estudio, sin la frialdad que acompaña á las obras de los sectarios ó sin el desconcierto de ideas que se asemeja á la fogosidad de la demencia, no creáis que todo tiene origen en el autor que ostenta aquellas. Contemplad el ejemplo de Juan Milton, republicano y protestante y admirador de Cromwell. Su poema *El Paraíso Perdido*, muchos saben que fué imitado del *Sarcotis* que escribió el Jesuita Jacobo Masenio, profesor de retórica en el colegio de Colonia, imitado, sí, en muchos de sus mas excelentes pasages. La rara belleza y la atrevida fecundidad de las imágenes, lo elevado de los conceptos, la oportuna fertilidad de comparaciones, la fuerza de la expresion del poeta católico sirvieron de inspiracion y de modelo al poeta inglés para su celebrado poema.

Su patria protestante recibió friamente la publicacion; y Milton necesitó morir y que la celebridad de

Addison se empeñase en la noble empresa de manifestar todo lo que valía aquella importantísima obra, para que Inglaterra la apreciase en todo lo que valía. No parece sino que el sentimiento protestante entrevía la inspiración católica del poeta alemán en muchas de las animadas pinturas de Milton.

El protestante Leibnitz, á quien deben las ciencias exactas sus mayores progresos, rival de Newton en el descubrimiento del cálculo diferencial, y el que emprendió la reforma de la metafísica, no se desdeñaba de confesar que habia encontrado en las obras de Santa Teresa de Jesus el hermoso pensamiento de que el alma debe concebir las cosas como si no hubiera mas que Dios y ella en el mundo, reflexion que calificaba de importante en filosofía y que él mismo empleó útilmente en una de sus hipótesis.

Leibnitz tambien confesaba haber hallado pensamientos muy sólidos en las obras de Santa Catalina de Génova. Tales hechos prueban que la filosofía evangélica, hasta en las plumas de mujeres abstraídas del mundo, y aparentemente sin la autoridad de las ciencias humanas, es tan grande que sabios como Leibnitz, y como Leibnitz protestantes no han dejado de utilizarse de la alteza y novedad de los conceptos, despreciados solo por la locuaz presuncion de la ignorancia de los que se imaginan libres y fundan la libertad de sus almas en odiar sin exámen toda la enseñanza y la fé que recibieron de sus padres.

Cuando los quákeros tuvieron la esclavitud de los negros por incompatible con los sentimientos de bene-

ficencia y de igualdad, cuando inducidos por Voolman y Benezet hicieron resonar por las azules montañas y por las cascadas pintorescas de la Pensilvania los acentos de libertad, que devolvían este precioso don á tantos oprimidos, no creáis que la inspiración de tal bien era nueva en el mundo. La libertad, proclamada en favor de los negros, no tuvo su origen en la protestante Inglaterra sino en la mente de un católico y sacerdote y además de sacerdote y católico, español.

”Ni los que roban á los negros, ni los que los compran á sus raptos, ni los que los poseen, no sé con qué conciencia puedan retenerlos sin restituirles la libertad, si no recuperan el precio de la compra; porque si el que posee algo ajeno, adquirido en mercado ó por otro justo título, ante todo, si se reclama por su dueño, debe volverse, aunque sea con pérdida de lo gastado, ¿cuánto mas no deberá restituirse la libertad al hombre nacido libre y solo cautivado por la mano de la violencia? Si se me replica que el poseedor puede excusarse, porque de esta servidumbre resulta al siervo el beneficio de ser cristiano, injuria nueva hace á la fé en que ha de existir suma libertad para ser enseñada y persuadida, y por tanto tal disculpa no cabe que por Dios se admita.”

Así en su libro de *Justitia et jure* defendió la libertad de los negros Fr. Domingo de Soto, teólogo del Concilio de Trento, predicador de Carlos V, en Alemania, obispo renunciante de Segovia su patria y teólogo sucesor en la cátedra de Melchor Cano.

Por eso donde quiera que se vean brillar grandes

verdades morales, ideas sublimes de caridad, pensamientos profundamente filosóficos, no pregunteis de donde han provenido, por mas que sectarios, ú hombres de la moderna y falsa ciencia las esparzan, ocultando el origen, cual si ese origen fuese una culpa vergonzosa. Todas son y han sido defendidas por los hijos de la Iglesia, porque todas han recibido su inspiracion en la filosofía evangélica, fundada en la libertad del hombre.

El positivismo de Augusto Comte afirma que nuestra religion desconoce la dignidad del trabajo. Así este autor intenta sustituir el mismo espíritu positivo á las reglas de la moralidad cristiana.

"Ninguno sea entre vosotros ocioso, porque la inercia es madre de la pobreza," escribia el mártir San Ignacio á los Tarsenses: "¿qué es el ocio sino sepultura del hombre vivo? El ocio engendra la necesidad, el trabajo la ciencia." "Huye del ocio porque es la muerte," predicaba San Agustin.

Y no hay Santo Padre de los primeros siglos que no declame contra la ociosidad y que no enaltezca los grandes bienes del trabajo; y no hay escritor sagrado de la edad media que no deje de encaminar el espíritu humano hácia la persuasion misma de la laboriosidad incesante y útil para el alma y para el cuerpo.

"Nunca dés lugar al ocio: al contrario, sin cesar ocúpate provechosamente;" decia Dionisio Cartujano. "La ociosidad es la enemiga del hombre;" repetia San Benito. "El ocio humilla y denigra, y entumece y consume la inteligencia humana;" enseñaba el cardenal Hugo.

San Bernardo que reputaba ridículo por evitar el ocio dedicarse á ocupaciones ociosas, pintó con pluma maestra lo que es la ociosidad en sí, con un vigor y una elocuencia y una exactitud, á que no han podido llegar ni llegarán los detractores de la filosofía moral cristiana.

“El ocio es, decia, rubor de la naturaleza, sentina de las familias, enemigo de las artes, maestro de la ignorancia, padre de la pobreza, correo de los cuidados, rudeza de la memoria, noche del ingenio, peste de la voluntad, fomento de las enfermedades, rufian del pudor, destierro de la virtud, albergue de los vicios.... sepulcro del hombre vivo y báratro del hombre muerto.”

Así engañan los escritores de determinadas escuelas modernas, enemigas irreconciliables de los bienes del catolicismo, á los que desdichadamente y faltos de conocimientos profundos, imaginan que en esas doctrinas que por la novedad los sorprenden, se encierran verdades que apartan del error á los hombres y los conducen á la libertad tan deseada y tan mal comprendida. Así se pervierte el corazon de los sencillos é ignorantes que se maravillan ante la falacia ó la demencia de autores á quienes consideran como si hubiesen logrado remontarse sobre la dignidad de la condicion humana, y escribir cosas negadas hasta nuestros dias á la comprension y capacidad de la inteligencia, por interesados en que la verdad jamás llegue á ostentar en el mundo sus benéficos resplandores.

Y lo mas extraño de todo es, que en tanto que unos

apóstoles de la impiedad predicán la doctrina del positivismo egoísta, contra la moderación del cristianismo, el cristianismo es por otros, como Daumer, acusado de que en su doctrina se encierra en la divinización del egoísmo, del egoísmo en su aislamiento más perverso y más obstinado.

¡Egoísmo la religión, cuyos panegiristas proclaman en incesantes voces el amor de la patria y el del prójimo! ¡El egoísmo la religión que enseñó por S. Cipriano á que los mortales se auxiliasen mutuamente con fervorosa caridad en la invasión de aquella desoladora peste, tan semejante al cólera-morbo asiático, enfermedad de tan incierto origen para la ciencia moderna, de tan desconocida historia, que hasta ignora que la describió aquel ilustre obispo de Cartago y que muchas iglesias de Francia veneran como mártires á muchos de los cristianos que perecieron infestados socorriendo á los afligidos de tan espantosa dolencia!

No puede llegar á más la locura de los que en nuestros días intentan dirigir á la humanidad por nuevas vías que le aseguren la posesión de la ciencia y de la libertad de sus almas.

XVI.

"No os hagais siervos de ningun hombre", decia San Pablo, y la diligencia y la fidelidad que se exige al siervo, se exige á un hombre de partido.

"El que se entrega al deseo del dinero, á tomar lo ageno, al hurto, ¿no es siervo de la avaricia? El otro, dado á la crápula y á la embriaguez, ¿quién negará que es siervo de la liviandad y gula? El otro que aspira á los honores, ese sujeta su cuello al yugo durísimo de la soberbia. Esta esclavitud es peor que la sujecion corporal, la cual todos detestan como acerba é intolerable, y de la cual todos son enemigos. Y porque conocen su aspereza, huyen de ella á todo huir, en tanto que la otra esclavitud no es bastantemente conocida, ni deja de ser agradable." De esta suerte San Cirilo de Alejandría escribia de los hombres que tienen ánimos de esclavos y cuerpos de libres. Para tan gran varon la libertad humana y la condicion libre de vivir entre los mortales, hace mas esclavos porque mas libremente se entregan á la servidumbre de las pasiones.

¡Pobre y menguada filosofía la de nuestro siglo! La consecuencia es la gran virtud en el mundo político y entre los que mas proclaman las libertades públicas. Pero esto es confundir la volubilidad y la constancia con el conocimiento y la huida de los errores. ¿Por qué

he de seguir lo que creo injusto? ¿Por qué lo que considero inconveniente? La consecuencia en el error ya conocido, ¿qué cosa es sino un capricho tenaz ó una soberbia de no confesar el yerro? Con adhesion violenta vemos defender contra su conciencia los hombres una opinion que fué la suya en otros dias, pero que ya no lo es. Se avergüenzan de manifestarla y no se avergüenzan de sí. ¿Puede haber mas esclavitud? ¿Y esto cabe en hombres que se muestran amantes de su libertad?

Una cosa es la constancia firme, generosa, útil, magnánima, inmóvil é inexpugnable para el bien, para la verdad, para la virtud; pero al conocer que la virtud, que la verdad y el bien no residen ó no se hallan donde creíamos, ¿á qué fingir que la buscamos cuando tenemos el convencimiento de que no puede ser encontrada por el camino desafortunadamente emprendido? Y sin embargo, cuántos ante la idea de no aparecer inconsecuentes insisten en su error en la apariencia. "El que es siervo no es libre, decia San Lorenzo Justiniano. Si no es libre, deja la dignidad de la libertad."

Dignidad, sí, que se pierde cuando contra su razon se guarda servil consecuencia á hombres todo inconsecuencias, todo promesas no cumplidas, todo palabras falsamente empeñadas, todo afectacion de verdades, todo tibieza en las obras, todo voluntad caduca, todo confianza en quienes tal vez secretamente nos envidian y nos desprecian. Dejad á los políticos que quieren ejercer sobre los demás hombres el dominio de señores.

”La alabanza primera de un varon prudente es no permanecer en un falso sentimiento: la segunda es pasarse al verdadero:” tal era la opinion de San Agustin, opinion que debe servir de enseñanza y desengaño á los que temen el descrédito en los ánimos vulgares y viven en errónea inteligencia y persuasion de que nada es mas conforme á la rectitud que no mudar de parecer por mas que el verdadero conocimiento de las cosas les impulse á apartarse de tan desdichada idea.

En los partidos, exaltados por el entusiasmo de la libertad, vereis constantemente que consigo no concuerdan, que hasta de sí se apartan en ocasiones, que las voluntades alternan, que varian de dictámenes, que edifican cosas nuevas y destruyen las antiguas, que destruidas las reedifican, y las nuevas una vez y otra vez mudan y ordenan, ya porque quieren, ya porque no quieren; actos tan propios de las personas de corazon vano, vago é instable, y que San Bernardo consideraba como ajenas de consejo divino.

El error es la mayor infelicidad del hombre. Por eso tenia Eusebio Emisseno por mas alegres los dias en que renacemos que no aquellos en que hemos nacido.

El deseo unánime de todos los grandes filósofos cristianos, es que el hombre se considere árbitro de su voluntad. No encomian por eso la fácil inconstancia sino la prudente y la que se dirige al bien. Para ellos la perseverancia en la virtud es el complemento, el decoro y la gloria de todas las demás; la coronadora de

todos los bienes y la victoria de todos los buenos. San Ignacio mártir selló con su admirable ejemplo este consejo admirable: "Está firme cual el yunque; propio es del gran atleta ser herido y vencer."

El patriarca de Venecia, San Lorenzo Justiniano, aconsejaba á los oprimidos del peso de sus errores, que se esforzasen en el rompimiento de las cadenas que les impedían la consecucion de las verdaderas libertades.

"¿Qué existe mas conforme á la naturaleza que procurar el acierto por una via tan igual como apartarse del error? Esta es la buena constancia. No por ella se aminora la libertad, y nada pierde la absoluta deliberacion. Al contrario, en grado mas libre se coloca, puesto que se inclina á donde quiere y á donde no quiere, haciendo á la razon árbitra y guia de la voluntad y de la mente."

Una constante idea hallaremos en la humanidad, si aspiramos á inquirir su historia con verdadero y desapasionado conocimiento. Haya sido un siglo de mayor cultura, hayan decaído en otro las ciencias, prevalecido mas ó menos la dignidad del hombre, ó las formas de la sociedad civil logrado perfeccion ó permanecido en la rudeza de las costumbres, un sentimiento igual ha existido en los mortales. No hay edad de que se conserve clara y distinta memoria que no haya expresado por medio de los cultivadores de la filosofía ese pensamiento invariable en el hombre, que como un tenaz é invariable deseo, ó como una necesidad de su ser, ó como un término de sus esperanzas, se presenta

segun los tiempos y segun sus condiciones. ¡La libertad, nombre tan diversamente definido! ¡la libertad, origen de tan admirables hechos, fuente de tantas venturas, cuando bien comprendida, raudal impetuoso de tantas y tantas desdichas, cuando mal interpretada!

Llámenle unos don concedido por Dios, no por los poderosos de la tierra, pensamiento el mas vivo que se halla inscrito en nuestras almas, el mayor bien de todos los bienes: proclamen otros que todo el oro del mundo es precio indigno para su valor, que no se debe reputar libre al que en libertad nace, sino al que en libertad vive y muere: y la poesía en Italia cante bajo la hermosa bóveda de aquel cielo, donde sonaron primero los acentos de la libertad gentílica, luego los sublimes de la libertad cristiana, los bienes de que los años corran felizmente por medio de una fortunada libertad suave, el deseo de una libertad templada y sin envidia, que florecer se vea en dulce seguridad la libertad segura para pasar las horas serenas de nuestro vivir, la posesion de la libertad, tesoro mayor y mas hermoso de lo que imagina aquel que lo posee, la libertad, en fin, que puesta en balanza pesa mas que toda alegría y que todo poder y que toda riqueza.

Los que habeis leído las páginas de este libro ¿creeis acaso que mi entusiasmo por la filosofía de los Santos Padres es desacordado y que al ofreceros sus sentencias en pró de la libertad humana para que aprendais lo que en ellas he aprendido y sintais lo que yo siento, me he dejado llevar de un espíritu de retroceso? Ah! ¡cuán engañados vivireis los que tal pensáreis!

¿Qué es mas grande á los ojos de los hombres de nuestro siglo, amantes de las ideas de progreso y de la ilustracion moderna? Los escritores de la Alemania desde los fines del siglo último á nuestros dias, la Alemania, patria del racionalismo del Doctor Strauss, Edelmann, Lessing, Kant, Fichte y Schelling.

¿Cuando Ancillon os dice que la libertad moral consiste en el reinado del deber, la civil y política en el de la ley, la esclavitud moral en el de las pasiones, y la política en el del hombre y su voluntad arbitraria, cuando os enseña que fácilmente los hombres creen en la fatalidad en los tiempos desgraciados, cuya persuasion les hace olvidar que ellos mismos los han formado y que tambien pueden formar los por venir: cuando Gutzkow exclama que apasionarse por la libertad es creer en el cielo, y soñar con ella es velar para la eternidad: cuando Salis pregona que la libertad reina donde las gentes honradas habitan; y Krummacher que únicamente al soplo de la libertad se desarrolla el germen de la virtud; y Hoffman de Fallersleben que lo que el Criador ha hecho á su imágen no puede ser otra cosa que libre; ¿qué os dicen, que os enseñan, qué exclaman y qué os pregonan sino lo mismo que siglos y siglos anteriores ha predicado constantemente la filosofía cristiana, y han repetido los Santos Padres y habeis visto consignado en este mismo escrito que leéis?

Cuando oís á Raupach preguntar, que ¿quién está en el mundo libre de cadenas? y decir que en el hogar doméstico lo estamos por los deberes del afecto, en la sociedad por las costumbres, en el estado por las le-

yes y en la naturaleza por la Magestad, ¿no os parece escuchar á San Basilio Magno preguntando que quién puede eximirse de esclavitud, si todo lo creado lo está para la servidumbre? ¿Quién se llama libre? Aquel que no es súbdito de ningun rey y que no tiene potestad de mandar á otro ni admite el imperio de otro. Lo que es creado sirve en todas las cosas.

Cuando Goethe afirma que aquel que se atreve á llamarse libre se siente encadenado por todas partes, pero el que posee el valor de reconocerse en cadenas, ese se siente libre; y cuando escribe que no hay mayor esclavo que el que se cree libre sin serlo, ¿no veis explanada aquí aquella sentencia de San Lorenzo Justiniano de que del mismo modo que no hay mas incurable enfermo que el que se juzga sano, así nada hay mas miserable que el cautivo que se cree libre?

¡Cuán grande es la filosofía evangélica y cuán digna de admiracion! ¡Cuán pequeña y de cuántas imperfecciones rodeada se vé la filosofía del paganismo antiguo y del moderno! Comparada la una con la otra, en aquella contemplareis la verdad resplandeciente, y en esta, las ilusiones del orgullo humano, queriendo comprender por el hombre á Dios, y sin alcanzar la ciencia de Dios y del hombre, y luchando con el formidable enemigo de su falta de conocimiento propio, con la cual imposible es la victoria. Esa filosofía evangélica es la que ha querido apartar de una desesperacion ignominiosa á los hombres para que en caída inevitable no lleguen á la última línea de la desesperacion que es la muerte: esa filosofía la que hizo del amigo

un custodio del alma: esa la que enseñó que la amistad, si es verdadera, llega á ser eterna: que lo que no puede la naturaleza ella lo puede: que es mas cierta la de los pobres que la de los ricos, y que es maestra de la igualdad entre los mortales: esa la que demostró á los hombres que esperan todo del mundo que el fruto es la ruina y el fin la muerte: esa la que calificó de madre de la hipocresía á la ambicion, que nada sufre por la verdad sino por el orgullo, y que todo cree y todo aguarda: esa la que desde el siglo IV de la Iglesia señaló los doce abusos que dominan la sociedad: sabios sin obras, ancianos sin religion, adolescentes sin obediencia, ricos sin limosnas, mujeres sin pudor, señores sin virtud, cristianos contenciosos, pobres soberbios, reyes inicuos, obispos negligentes, plebe sin educacion y pueblo sin leyes: esa la que predicó que Cristo mudó el trabajo de la ley en libertad, que el desprecio de la ley es propia condicion de la esclavitud, que la ley de la naturaleza es mayor que las prescripciones de las leyes humanas: esa la que nos ha inculcado la doctrina de que la voluntad en libre poderío, apetece, quiere, busca, reflexiona, delibera, juzga, se conmueve y elige: esa la que dejó escrito como complemento de la libertad del hombre, que ni las leyes mandan á la voluntad, ni los príncipes la dominan.

La filosofía evangélica no es otra cosa que el grande y verdadero arte de la libertad; no aquella libertad que se practica en el siglo vendiendo los hombres sus conciencias por la ambicion, á quienes falta poco para ponerse cual las prostitutas romanas el precio

en una tablilla á las puertas de sus moradas, ó en las diademas de plata con que adornaban sus frentes.

Los mortales dedicados al estudio de las ciencias, se enamoran de la materia y quieren juzgar al hombre moral por el hombre material, y someter hasta á Dios á las leyes de la materia misma. Y enorgullecidos con la exactitud de las ciencias, no han acabado de comprender que ni en ellas cabe lo absoluto de la exactitud, porque hay límites que jamás pueden traspasar nuestras ideas, y confines á que no puede llegar nuestro entendimiento.

Agregad cifras á cifras en una cantidad, ¿á dónde acabará la numeracion? ¿cuál será su término? Cuando Isaac Newton nos da idea de la gravitacion universal, y la atraccion de los astros é introduce para la física en vez de las hipótesis la observacion y el cálculo geométrico ¿cuán admirable aparece á nuestros ojos, y cuán pequeño y triste cuando demuestra que no habia podido formar una alta idea de la sabiduría de Dios!

Pero dejemos á este investigador de las verdades y débil sin embargo en la verdad mayor, y apartándonos de la incertidumbre de la ciencia, que quiere acomodar todo al orden de la materia, ¿qué podrian ser las artes sin la filosofía cristiana? Lo que fueron entre los griegos y los latinos. Hermosura y grandeza, pero el fuego de los sentimientos, la vida de la passion, el encanto de la inteligencia, ¿dónde aparecen? Tan frias son las obras del arte pagano, como el mármol en que fueron esculpidas las estátuas. Pero es

engaño: un sentimiento sabrán explicar: el dolor de la desesperacion, imágen propia de las sociedades sin creencias y sin elevacion de espíritu: el gladiador moribundo que herido yá ha desesperado de sí, ó Laocoonte, expirando en impotente rabia aligado por las sierpes enroscadas y espantosas cual tan galanamente describe Virgilio.

Pero volved la vista y contemplad las vírgenes de Rafael de Urbino. Allí se mira en él que el pincel ha sido guiado por las palabras del gran padre y filósofo de la Iglesia San Ambrosio. Contemplad á María vírgen en el corazon, vírgen en la mente, de corazon humilde y de prudencia en el ánimo: imágen de la virginidad en quien reside el secreto del pudor, vírgen dentro de su casa y madre en el templo: parece que se le ve y se le oye hablar para convencerse de la humildad de su alma y del amor á su familia, de que está rodeada: huyendo de la vanidad, siguiendo y amando la razon, nada en sus ojos de adusto, nada inmodesto en sus acciones, nada de lascivia en su semblante, simulacro de su mente é imágen de su probidad, cual la mostró el evangelista, cual la halló el ángel, cual la eligió el Espíritu Santo.

Volved la vista á la Vírgen, tal como Murillo la ideó, tal como S. Bernardo y S. Buenaventura la describieran, admirada y digna de todo honor, señora del mundo, reina de los cielos, vírgen de las vírgenes, santa de los santos, luz de los ciegos, gloria de los justos, perdón de los pecadores, reparacion de los desesperados, fortaleza de los débiles, salud del orbe,

espejo de toda integridad, resplandeciendo en ella la calma del pudor, la devoción de la humildad, la grandeza de la fé y el martirio del corazón exaltada sobre los coros de los querubines, no teniendo criatura alguna superior ni igual, y siendo la alegría de los ángeles y la gloria de los justos.

S. Ambrosio y Rafael idearon á María como la madre de familia, resplandeciente por su vehementísimo y delicado amor, juntando en su semblante á la belleza de la virginidad toda la candidez de la vírgen: S. Bernardo, S. Buenaventura y Murillo viendo la misma vírgen exaltada por sus virtudes á ser entre nubes, y coros de ángeles el objeto de la adoración de los cielos y la tierra: los dos primeros tal como se imaginaba en los principios de la religión y del arte: los otros como la expresión de todo el entusiasmo de la fé, y de la admiración de tantos siglos y del reconocimiento de su poder y de la experiencia de su protección hacia los mortales.

Y si del arte pasamos á la poesía, ¿quién sino la frase de S. Juan Crisóstomo, "fábula y sueño es la vida" inspiró á Calderon su grandioso drama filosófico "la vida es sueño."

¿Quién sino Goethe en su poema *El Fausto* se propuso voluntaria ó inadvertidamente poner en acción la sentencia de S. Gerónimo "Arma del diablo es la lujuria," la de S. Hilario, "Todo honor del siglo, negocio es de Satanás" y de S. Bernardo: "Envidia el mal espíritu al linaje humano. Quiere tenerlo sujeto, porque prevee al hombre futuro." Así, á pesar de sus er-

rores, supo pintar Goethe al tenor de la filosofía cristiana al autor del mal, al origen de la perversidad, al corruptor del siglo, al adversario del hombre, que tiende asechanzas, que prepara caídas, que cava hoyos, que dispone minas, estimula los cuerpos, junta las almas, sugiere pensamientos, suelta las iras, dá al odio las virtudes, agrega al amor los vicios, siembra errores, aumenta las discordias, roba la paz, disipa los afectos, viola las cosas humanas y tienta las divinas.

Qué diferencia hay entre este modo de decir, propio de un filósofo evangélico y la descripción que del géneo del mal hace Goete en su poema?

Inmenso seria este tratado, inmensísimo seria si me propusiese enumerar todos los triunfos de la idea cristiana en la sociedad, todo lo que al cristianismo deben las artes, las letras y las ciencias, toda la libertad en que está inspirada tan útil filosofía.

¡Oh mortales que buskais ciegamente el camino de la libertad verdadera por extraviados senderos, en vano os cubrís con la alba vestidura de los héroes manumitidos, si no entonais aquel himno de los mártires con el cual la Iglesia pide á Dios la libertad de los que se hallan en la prisión de la culpa: en vosotros está el conseguir que las cadenas de hierro de la humanidad dejen de oprimiros; abrid los ojos á la luz del desengaño, y no queráis imitar á Epaminondas. Si él murió abrazado á su escudo para manifestar que siempre defendió la paz y la libertad tebana, la libertad y la paz nuestra de otra manera han de ser mas gloriosas y eternamente defendidas.

Fundan todos la libertad en el ejercicio de la libertad de sus pasiones: los pueblos sin la educacion verdadera para ser libres entre libres y libres aun en medio de la tiranía, convierten la libertad en licencia, y no saben jamás en lo que consiste la tranquilidad de la vida civil.

Vanos son sus derechos, porque no aprenden y porque no hay quienes se los enseñen, fuera de la filosofia cristiana, los deberes del hombre para con el hombre, y de la libertad para con la libertad. La autoridad del pueblo para elegir sin conciencia y sin criterio al menos ¿es otra cosa por ventura en la realidad que una negacion del mismo poder que ejerce? Igual en el error es á los mayores monarcas de la tierra. Así como ninguno de estos puede dar á un hombre la sabiduría, ni la posesion de las letras, aunque lo designe para un cargo que las requieran, tampoco los votos de un pueblo libre pueden hacer ciudadano excelente é ilustrado al que carezca de ciencia y de virtudes. En este punto sigo la doctrina de San Juan Crisóstomo. Así, pues, darán títulos de honor á los huérfanos de merecimientos y los adornarán con lutos lucidos.

El hombre para tenerse por libre necesita haber sido restituido á la libertad de la justicia, para romper las prisiones de los afectos impetuosos que tan duramente lo enseñorean. Con razon decia S. Agustin. "Quien no sabe gobernar el pueblo de pasiones que tiene dentro de sí, ¿cómo gobernará los pueblos?"

El que mas presume de libre se asemeja á una de las cárceles de la república de Génova. Estará lleno

de pasiones, cual aquellas se encontraban pobladas de los que el furor de sus pasiones mismas habia llevado á todo género de desórdenes y que sin embargo dentro de sus muros vivian en la exaltacion de los pensamientos de ódio, de venganza, de lujuria, de depression y de envidia. Sobre las puertas de las cárceles estaba escrita la palabra "Libertad." Hoy en los labios de tantos como tienen dentro de sí vivas todas las pasiones, pero reservadas de la vista de los mortales, la palabra *Libertad* resuena pública y repetidamente.

Para conseguir las naciones la libertad verdadera, deben empezar los hombres por poseer completamente la libertad cristiana.

Obtenida esta, su aspiracion ha de dirigirse á la posesion dignísima de la libertad civil en la plenitud de todos sus derechos.

Y cuando se hallen fortalecidos los ánimos en el uso de la libertad cristiana y de la civil, entonces y no antes puede esperar la consecucion de la libertad política, no para gozarla transitoria y falazmente, sino para dilatados y felices dias y generaciones muchas.

XVII.

Emblema de la libertad era entre los antiguos romanos una mujer vestida y en pié, teniendo en la diestra el pileo ó bonete que se colocaba en la cabeza del que se manumitia, y en la siniestra la vara ó vindicta con que en el acto de la manumision tocaba el Pretor al libertado. En acertado olvido quedó el uso de este emblema entre los cristianos. ¿Qué significacion y significacion verdadera puede tener tener nosotros? Ninguna ya por nuestra dicha.

El emblema de la libertad se encuentra en aquella mujer conocida por el palacio, el trono y el descanso de Dios, por la lámpara inextinguible, por el arco del cielo, por el celestial prodigio, por el templo del pudor, por el milagro del mundo, por el tesoro mas hermoso, por el propiciatorio de los siglos, por animada escala, templo de toda pureza, fuente de todo espíritu y madre y fin de los tiempos, por templo inviolado y fundadora de la Iglesia, y por tantos y tantos atributos cual con pensamientos de ángeles en escritos de hombre le reconocen los grandes filósofos del cristianismo, siendo uniforme la viveza de los colores con que en su sentimiento de amor la pintan. María! sí: María, símbolo de libertad, definido al universo solemnemente en medio del torbellino de las incredulidades

y de la arrogante y vana ciencia del siglo! símbolo de libertad exaltado, símbolo de libertad repetido sobre acabadas provincias, arruinados reinos y sepultadas monarquías!

María, nacida para libertar al mundo y librada de culpa.... Oh! y cuán admirable y gratamente resuenan en nuestros oídos las voces que la aclaman abundante en riquezas del cielo, singular en hermosura, por quien llamó San Gerónimo desde las soledades dicha tierra la de la Iglesia, cuyo rey es Cristo, descendiente de extirpe de libres, de donde tuvo origen la mas libre de todas, la Virgen de las vírgenes! María, consuelo del triste y libertad del cautivo: María, cuya misericordia libra clementemente á los que segun sus merecimientos castiga la justicia del Hijo, cual escribe San Bernardo! María, cuyo nombre nos enseñaron á amar en las horas placenteras y descuidadas de la niñez, amor que nos quieren arrebatarse los hombres de débil fé, de dudosas esperanzas y de desesperados pensamientos, amor sin el cual falta en el cristiano el sentimiento al sentido y se convierte en arenal muerto que no produce otra cosa que espinos desabridos y secos: amor en que se halla cumplido el bien y colmado el deseo: amor que se acrecienta al amanecer de la vida, que es al comenzar el uso de la razon: amor que frenéticamente combaten y de que se burlan la violencia y la temeridad de los que se proclaman enemigos de Cristo, cuando antes que de Cristo son desdichados enemigos de sí propios, viviendo en la insensibilidad de los incrédulos, envileciendo las doc-

trinas filosóficas de que se dicen apóstoles, y contando sus infelicidades por cada una de sus acciones: amor que aun de los mayores olvidos é ingratitudes suele renacer en los fines de la edad viril, cuando desengañadamente vencidos, conocemos que es sin límites su misericordia, su caridad sin medida, y eternas las venturas que de ella proceden: amor premio de nuestros trabajos, honra de nuestras afrentas, regocijo de nuestras tristezas, y posesion de la mayor y mas dilatada alegría.

El amor puesto en María, es la perfeccion de todo sentimiento de amor en el hombre: por él es mas vivo y mas delicado el amor filial, mas vehemente es el amor paterno, mas firme el amor conyugal, mas leal el del amigo, mas dulce el de la patria, y mas decidido y enérgico el de la libertad humana: porque ese amor engrandece y purifica á todos y á todo, porque está sobre los amores de la tierra. Sin María se halla solo nuestro amor en el mundo, porque su corazon se vá siempre tras los perseguidos y atribulados, llenándolos de innumerables bienes y de consuelos: por ella son muy suaves las amargas aguas de la tribulacion, y ella nunca nos vé mas necesitados de su amparo que cuando mas lo merecen nuestros delitos.

Ved á María; esa es la salvacion del orbe, esa es la clemente al *libertarnos*, segun San Bernardo: esa la que San Juan Geómetra llama en sus himnos *Fuente de libertad*: esa la que San Efren, diácono de Edessa denominaba "carta divinísima que abre á la libertad

el camino: esa la que es *la libertad misma*, libertad grata y dulce:" esa la que San Ambrosio Eremita dice que nos lleva á la súbita libertad y al triunfo: esa, estrella del mar que rectamente dirige á los viajeros, y guia á los errantes, y á los que peligran restituye al puerto de su salvacion ó de su libertad, al decir del Abad Absalon; esa, en fin, pintada por los artistas suelto el cabello, sin lazo alguno como signo de su libertad.

Oh! dejad al alma morir al amor de este pensamiento, y sea esta adorada y tierna libertad la sabiduría de nuestros labios, y corran por ella lágrimas que no enjague el tiempo y que hermosée una fé sublime! Caminemos en seguimiento de esta libertad, y nos hallaremos con la luz y la libertad de Dios para aclamacion de la fé. ¿Qué valen contra este amor y deseo los ardides de los que intentan extinguir la esperanza en los corazones y permanecen firmemente negativos á las voces de la razon y del desengaño? ¿Estais orgullosos con los laureles de vuestra mentida ciencia, de vuestro mentido valor y de vuestra mentida libertad? Os coronan ciertamente, bien lo conozco. Pero no advertís que por do quiera el helado soplo de la muerte está agitando las hojas y que el fuego de la esclavitud las vá abrasando una á una.

"Por nosotros solos no podemos volver á la libertad de la verdad," escribia San Bernardo, llamando desde este destierro á María, y pidiéndole la libertad verdadera y eterna con expresiones vivísimas para el alma, sacadas de un corazon tocado de la centella de

Dios; á María, sí, para que infunda amorosamente el espíritu de amor y conocimiento en cada uno de nosotros, deseosos siempre de libertad, y aun de arrebatarnos la libertad á Dios, pretendiendo en nuestro desvarío hasta atar las manos de sus mercedes y misericordias con la cadena vil de nuestras culpas, á Dios que tan solo quiere ser amado sin sujecion y con libertad, porque para ello obró por amor obras no de muerte, sino de libertad. Ah! ¿quién logrará enaltecer digna y eternamente promesas tan grandes y tan mas allá de las esperanzas y del deseo, ni fiarlas por la pluma á la vida de un papel, y al poco valor de un escrito, natural desgracia de solo un fervoroso intento, delincuente contra las leyes de la impiedad del siglo?

Contemplemos, pues, la dulce y amorosa imágen de la libertad en María, modelo de puro amor y de purísima libertad para enseñanza del siglo presente y segurísima guia del siglo futuro.—Por ella se consigue la prenda mas deseada del hombre, que es la libertad, pero libertad por medio de la fé contra los que predicán una libertad irrealizable, sin tener fé en su misma libertad. Por la inmaculada libertad de María se puede describir la confianza y la libertad que tiene y puede tener en la fé el verdadero creyente en Cristo y la alegría que le ocasiona y puede ocasionar, cual á otro Orígenes, la esperanza.

Y ¿qué nos enseña el recuerdo de María al pié de la Cruz con los ojos bañados en lágrimas, ojos que á donde quiera que se vuelven es solo para dar vida? ¿Quién habrá que ante una imágen de tal ternura

siendo católico, no haya suspirado? Y este suspiro ¿ha sido de amor, ha sido de gratitud, ha sido de esperanza de libertad? Sí: de libertad. María segun San Ambrosio, contemplaba con piadosos ojos las heridas del hijo, porque contemplaba no la muerte de su prenda sino la Salvacion del mundo.

XVIII.

La cruz, consuelo de los pobres, seguridad de los desesperados, dicha de los infelices, otorgadora de todos los bienes, esa, esa es la insignia del verdadero cristiano y consiguientemente del hombre en realidad libre. Antes fué suplicio de los esclavos, y género de suplicio infame para el hombre libre, aunque perverso, segun el sublime decir de Lactancio.

Si: la cruz que nos libertó de la ceguedad del error, la que combatidos y castigados nos liberta, la que nos dá á conocer la verdad: la cruz vilísima y extremo de la humillacion en otros dias, hoy testimonio de la libre dignidad del hombre, sigue siendo ostentacion de la sabiduría divina y objeto del ódio de la infatuacion mundana: la cruz, ciencia perfectísima y sabiduría de los perfectos: cruz, blanco de la mofa que pasa por erudicion á los ojos de la ignorancia: la cruz venerada por los hombres de aventajado espíritu, rara prudencia y celestial doctrina que han alcanzado á vivir para la eternidad y que aun no se satisfacen de sus desvelos: la cruz, combatida en la verdad por los que escriben siempre tan fuera de sí como dentro del error, siempre astutamente variables en el mal, siempre con crecida constancia y ánimo resuelto, teniendo lo imposible por mas fácil: la cruz, en fin, para la cual

en toda la elocuencia humana no hallo palabra alguna digna de su grandeza, ¡oh cruz! tú eres la que llamó San Juan Crisóstomo con gran concision y mucha exactitud "magnificencia de los reyes," cruz, humanidad de los bárbaros, *cruz, libertad de los esclavos*; tú la que San Cirilo de Alejandría con su viveza de ingenio, variedad de sentencias y hermosura de palabras, denominaba "precioso signo, levantado en todo el orbe de la tierra para alumbrar á las gentes: la que hizo la remision de los que se veian en ininteligible cautividad: la que estableció la union de los ánimos en la fé entre los que antes se encontraban divididos y oprimidos bajo el yugo de muchos é impíos tiranos" tú eres la que nos puedes guiar y guías en el mar inmenso de nuestras ideas y en el abismo insondable de nuestras esperanzas.

Por la cruz hemos aprendido la noble elevacion del destino del hombre que es la libertad; porque á la libertad llama amorosamente al alma: con la cruz haremos libre nuestro ánimo: con su recuerdo no seremos siervos de hombre alguno al verla colocada en las casas y en los muros y siendo en todas partes demostracion de que allí residen hombres libres, porque signo es de nuestra salud y de la comun libertad y de la bondad de Dios como en su riqueza de voces y de pensamientos y de doctrinas el Crisóstomo nos dejó enseñado.

Aun los mismos que con impaciente actividad para nada creer, creen todo lo que no es el cristianismo y abominan de su nombre, desean honrarse con la

cruz: sí; porque la cruz en el pecho del caballero era la prueba de la libertad de su sangre y de la libertad de sus pasiones, que es la nobleza del alma. La cruz era el distintivo de la libertad en los que trataban de rescatar el sepulcro de Cristo: la cruz en los escapularios y en las banderas de las naves de los religiosos de las órdenes de la Merced y de la Trinidad para el rescate de los cautivos ¿qué era y qué significaba? La libertad y siempre la libertad. Esa fué la que hasta el mas escondido centro de la infidelidad iba á prestar sus auxilios á los cristianos en los mas retirados calabozos con doctrinas mas de obras que de palabras.

La cruz en las monedas es sello en que vá impresa la caridad de Cristo, para enseñanza de la libertad en la limosna y para la liberalidad perfecta.

Sobre la piedra de los sepulcros se acostumbra grabar una cruz. Signo es tambien de libertad en esas tumbas. Si la mano del pariente ó del amigo escribe: "Aquí reposan los mortales restos" la prudente y cristiana firmeza de nuestra esperanza confía en que esas palabras serán borradas por el soplo del querer de Dios, que es la misericordia y el ángel removerá la piedra y sobre la sepultura del cristiano pronunciará otra vez el sublime epitafio del monumento de Jesus, "Resucitó: ya no está aquí."

La cruz que tantas mudanzas introdujo en el linage humano adorna las coronas de los emperadores, se halla entre los príncipes y los súbditos; entre las mujeres y los hombres, entre los esclavos y los libres y como el admirable Crisóstomo escribía: "hasta en las

diademas, en las púrpuras y en las armas.”

Y ¿cuál es asimismo la significacion de la cruz en las coronas y en los cetros de los reyes? La de libertad, aunque tiranos sean, aunque las perlas de su diadema compitan en número y en esplendor con las lágrimas y las desdichas de sus súbditos.

Esa cruz es el recuerdo de sus deberes de reinar dentro de la fé cristiana. Si los reyes quieren trastornarla cuanto pueda la imaginacion y creen ver en todo el intento de que su pueblo trata de desengastar una á una las perlas de su corona, si la pasion los ciega á tal punto que ni razones ni razon les causen efecto, si convierten en deidades las mentiras, y si abusan de su poder opresora y sagrientamente, esos no guardan las leyes de la libertad de Cristo y son tráfugas indignos de la cruz que llevan en las insignias de su potestad.

Dirán los impíos: ”Esa es una libertad impotente contra la tiranía casi siempre.” Y esto, que parece contrariedad y grande é indisoluble duda, es la respuesta misma que para la duda se encuentra y de una manera invencible, por mas que muchas veces se proponga, promueva y pondere. Si no contiene la ley de Cristo al Rey para que observe la libertad con que le manda Dios gobernar al pueblo, ¿quién podrá persuadirse que lo contendrán únicamente las leyes del pueblo mismo? Estas son obligaciones fáciles de quebrantar al poderoso: la cruz es el recuerdo mudo, severo é inflexible de la justicia y de la enseñanza divinas: en las coronas y los cetros les dice constantemente en claros avisos y efica-

ces desengaños: que si ha de cambiarlas por la de los cielos ha de fabricarla no con el oro, sino con la libertad, que es uno de los mas hermosos diamantes que en la diadema de Dios resplandecen: esa la que le repite que la justicia ha de estar en manos de la caridad y de la prudencia sin tocar los términos del encono: que no duerma descansadamente sobre los males públicos, ni pase la vida en disimulacion veagadora y en odio al pueblo con alevosía inaudita y apenas imaginable: que no emprenda hechos siniestros y desacertados ni cuanto pueda ser la ambicion de su deseo: que con agenos sudores no bañe su ociosa frente: que no conceda su patrocinio á causas difíciles y contrarias á la nacion: que no deje en silencio profundo y en lamentable olvido sus juramentos; y que á la luz esplendente de las piedras de su corona registre las oscuridades de la muerte para que entienda que respira entre falsas esperanzas y entre mentidas posesiones, y que su obligacion es que todos miren en su semblante el de la libertad y todos en sus palabras no escuchen otra voz que la de la libertad misma enseñada por Cristo y seguida por los apóstoles y por los Santos Padres.

Si no observa tan sagrados preceptos, ¿qué será la cruz en sus pechos? ¿la insignia de su dignidad? Oh! no: es la espada de la justicia divina. ¿Qué será la púrpura real? un vestido de luto. Así el célebre historiador Flavio Josefo, cuando fué condenado á muerte, trocó su vestido por el de la tristeza, y llevó pendiente al cuello la espada con que trataban de degollarlo. ¡Oh desdichados dias, dias igualmente melancólicos

para los reyes y para los pueblos, días que sin consuelo se sienten y que sin alivio se lloran, cuando por unos y por otros la libertad, deseada del alma como el bien sumo, no se conoce cómo es y cómo debe ser y en que todos se muestran impacientes con las personas que quieren librarlos de sus cadenas, y no cuidan de otra cosa, ni otra cosa anhelan sino mas y mas estrechamente verse encadenados.

La cruz hace de la misma desesperacion brotar la esperanza para que nuestras almas sean hermosísimamente perfectas y hermosísimamente libres.

Fuera de estas doctrinas, cuando vemos congregarse hombres que por libres se tienen y razonar y argüir con otros hombres, por libres igualmente tenidos, y tratar de la conquista de mayores libertades ó de la libertad á que aspiran ¿qué son y qué representan sin llevar en sus espíritus el recuerdo de la cruz? Son esclavos que hablan de libertad y están perpétuamente en cadenas.

XIX.

Iba á escribir las postreras palabras de este libro, cuando me pareció escuchar una voz que decia: "Inútil es tu empeño en esparcir doctrinas que has recojido y guardado dentro de tu admiracion y de tu esperanza en vehemente silencio hasta ahora. Aseguras que la libertad divina nos puede guiar única y seguramente por los pasos peligrosos de la libertad humana, y al propio tiempo nos pintas la fé y la esperanza muertas, y la caridad en abandono y ciego el entendimiento y las voluntades perdidas como las espigas por los campos. Pero en pocas y bien pensadas razones singularísimamente puede refutarse cuanto dejas escrito y trasladado. La libre filosofía dijo en los labios y la pluma de un escritor gentil, el sublime poeta Estacio: "El temor fué el primero que hizo los Dioses." El cristianismo tiene por infalible esta otra sentencia: "El temor de Dios es el principio de la sabiduría." Ahora bien: ¿cómo se puede vivir en libertad dentro de una doctrina religiosa que tiene el temor por fundamento de la perfeccion en el hombre? La libertad y el temor son cosas incompatibles. En juicio tan recto es sin apelacion la sentencia, por mas que la libertad cristiana sea el iman de tus estudios y el númen de tus ofrendas."

Hé aquí el error de los adversarios del cristianismo. Prevalece en ellos este pensamiento de la libertad mal entendida contra toda suerte de razones.

“El temor de Dios” de que nuestra religion habla, no es el temor del esclavo, sino el del hijo que no quiere ofender ni menos quebrantar los preceptos del padre. Creer lo contrario es un indigno sentir de la bondad suprema. ¿Quereis una evidente prueba de mis palabras? “Ignora la gracia de la libertad aquel á quien liga la esclavitud del temor.” Esto escribe San Gregorio Magno y esto hace propio de mi espíritu y de mi pluma el conocimiento de mi poco valer.

¿Qué somos los hombres? Esclavos á quienes el evangelio ha dado libertad: esclavos que tan malamente saben tenerla en estima. El escita Juan Cassiano, maestro del Crisóstomo, y que tanto estudió en los monasterios de Egipto entre los Santos Padres, pintaba este temor de Dios, como temor filial y no servil ni mercenario, temor no engendrado en el espanto de los castigos, ni en la codicia de los premios, sino en la grandeza del amor, por el cual reverencia ó respeta con solícito afecto el hijo al indulgentísimo padre, el hermano al hermano, el amigo al amigo, y el esposo á la esposa.

No hay que confundir temores con temores. “A toda buena obra conducen el amor y el temor de Dios, y á toda obra mala conducen el amor y el temor del mundo,” dijo San Agustin; mundo que consideraba como una cárcel para el hombre.

¿El temor del mundo quita la libertad? En esto,

¿qué duda ó qué opinion puede caber?

Ved á los temerosos del mundo; vedlos esclavos de la opinion, procurando adivinar las intenciones para hablar conforme á ellas; vedlos en el recelo pavoroso de que sus honras se conviertan en míseros juguetes de las ociosidades del vulgo; vedlos cuan neciamente se llaman libres y bien afortunados, teniendo á los deseos y á las siempre dilatadas esperanzas por sus tiranos. Ved á sus imaginaciones en el deleite cruel de satisfacer sus insaciabiles ansias, en continuo sacrificio la voluntad propia, cimiento sobre que levanta sus torreados muros la soberbia; y vedlos, en fin, en esa al parecer dulce pero cierta esclavitud, solicitando siempre y en vano sus corazones la libertad mas segura. Mas ay! génios infelices, infelices hijos del sueño y de la noche! en la florida montaña de las venturas, que creéis alcanzar por el servil temor del mundo, está la fuente del olvido de vuestra libertad, cercada de los árboles que habeis elegido para sombra de vuestra esclavitud halagüena.

Yo os contemplo conquistando en vez de voluntades la desestimacion pública: ¿qué espera vuestro temor, prefiriendo al juicio de Dios el engañoso de los hombres, y humillando vuestra libertad y vuestra conciencia ante jueces experimentados en inconstancias por la inquietud de su corazon, la altivez de su espíritu y la falacia de sus razonamientos? Esos son los que intentan poner en odio público á los gritos de defensa de libertad á los que consideran inferiores, por que temen que puedan ellos igualarles: esos los que

persiguen á los que creen sus iguales para que no consigan anteponérseles primero que el aire del favor aliente las alas de su ambicion para remontar el vuelo: esos los que procuran derribar á los mayores por mucha gloria que alcancen y por muchísima mas que merezcan, á fin de que su dominio nunca sea, ó si ha de ser, que pase con la rapidez del pensamiento. Oh temor! que aunque esclavizas al mundo no logras templar la osadía ni convencer la injusticia; ni evitas que se sacrifiquen los mortales víctimas al falso honor, ni que tengan miedo hasta á la felicidad, ni que hombres mayores que su fortuna y que su fama, á vista y á despecho de la justísima censura, y con mas inconsiderado ímpetu que feliz resolucion, emprendan y consigan todo para que mayor sea su magnificencia y mayor y mas temible su ruina, y mas y mas crecidos los males públicos!

¿Pero qué puede aguardarse de la filosofía de los incrédulos? Su gran maestro Lucrecio, aquel para quien la presente vida es el infierno de los insensatos, y aquel que declaró libre á la naturaleza, no quiso conceder la libertad como don esencial en el hombre. La esclavitud ó la libertad no eran para él mas que accidentes en la vida, maneras de ser cuya presencia ó ausencia en nada alteraban esencialmente al sugeto.

En tal creer viven muchos de los mortales, imaginando, empero, verse en la gozosa satisfaccion de su amor á la libertad y se hallan siempre en servidumbre amarga arrastrando hierros en poder de otra barbarie peor que aquella que en la declinacion del imperio ro-

mano ponía todo á hierro y fuego, sin dejar cosa en las ciudades que sirviese para las vidas, ni piedra sobre piedra para esconder de la muerte á sus infelices moradores.

El temor de Dios y no el del mundo, es el que nos hace vivir en libertad honrada, sin que sean poderosas las promesas ni las amenazas de los hombres á desviarnos de ella.

La libertad no nos puede faltar ni faltar á nuestro consuelo, porque es la vida de nuestra vida. Una fuerza inexplicable podrá arrebatarnos al olvido de la libertad, hasta el punto de que por ilusion dejen las manos las cadenas, mientras que en el corazon quedan retenidas.

La libertad, sola y única del mundo y para el mundo, es una sombra que acompaña al cuerpo humano hasta la tumba y al márgen de ella se desvanece, si no la han desvanecido antes las contrariedades de la vida; pero la libertad que está en el espíritu, libertad así para Dios, como para los hombres, esa es invencible porque se halla plenamente en posesion de nuestras almas, y posesion de triunfo sobre los hombres y para triunfos eternos: libertad, en fin, nacida inmortal al nacimiento de Cristo, que segun la expresion de San Efren, fué "la perturbacion de los tiranos."

XX.

Héroes y sabios de la libertad del mundo, ¿cuándo apareceis mas grandes? cuando os vemos quitar de vuestras sienes las coronas de laureles para ponerlas á los piés de Dios. Y ¿cuándo sois mas miserables, cuándo mas pequeños? Cuando las sujetais mas seguras á vuestras frentes, creyendo que son solo para vosotros y por vosotros. Entonces os abrasan las sienes y no lo sentís: entonces os oprimen de tal modo que perturban vuestra razon hasta el delirio.

Ciegos sois para no ver quienes sois: paralíticos que no conocen sus miserias y que se creen fuertes y ágiles para su libertad: hombres de dilatados dias en quienes corren al par experiencias y desengaños, pero encubiertos por las ilusiones.

Parece que nace en nosotros congénito el atrevimiento de saber obstinadamente los impenetrables secretos de la providencia divina; en cambio pretendemos penetrar y penetramos muchos de la naturaleza, sin huir peligro ni perdonar trabajo. Así vemos que todos los sabios deliran, siendo los delirios de unos la burla de los otros.

Contempladlos: ¿acaso imagináis que están tranquilos en el silencio, en el estudio y en la esperanza? ¿creeis que buscan la soledad condolidos de los males

del género humano y que esa es la soledad de su dolor, porque el dolor á veces quiere tambien ser libre?

Pues bien: engañados estais tristemente. Esos sabios que apenas se dejan ver en la abstraccion de su ciencia, cuando aparecen es para llorar las calamidades de la humanidad, pero su llanto es la máscara de la risa irónica, adornada con fúnebre hipocresía. Han indagado, han inquirido, han dominado con sus conocimientos á la naturaleza: han presumido levantar á la mayor altura su gloria.

Pero ¡oh desdicha de la edad presente! Esos sabios se han convertido en la mas terrible llaga del dolor de la sociedad. En el exceso de la sabiduría y por mas que quieran tender las velas de sus desvanecidos pensamientos, van inclinando el mundo á la barbarie, como si inútilmente siglos interminables no hubiesen suspirado por el momento de su libertad, y con la libertad, el de la posesion de toda clase de venturas.

Los hombres científicos no quieren permanecer en la ociosidad, no en la desidia, ni que su razon viva en éxtasis. Nada hay que la subyugue. La voluntad de los hombres de ciencia es mas voluntariosa que la de los demás hombres. Qué piensan? en qué imaginan? ¿cuál es el mas delicioso empleo de su sabiduría en el retiro de sus gabinetes? Oh! ellos son superiores en ciencia á Alarico, y sin embargo iguales á Alarico, cuando premeditaba en su barbarie la destruccion del imperio, y soñaba con la de Roma, tendido en su lecho de pieles, y abrigado por las toscas cortinas de su tienda de campaña. Ellos, iguales á Jenserico, rey de

los vándalos, ideando el exterminio de las ciudades de Italia, y su desolacion y su miseria. Desde el recinto de sus gabinetes, y rodeados de sus libros y de las máquinas y los aparatos fabricados por la inteligencia para bien de la humanidad, solo inventan y quieren inventar, como esfuerzo de su sabiduría y como poder de su ciencia, instrumentos y máquinas de mayor destruccion en las guerras, máquinas que no perdonen á la muchedumbre inocente é indefensa de las ciudades y los edificios y los monumentos de las artes mas sublimes, cosas que respetaban la soberbia de Alarico y la ferocidad de Jenserico. Ellos son y quieren ser semejanzas de Atila, destructor de la ciudad de Aquileya con sus iracundas y feroces huestes, aniquiladora de las ciudades y de los hombres.

Los instrumentos que no pudo inventar la barbarie para desolacion de la humanidad, esos son los que inventa la barbarie de la ciencia para que los mas animosos logren ser vencidos hasta por los mas pusilánimes. Y cuanto mas prepotentes sean los medios de exterminar al linage humano y á las obras debidas á su talento, oh! cuán digna de admiracion, cuán de estima, cuán de alabanza para la ciencia, enemiga de Dios y de los hombres, aparece la sabiduría del inventor inícuo, adversario feroz é irreconciliable de sus hermanos! ¿Y esto es poderío de la inteligencia? No es poderío, no, el que no sirve para hacer el bien: este poderío es la desdicha de la razon, es la culpa que aleja toda la serenidad de la conciencia: este poderío es la vileza de la sabiduría que sale á luz á impulsos de una soberbia, inmensa-

mente satisfecha de sí, porque ha inventado un nuevo delito mas contra la humanidad, que hasta perfeccionarlo procuró ocultar entre las sombras. Las calamidades son las voces con que Dios nos despierta: estos autores de nuevas y espantosas calamidades para la humanidad nos deben sacar del letargo en que nuestra presumida ignorancia vive: sacarnos, sí, al estruendo horrible de sus desoladores inventos, doctrinas, de la barbarie que antes sonaban en las espadas y hoy en los hierros y en los bronces.

Y los admirados discípulos de tales hombres de ciencias, por do quiera ensalzan sus merecimientos, cual grandes sobre todo lo mas grande, y en medio de su entusiasmo, se asemejan á los perros de Atila que cuando volvia de las batallas salian de las tiendas á acariciarle, y le lamian los piés, teñidos en sangre humana.

La barbarie luchó frente á frente con la civilizacion, y la civilizacion fué vencida. Mas tarde la civilizacion misma por medio del cristianismo hizo que de vencedora se convirtiese en vencida la barbarie. Hoy esta, encarnada en la civilizacion, parece como que al transcurrir de las edades vuelve á germinar vigorosa en el corazon humano, y aunque cautiva en las cadenas de la cultura, se va apoderando del hombre civilizado para tornar á la vida en el avasallamiento del mundo. De aquí por todas partes resuenan las voces de destruccion y exterminio á todo lo de las antiguas sociedades. Nueva quiere ser en todo la moderna humanidad y hasta se ofende con la vista de los objetos

de otras civilizaciones que mira con el desprecio, y que combate con el odio de la envidia, yendo siempre de la sospecha á la desconfianza, y de la desconfianza á la incredulidad, y de la incredulidad al aborrecimiento y hasta al aborrecimiento de sí mismas.

Y en cambio ¡con qué desden miran muchos las ideas vivificadoras de la humanidad, ideas que en vano combaten porque son cual el nardo que cuando mas lo oprimen esparce mayor fragancia, flores, en fin, que por ser las mas hermosas no quiere separarlas de sí el hombre para ponerlas en las manos de Dios, cuando pase á buscarlo en la patria permanente tras la muerte!

No queremos ampliar nuestro ser, ni unir nuestro entendimiento á la divinidad, ni comprendemos ni queremos comprender cual es nuestro tesoro, cual es nuestra herencia, cual es nuestro bien soberano. La libertad fundada en la libertad de Cristo que es la mas cumplida civilizacion.

No hay que desviar de la senda de estas verdades el pensamiento, si no vagará perdido cual un niño entre espesos encinares. Dios nos mira como libres, cuando lo miramos como libertador, y cuando en él vemos la seguridad de todas nuestras libertades.

Yo no impugno á la ciencia ni me declaro su enemigo; antes bien su admirador y admirador mas firme, por la gratitud y por el respeto, cuando la ciencia arranca á la naturaleza secretos para aminorar los padecimientos de los hombres, para arrebatarnos de una temprana muerte, para darles facilidad en sus industrias, y comodidades y dulzuras en la vida civil.

¿Quién puede querer al ingenio oprimido, ni á la ignorancia libre?

¿Pero qué se debe escribir de aquellos hombres científicos á quienes se desvanece la vista en la contemplacion de sus estudios? Lo que alcanzaron con profundo espíritu, sirve solo ó para repetir heredados delirios, ó para que prevalezca mas y mas la ambicion, cual en los siglos bárbaros, sobre la equidad del derecho por la elocuente persuasion de las mas destructoras armas. ¡Infeliz de la tierra condenada todavía por los hombres mas sabios al fuego y al hierro! Contempladlos cómo se recrean en sus obras de sangre; cómo mira la ciencia á la desdichada humanidad: la mira cual en otro tiempo la veia el bárbaro pueblo entre las fieras del circo. Y quieren parecer hombres y no merecen ser sabios. ¿Cómo oirán los lamentos de la humanidad los que tienen sin sentido la razon? La cátedra de tal sabiduría se ha convertido en emporio de la vanidad, en centro de la soberbia, en trono de la altivez de una vileza mas degradada, cuanto mas entendida.

¿Qué diferencia hay entre los sabios dedicados á la destruccion del linage humano y los bárbaros que se criaban como pastores? El gabinete de estudio de estos eran las grutas, su ciencia la honda, el cayado su pluma, y las fieras que vagaban por los bosques sus discípulos.

Dadme la ciencia en que hallen la humanidad frecuente y seguro acierto, asilo las persecuciones, sosiego las inquietudes, y despreocupacion los delirios:

ciencia que no sea templo de las supersticiones de la razon científica ni de la razon política. A la ciencia que se complace en esparcir todo linage de bienes, á esa nos volveremos simpáticamente: á esa en busca de su voz, para que no cesemos de sentirla en nuestros oidos y en el alma. La ciencia mejor, si ha de ser ciencia, se ha de emplear solo en la vida y en la conservacion de la libertad del linage humano.

La libertad de Dios está sobre todo y nadie la mira sobre sí.

En tanto la ciencia dá un brillante y cada vez mas animado color al universo. Pero no nos dejemos engañar por las apariencias. Ese vivísimo color que veis resplandecer de tal modo, es el color de la fiebre en que la humanidad alienta sin conocer sus males y estremeciéndose interiormente sin saber por qué se extremece.

XXI.

Sobre el mundo flota ya libre la palabra del hombre, tan libre cual en otro tiempo flotaba el espíritu de Dios sobre las aguas. ¿Es la expresión de la embriaguez de la libertad ó del frenesí de la libertad misma? Escuchad sus acentos. Nos excitan á querer bienes que no duran y á temer males que rápidamente se acaban. Oid los loores de la libertad. Hay lenguas que la alaben y ¿dónde están los entendimientos que seguramente la conozcan?

¿Quieren libertad en la palabra hablada y en la palabra escrita? Hombres hay de tan osada presunción y remontados alientos, que á ser imaginable poder escribir con una pluma de las alas de la paloma del diluvio, lo anhelarian vehementemente, no para enseñar la paz á la tierra, ni amonestar y esparcir el bien, sino para traer otro nuevo diluvio y de sangre al universo.

¡Libertad de la palabra para palabras deseadas y á lo menos bien oídas! y hay quienes creen que se oye la suya hasta en el cielo, cuando apenas se escucha en la tierra!

¡Libertad de la palabra! Sí: la percibo muy bien en los hombres, cuando tremolan la bandera de sus doctrinas á los soplos favorables de la fortuna; y cuan-

do no, ó los miro seguirla con lento paso cual si fuesen movidos por la desgracia ó los contemplo huir á todo huir fiando de su ligereza la seguridad de sus vidas, los ojos mas en la fuga que en el peligro y los oídos mas en el estrépito de las armas que los aterran que en las voces de libertad con que son convocados. ¡Libertad de la palabra! por ella y con ella muchos consiguen el gran poder de ser temidos de los buenos y amados de los perversos. ¡Palabras de libertad y de libertad falsa! esa libertad es la reina y la religion del siglo con trono erigido en el aire, con altar en el viento y altar y trono sujetos á los contrastes de los caprichos y de las pasiones. Libertad de la palabra, siempre vencedora de los entendimientos cuando en ellos no cabe lo que aquella dice. ¡Libertad de la palabra! en ella encuentra artificio la malignidad, en ella el insulto causas, la ambicion pretextos, la alevosía máscara. ¡Libertad de la palabra que espera cuando se envilece el precio de sí misma, disfrazado con el nombre de premio! ¡Libertad de la palabra! ¡Desdichados, si usais de ella contra los ídolos del pueblo, que convierten hasta en sacrilegio cualquier atrevimiento de la murmuracion, aunque sea justa, mientras que los ídolos parezcan ídolos! ¡Libertad de la palabra! esa es la que enseña á los hombres la mas fácil de las ciencias: á tener por imposible lo dificultoso!

Con la libertad de la palabra los hombres saben vencer las tempestades políticas por muy terribles que sean; pero ¡oh sin igual desventura! al mas ligero soplo de un sutil aire se dejan sumergir sin defensa entre las olas que están en calma.

Todos por la libertad de la palabra nos declaramos excelentes en letras, diestros en la elocuencia, superiores en el valor, aptos para todo y en todo felicísimos; mas bien es que no se ignore sin olvidarlo y sin encubrirlo cual término obtienen estas palabras. Ser desiguales todas á las promesas.

Hemos roto el valladar del pundonor. Las leyes de la igualdad del siglo han borrado el nobiliario de la conciencia del caballero y del caballero cristiano; y no es lo peor sino que hasta el hombre vulgar que antes queria imitar la lealtad del caballero, ya no tiene por qué ni para qué hacer imitaciones felices ó desdichadas. Así, pues, está de mas la palabra del caballerismo; por eso en débil fidelidad se ha constituido el mundo: el hombre en la edad presente se ha querido convertir y se ha convertido en materia incombustible al fuego del honor. Consiguió la libertad de su palabra. No ha podido llegar á mas su dicha. El que en otro tiempo era ligero en las promesas perdía su libertad: hoy la libertad borra del libro de las promesas toda seguridad y toda fé.

Entrad en un cementerio. Hasta allí os seguirá la libertad de la palabra. Creeis ver la soledad y el silencio? Pues á su recinto mismo llega el estruendo del mundo, estruendo que bastaria á despertar los cadáveres, si no necesitaran ser tocados del soplo de Dios para que saliesen de sus tumbas, dejando en ellos la muerte. Con efecto, al parecer únicamente en los cementerios la muerte es lo que vive. Allí se ven los restos de los que fueron hombres, sin que todos jun-

tos puedan ya en el siglo componer un hombre solo. Y sin embargo, aquellas cenizas os traen cada una al pensamiento un alma, aquel polvo os hace imaginar en un hombre, y tal vez hombre grande á todas luces y sombras, menos á la de la muerte, tal vez un hipócrita, engañador del mundo con misterioso disfraz, hombre de altos pensamientos al parecer, pero mísero jornalero, no cumplidor de la ley de Dios.

¿Y qué puede hacer la libertad de la palabra ante ese auditorio de cadáveres? Qué ¿convertir la tierra de la mas grande verdad en la tierra de las mayores mentiras? A la muger acostumbrada á oír suspiros y á escuchar lisonjas, y á juntar su demasiada voluntad con las ocasiones, la inscripcion de su sepulcro dará nombre de modelo de castidad y de pureza: al rígido en demasía, de apacible varon: al cobarde de valeroso y entusiasta por la patria: al desleal de agradecido á todo agradecimiento: al que jamás y en nada imitó ni quiso imitar á Cristo, de cristiano fervorosísimo. Y todos fueron los mas amados de los suyos, los mas queridos de los extraños, todos de vidas admirables y admiradas, todos de muertes muy compadecidas. Esto es desahogar con las expresiones alguna parte del llanto? No: es la libertad de la palabra deseando engañar al mundo, cuando lamenta ó quiere lamentar, al parecer ó en verdad tan condolidamente, el fin del deudo ó del amigo. Es un esfuerzo para que creamos que así no quedan en el olvido. Pero al cabo los dejamos en el sepulcro. ¿Y la memoria de ellos? Ni aun con esa los seguimos á la tan poblada region del

olvido mismo. ¡Desdicha la mayor de los mortales! Hasta en los sepulcros vienen á convertirse por sus culpas en ofensivas las alabanzas. Mas esperemos, sí, esperemos aunque el criterio del mundo quiera inútilmente prohibirnos con el temor de sus vituperios el esperar y el decir que esperamos.

Día llegará en que todos serán juzgados, no solo los hombres, sino hasta Dios mismo cuando como Señor de los cielos y la tierra declare la manera y razón con que ha gobernado el mundo y aquellos secretos ocultos de su providencia, según dicen el texto hebreo de Isaías y de Joel "Será juzgado." "Seré juzgado con ellos."

¡Oh libertad de la palabra que hasta la ironía parece llevar á los sepulcros. Esto me recuerda el papel en que escribió Jesús la sentencia de la mujer adúltera: la tierra. Sus palabras no se conocen ciertamente; pero de la acción se deduce la sentencia. Algun Santo Padre dice que eran: "La tierra á la tierra acusa." Yo aplicaría estas palabras á la libertad del pensamiento ejercida sobre las piedras bajo que reposan los desnudos y desiertos cráneos en que tantos pensamientos se engendraron. "La tierra á la tierra adula."

La libertad de la palabra nos llama nuevamente á la vida del mundo. ¿Y por qué no? Todo por ella es bienes. Hasta deja de ser cobarde la alevosía y pelea con la lengua ó con la pluma por medio de las armas de la desesperación.

Con la libertad de la palabra creen los hombres

que pueden hacerse amar de lo que no sabe querer: y nadie anhela que el silencio propio y su modestia engrandezcan la propia gloria. Dirigid palabras de quejas y de quejas dignas y fundadas á los poderosos. La libertad de la palabra os responderá hoy, mañana y siempre. ¿Con qué? con esperanzas: ella no os dejará en el silencio de la tolerancia: ella se lastimará de la *verdad*, y á nombre del siglo libre querrá arrojarla, á ser posible, en lóbrega y eterna cárcel: ella constantemente se imaginará con poder para la victoria y con prudencia y con razon para conseguirla: ella leerá vuestras voces en su propia pasion no en la sinceridad del que las escribe ó las profiere: ella se ostentará engañosamente íntegra ofreciendo dar primero la vida que á la voluntad el consentimiento en todo cuanto exija de ella el errado juicio de la estimacion popular: en ella á veces hasta la inocencia de una paloma estará en peligro: por ella la llave del puñal cerrará en ocasiones los labios de los enemigos: por ella hablarán la pasion y el soborno, y cada noche á los vicios y todo el dia á la ostentacion de las virtudes: ella será la que hará esgrimir las insignias de la libertad frenética, el puñal de Bruto, la máquina infernal de Fieschi, las bombas de Orsini y el rewolver de Surratt, haciendo ver que la ira no es mas templada en los tigres que en los hombres: por ella se podrá persuadir, lo que no se piensa: por ella en fin habrá elocuencia para el vituperio ó vacilacion para el elogio é injusticia é indiscrecion para la prudencia.

Atropellar hasta las leyes de la imposibilidad es

la aspiracion del hombre en el siglo XIX. En palpables tinieblas vedlo soñar con la libertad: tiene en sus manos el anillo del antiguo hombre libre de Roma; pero anillo acomodado dulcemente á la turquesa de sus amorosas ilusiones. La brillante luz que cree distinguir en las sombras es producida por el choque de los hierros de sus cadenas.

Imagina que su voz puede penetrar en suaves ecos las alturas y ostentarse poderosa en los abismos: seguro en su propio desvanecimiento, no quiere seguir las huellas de la sabiduría, sino que la sabiduría lo siga; árbitro de toda ciencia, pretende sujetar á la creacion á las leyes que inventa. Todo para él es como si no fuese ó no hubiese sido. Es soberano, no recibe las leyes de Dios ni de la naturaleza: antes bien, la naturaleza y Dios deben recibir las suyas. Así van concluyendo nuestros dias para el bien, cuando todavía no han terminado para el tiempo; y así seguimos deslumbrados por los rayos de nuestras mundanales esperanzas por la senda que guía á un panteon poblado de sauces de amargura, desconsuelos, é ingratitudes, no floresta vestida de arrayanes, de dichas de una libertad venturosa y coronada de laureles de victorias y entre ellas como mas realzada, las de nosotros mismos, arrayanes y laureles matizados agradablemente con perlas de un rocío que son perlas del tesoro de la mas alta prudencia.

El fuego de las ilusiones enciende los lábios: por eso salen tan ardientes las palabras de la libertad deseada. Esperemos á que el hielo del desengaño las

entibie para conocer en qué deberemos fundarla á fin de que sea invencible contra los tiranos de la tierra: en el temor de Dios, de que nace el ser fuertes y libres para el mundo: en ese temor que es la alteza de los abatidos. No sé á qué mas tiene que aspirar el deseo sino á fundar en Cristo su libertad, aquella libertad por la que las arenas de los anfiteatros y coliseos romanos están formadas de cenizas de mártires y de guerreros.

¿Qué solicita el hombre ya? Ah! bien se comprende. Para hacer la vida al rito de las fieras hay quienes no necesitan esconderse en las entrañas de los montes, ni en el corazon de las selvas. Venid á verlos á las ciudades populosas y mas ilustradas. No habrá para ellos en el perenne frenesí de sus libres pensamientos atrocidad que lo parezca. El talento y la astucia les dirán el modo de hacer sociables las maldades, lo mismo de aquellos nobles que parecian tener estancada su nobleza en los archivos, como los modernos nobles de la riqueza adquirida; pues todo por la regla del oro se ha nivelado ya: la envejecida riqueza y la nobleza improvisada, que ni quiere, ni sabe, ni puede salir del noviciado de la caballería.

Por todas partes oimos la proclamacion de derechos mal fundados é inaxequibles, derechos que parecen algo al escucharse en los lábios de sus proclamadores. Mas ¡oh triste y aun desconsolada fragilidad! El torbellino del entusiasmo apasionado é irreflexivo los eleva, pero el huracan de los males y los desengaños los derriba con espantosa ruina. Y por do quiera no oimos otra cosa siempre sino importunos combates

de palabra, siempre inconsideradas quejas, todos queriendo ejercitar el poder de su poder en el mando, todos en el propio y ambicioso martirio, martirio sin sangre, sueño extraordinario en que el hombre se agita sin conseguir mas que quimeras y fantasías, no dejando el cuidado de esta empresa hasta que lo deja la vida: inflexible cuando es solicitado, y deshecho de impaciencia cuando es él quien desea; y si alcanza en alguna ocasion á conocer á tiempo lo que es el siglo y quiere retirarse á la fortaleza de su libertad verdadera, ¡oh! entonces mas que á la religion se suele acercar al mundano arrepentimiento.

Pero qué digo? estoy en mí? El que una vez puso en los labios la copa de esa verdadera libertad y llega á gustar su dulzura ¿cómo podrá sufrir ya la esclavitud del mundo? Solo anhelará gozar mas y mas los placeres de este bien restituido á la humanidad, ese bien contra el cual se conjura el odio de los que se imaginan libres.

Oh! cuando nos paramos en la contemplacion de estos hechos, deseamos mas y mas poseer aquel don espiritual de San Pablo que nos confirme en la fé: la tradicion y enseñamiento de viva voz que perfecciona al sabio y cristiano filósofo, palabras no de aquellas de la soberbia humana con las que imagina acercar los hombres al cielo, sino aquellas que acercan el cielo á los hombres. No: no seguramente. Los cristianos ¿qué otra cosa debemos querer sino pensamientos poderosos á crear en nosotros una entereza valerosa desdeñadora de todo lo que es la falsa libertad de la

palabra y de todo lo que no es la libertad fundada por Dios, ó enseñada ó consolidada por esta misma?

En vano nos predicán contra esta libertad la contumacia de la presuncion y la incredulidad mal inducida. Cristo nos enseñó una doctrina de libertad mas grande que la de todos los que se fingen propaladores de la del pensamiento, y quieren que seamos secuaces infelices de su criterio. No solamente los hombres no deben ser creídos cuando hablaben contra las verdades divinas, pero ni aun los mismos ángeles. Pero ¿qué mas? Jesucristo nos ordenó que no le prestásemos fé, si hubiese llegado á negar el conocimiento de Dios. Por eso dijo á los judíos: "Mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios y no le conocéis, mas yo le conozco; y si digere que no lo conozco, seré tan mentiroso como vosotros."

Sí: esta libertad de la palabra anhelamos, esta es la libertad de la palabra que pretendemos, esta es la libertad de la palabra que seguimos para obtener todas las libertades de la tierra y para consolacion de nuestras almas. Estas son las palabras que queremos oír, estas las que debemos ejecutar, estas las que debemos conocer, estas las que debemos conservar en nuestro amor, estas las que debemos creer, estas las que debemos enseñar; palabras, en fin, de vida eterna y de fortaleza incontrastable para vivir en la mas cumplida y cierta libertad humana, y ejercer la libertad de la palabra para engrandecer al hombre entre los hombres, y engrandecernos á los ojos de Dios.

CONCLUSION.

Una diferencia existe entre el cristianismo y el progreso moderno: aquel se dirige en primer término á que el hombre sea bueno, y que por medio de la bondad obtenga la verdadera sabiduría, sin impedirle la adquisicion de la del siglo: el otro á que el hombre sea sabio para conseguir por medio de la sabiduría, que llegue á ser, si no un buen ciudadano, al menos un ciudadano útil.

¿Qué acontece, pues, con los hombres educados segun estas últimas doctrinas? Los deseos que tienen de saber acaban en desterrarlos del cielo. Su ciencia pára en despreciar á Cristo. Juzgan cual los Judíos, por digno de muerte al autor de la vida, y blasfemo contra Dios al mismo Dios que ocultó su divinidad con la humanidad, para que como á Dios no le perdiesen el respeto: lo trataron y tratan como á hombre vil. Por tanto, teniendo en tan baja estima á Cristo, natural es que huyan de parecer sus discípulos.

Ved, pues, á los mortales poseidos del orgullo de la ciencia ideal y desacordada. Presumen de sí y de sus fuerzas, y de su inteligencia y de su saber mas de lo que se puede esperar: para llevarlos tras sí es mas poderosa la voz de la mala persuasion que la doctrina evangélica: en su engaño mismo se abrasan y

no lo sienten: ejercitan en el poder aquellos sus odios envejecidos, aquellas sus iras tan fieras y trabajosamente guardadas: para ellos todas las puertas del consuelo se hallan cerradas; abiertas todas las del dolor, las de la exasperacion y la tristeza, con lo cual se aumenta la terribilidad de sus aflicciones: no admiten medida ni términos algunos su ambicion y su vanagloria: vencen los pensamientos, sobrepujan los deseos y toda esperanza, no habiendo consideracion que no despierte en ellos el amor de la libertad, con la impaciencia vehemente de un entusiasmo que no quiere que en nuestros dias quede cosa por hacer, codiciando todo apasionadamente, rompiendo en insensibilidad y obstinada porfía con todo y consigo mismos, sin dejar nada tras de sí que de muerte no sea: ellos cortan la corriente de su propia felicidad: dejan en fin bienes incommutables por aparentes, engañosos y caducos, congregándose dudosamente con el nombre de la libertad cuando no creen en ella: solo se ocupan en saber ciencias que el mismo Dios les esconde: sus almas viven anegadas en las tinieblas de la imposibilidad: no adoran las palabras de Dios, pero creen á sus deseos y á su soberbia mas que á ellas: como amadores de sí, en sí no conocen miseria: éntranse á todo entrar en sus ciegas y falsas opiniones, ¿y qué imaginan sus sentidos? qué su voluntad? que el reino de su inteligencia no es limitado sino un campo cuyos espacios no tienen fin: se juzgan libres y, cómo? teniendo siempre en sí los ídolos de sus vivas pasiones y de su verdadera ignorancia: obran virtudes con

solo deseo de engañar, siendo ellos los engañados: la ciencia que con facilidad aprenden es levantar cada uno un señor ó mas señores de sí dentro de sí mismos: hacen contra Dios armas de lo que Dios les ha dado, que es la libertad: se olvidan de Dios y aclaman por dioses de su amor á otras libertades: observan inviolablemente las leyes de las perversas inclinaciones: no hay momento en sus almas que no lo haya menester el mal para sí: se valen de las obras de libertad para ir contra la libertad misma, y ponen todo su amor en las cosas perecederas sin pasar á la alteza del fin del hombre.

Cuando recordamos que San Francisco de Asís se ocupaba siempre en aquella oracion, "*Señor, ¿quién soy yo y quién eres tú?*" repetia el pensamiento mas grandemente filosófico para estudio y desengaño de la humanidad, muy propio de aquel varon que no reservó dentro de su alma afectos mundanales, que dió todo y para sí nada dejó, quedando solamente á las mercedes que de Dios habia de recibir.

La ciencia de Francisco, pobre y muerto para sí mismo, legislador comparado superiormente á Licurgo, pues este por la austeridad de sus leyes, fundó la miseria y el infortunio de los Lacedemonios, educándolos en sentimientos contrarios á la buena fé, á la felicidad y al reposo, por medio de la reparticion de bienes, y una democracia loca, impuesta forzosamente á los que habian de vivir en ella, en tanto que el otro estableció leyes para voluntarios súbditos y no para el breve recinto de un pequeño pais, sino para todas

las regiones de la tierra, no para gentes idiotas, soeces y plebeyas, sino para los hombres mas sabios, para reyes, reinas, y para que saliesen de su escuela héroes, príncipes y pontífices, y para que el vil paño de sus vestidos fuese respetado en todo el universo, la ciencia de Francisco, en fin era maravillarse del poderío y caridad de Dios y de la vileza del hombre.

En esa misma pregunta, Señor, *¿quién soy yo, y quién eres tú?* se encierra un enigma indescifrable para la sabiduría del siglo, que se aparta de la revelacion. ¿Qué es la divinidad, qué es el hombre? ¿cuál es su destino? por qué y para qué existe? Todo será divagar entre la certeza y la duda; ¿á dónde hallar la verdad entre confusiones tantas? El hombre entregado á sí, sale por las puertas de su miseria, y á ella misma vuelve á entrar por las de la confianza absurda y la vanagloria insensata del poder de su inteligencia.

”Elegió Dios á los que el mundo desprecia porque este desprecio de los muchos atrae al hombre á sí mismo” decia San Francisco de Asís hablando del Dios de los pobres, del Dios de la gente afligida de trabajos, del Dios de los perseguidos, del Dios de los despreciados, del Dios de los que viven en el abatimiento, del Dios de los solos, del Dios de los huérfanos y de los extranjeros, del Dios de la libertad, único Dios verdadero.

Sí, Dios de la libertad, porque nada es tan voluntario como la religion cristiana, segun Lactancio: ningún género de crueldad pudo destruirla, como ninguna suerte de impiedades bastará á acabarla: religion fundada en el sacramento de la cruz, sacramento divino

en la cual al decir de San Ambrosio "la virtud es libre," libre porque Dios tomó la forma de esclavo para que su esclavitud nos librase, como San Antonio Abad escribia desde la libertad del desierto, libertad verdadera, no la licenciosa, víctima deshonrada, que cae herida sobre el altar de la infamia.

¡Oh libertad sublime, yo adoro en tu nombre continuamente porque no quiero que pasen horas de olvido sin tu amor, y anhelo que llegue el tiempo de tu seguro imperio en el universo, tiempo deseado de todos los siglos y de Dios, y terminen los dias en que la mayor parte de los hombres tiene atadas las manos para el bien y sueltas y libres para el mal, sin ver que por la doctrina de Cristo han quedado en libertad para seguir el camino del cielo!

¡Oh libertad generosa por cuyo medio se engrandecen la justicia y la misericordia, y se dá luz al mundo, y por la cual pueden vivir felices los mortales teniendo en calma y bonanza el mar de su mente; con la razon señora del alma, y con los sentidos esclavos! ¡Oh libertad del hombre otorgada por la caridad de Dios en una manera que ni aun cupo en entendimientos de ángeles pensarla, yo aspiro á ser discípulo de esta libertad de que Cristo singularmente quiso ser maestro!

Ah! qué admirablemente exclamaba S. Anastasio Sinaíta cuando decia que el precio de nuestra libertad, el precio de la sangre de Cristo por la venta del traidor discípulo, se convirtió en terreno para sepultura de pobres peregrinos: sí, peregrinos extranjeros en bus-

ca de la libertad, cuyo nombre tan alegremente se oye en el alma, y por quien la misericordia y el afligido, el amor fraterno y el rebelde á las leyes de la virtud logran besarse con el estrecho beso de la humanidad puesta en Dios. Quién pudiera estar libre de todo lo que le impidiese su bien, considerando que Dios concedió la libertad al hombre no tanto por el hombre como por sí mismo: pudo tener cautiva la libertad y no la dejó cantiva porque como su reino es de amor, solo anhela ser amado sin sujecion y con libertad completa y porque su imperio es sobre corazones libres. Si el hombre no dá la voluntad á Dios ¿qué puede darle? Libre es por eso la voluntad, tesoro del corazon, única riqueza que verdaderamente los mortales poseemos. En esta libertad somos fortalecidos y enseñados: esta es la que nos hace tener por sospechosas todas las prosperidades de la tierra: esta con cuya posesion no hay poderío que alcance á conquistarnos el reino de la verdadera paz y libertad del alma, ciencia que mas fácilmente puede aprenderse y con la cual el hombre se vence á sí y á todo el mundo en sí mismo: invencible señorío tienen sobre sí los humanos que son ciertamente libres, señorío mayor que cuantos en el mundo se pueden lograr y adquirir. El mal está en ellos solo: solo en ellos su falta de libertad, porque el poder de sus contrarios es ninguno para arrebatársela. El que consiga el convencimiento de la libertad, basada en la filosofía evangélica, solo está preso por la cadena de la vida mortal, teniendo en la memoria lo que en sí mismo cada uno ha sido y es y lo que es y puede ser

por medio de la libertad concedida por Dios. Si Cristo nos dió la libertad ¿no ha de desear en que para todo lo que sea el bien y para el bien de los hombres seamos perfectamente libres? Con este pensamiento siempre de nosotros, podemos recorrer la senda de la vida con la libertad humana, pero en pos de la divina.

Caminando en su seguimiento, nos hallaremos con la luz y el esplendor de Dios, que es Dios tras de quien se vá, cuando aspiramos á obtener los dones de la libertad con alegría, esfuerzo y esperanza. Hoy el hombre se halla hábil para oír la voz de la libertad. Dios nos llama, no para que dejemos de amar la libertad en la tierra, sino para que con sus doctrinas mejoremos ese amor de la libertad misma y para que conozcamos todos por la experiencia lo poco que fuera de este pensamiento podemos. Las almas que esto sienten en sí y que tal libertad anhelan ¿á quién temerán y de quién pueden quedar cautivas? Sea para el bien y para la libertad en el bien nuestra vida. Esto es dirigir los deseos á puerto seguro: esto levantar nuestros pensamientos á la grandeza de Dios, de suerte que no toquen en la miseria de las pasiones, porque Dios nos concedió una voluntad tan libre como la suya y la libertad de la voluntad es la que nos hace dignos de su amor: no demos al mundo mas de lo que el mundo nos dá. Dos hombres hay en cada criatura: uno para ser señor, otro para ser esclavo: el que ha nacido para señor vive casi siempre en la cautividad de la miseria; y el que para siervo fué engendrado,

ese usurpa y ejerce vilmente el señorío. Pugnamos por la libertad humana, ¿y cómo el que está encadenado podrá derribar al libre? ¿Cómo el sujeto inquebrantablemente en la penosa cárcel de su persona misma, anhelando la libertad ausente, y como ausente mas y mas deseada, logrará adquirir de los otros una libertad, si no ha empezado por libertarse de las prisiones de sí propio? ¿Cómo el que renuncia la libertad que le fué dada, se convertirá en custodio ó guarda de su corazon, diciendo que su corazon es libre y que libre siempre ha querido ser? Los que buscan la libertad humana y la divina, con el alma han de huir en primer término de la tiranía de sí mismos, con huida interior á la interior libertad para quebrantar sus cadenas.

Sola la filosofía evangélica es poderosa para dar á los hombres ser de libres, la dádiva mejor que se puede recibir y la que menos se conoce en la tierra, aunque mas se desee y mas de ella se hable y se escriba, porque la libertad es el alma y la vida de las almas y hasta se esconde en el desprecio y la confusion del mundo para convertirse en su dueño absoluto y ser libre de los esclavos de él, sereno el mar de las pasiones, sin que haya viento que delante de Dios se mueva, y pudiéndose levantar el pensamiento sobre los hombres con esta libertad, base de todas las libertades y dar vuelo sobre los ángeles mismos.

¡Oh! y cuánto que aprender tienen los que sin conocerse á sí piensan que se conocen! ¡Oh, y cuánto

aumentarian su confianza y cuánto la fortaleza de sus espíritus, si llegasen á persuadirse del bien de estas doctrinas que dan á los hombres luz y estima verdadera de sí mismos! Plantad árboles de la libertad, y hasta tejed coronas para vuestras sienes, y coronas floridas, que pronto quedarán secas con el estío de vuestras pasiones, dejándonos en tristeza y soledad con nuestra propia y voluntaria esclavitud, por la que no mereceremos bien alguno sino todo dolor y menosprecio. Muchas veces cojemos flores á las orillas de un cenagal, é imaginamos locamente que el cenagal se ha trocado, á impulso de nuestro ilusorio deseo, en jardín de deleitable y permanente vida. La nieve cubre los caudalosos rios, cual cristalina bóveda. Ellos, en tanto, apartados de la vista de los hombres, corren con gran estruendo sin ser bastantes sus aguas y su ímpetu para llevar consigo la nívea bóveda, ni menos para destruirla; pero la libertad de su curso nada puede ni podrá contener, nada logra ni logrará impedir, y lo mismo es el torrente de la voluntad del hombre, determinado al bien y no teniendo mas querer que el de Dios. ¡Dichosos y bienaventurados son y serán aquellos para quienes no hablen ni lleguen á hablar las miserias de los mortales, ni consigan poder alguno la confusion de los trabajos y las contradicciones del mundo, tan deseadas, como temidas por almas engañadas y engañadoras, sin saber á dónde dirigen el fin de sus intentos!

¡Oh guerra tenaz en que los hombres viven, guerra de dolores sin conocimiento con esperanzas de feli-

ciudades y premios que tarde ó nunca llegan y de la comun gratitud que en vano todos aguardan! Valerosa guerra en que tan fuertes contrarios están para la resistencia, sin que el hombre sepa cuales son los verdaderos secretos de sus ansias en la peticion de sus clamores! Guerra infeliz en que los enemigos son muchos, la libertad una sola, y todos, todos contra ella, porque en el universo aparece extranjera, y sola efectivamente, y aborrecida de los que anhelosamente dicen amarla y anhelosamente amarla con mil caricias de amor! ¿Conocen por ventura la libertad toda de Dios y toda para Dios y juntamente para nosotros? No: en cambio la libertad dada por la mano de Dios, él la reconoce y quiere reconocer por de los hombres para convertirlos en herederos y reyes de las eternidades: espera la voluntad libre del hombre para tomar posesion de él: tomarla de las almas que van creciendo en las virtudes, pero virtudes no fingidas ni mal fundadas.

La dilacion de la libertad humana y divina depende de nosotros: la libertad, cuyas grandezas están guardadas, cuantas es imposible caber en la inteligencia hasta que en la posesion de ella se comprenda que es de la tierra para la tierra y el cielo. Ved cómo pasan y corren los dias de la esterilidad de nuestra razon: ved como vamos siguiendo, en vez de la libertad, las sombras de la muerte, sordos y dormidos á los llamamientos de las palabras de libertad, proferidas por Dios, y solo atentos á las falaces de los hombres: ved como de nuestra propia voluntad nos entregamos á

nuestros contrarios, ved como nos juzgamos locamente libres en la cárcel de nuestras fragilidades, y como somos transgresores de las leyes de la indudable libertad en el mundo para no obtener la de los siglos eternos.

Cuál es la aspiracion de nuestro siglo? cuál la lucha de la humanidad? Volver al sitio en donde se hallaba antes de ser redimida por Cristo: borrar diez y nueve siglos en la historia del hombre, negar que la libertad es libertad, hacer que desaparezca la civilizacion cristiana, imitar á los que persiguieron la humanidad de Cristo, persiguiendo hoy su memoria y su enseñanza. Contempladlos allí clamando victoria antes de la pelea, celebrando el triunfo antes de las batallas, erigiendo trofeos sin haber enemigo vencido. Contempladlos ignorando el camino de la libertad y estrechando en sus brazos á los que apellidan hermanos en el puro deseo del bien, para ser por falsos hermanos vendidos. Vendidos por falsos hermanos? Oh! no: ellos mismos se venden, ellos por nadie llevados, ellos libres se entran por las puertas de las Babilonias modernas: ellos ofrecen su libertad humana y la enagenan: ellos prefieren ser siervos de los esclavos: ellos mismos entregan sus manos para que penosamente sean ligadas, y contentos en sus ligaduras, no miran en sus cuellos la cadena de la servidumbre, é imaginan que han obtenido en el mundo las coronas cívicas y que tienen aseguradas las coronas de celestiales laureles. Y no lloran ni se lamentan de su esclavitud y se rien de los que se lamentan y lloran porque la conocen.

Oh error de la humanidad! señalado tiene el verdadero camino de conseguir la libertad indudablemente y no van á la libertad por la libertad, sino quieren hallar la libertad siguiendo engañosamente la via de la esclavitud, persuadidos de voces blandas, agradables y halagüeñas, pero distintas de todas las que hasta hoy han proferido los que entienden algo de la libertad del cielo para fundar en ella la libertad del mundo. Si al cabo consiguen solo por término de sus afanes la presunta y vaga libertad ¿á quién deberán quejarse? ¿á quién sino á sí mismos? Eso se llama querer vivir en florestas de esclavitud sin fruto de libertad.

La mudanza y el descontento habitan comunmente en el lugar señalado á la felicidad libre: anhelan los hombres libertades imposibles sin gran turbacion y muertes: van por un tormento á mas y mas tormentos, por un dolor á mas y mas dolores, y por una pena á mas y mas penas, en vez de ir á una ventura para mas y mas venturas, y aun para venturas mayores y la mayor de todas.

Cómo evitar estos daños? cómo obtener la posesion de inmortales bienes? cómo la libertad en el mundo para conseguir la eterna. Todo se encierra en esta sola frase: "El hombre mortal necesita en primer término librarse de sí mismo." Y cómo puede librarse, cómo alcanzar tal triunfo? Por medio de la sabiduría divina, la sabiduría verdadera, la sabiduría de los sencillos sabios, la sabiduría de la libertad, la ciencia de las ciencias.

Por eso San Ambrosio al leer aquella profecía del Salmo de David cuando dice: "Subiste á lo alto, cautivaste á la esclavitud," prorumpió en aquella sentencia tan verdadera como maravillosamente sublime y tan desengañadora para la soberbia de nuestro siglo:

**"LA VICTORIA DE CRISTO ES LA VICTORIA
DE LA LIBERTAD."**

Sí: la libertad es la victoria de Cristo: victoria que repiten los siglos, y en voz de los siglos los mas grandes hombres de la humanidad, cuyos pensamientos han buscado region mas alta que la que alcanza nuestra vista, por considerar la tierra poco espacio para los que en ella y de ella hemos nacido.

Tiempo es ya de que pongamos la razon en el camino de nuestras obras, que velemos sobre nosotros mismos, y que procuremos saber algo mas que de nuestras miserias.

Y por qué es la victoria de Cristo? Porque Cristo mudó el trabajo de la ley en libertad, segun S. Gregorio Magno: porque ninguno que no creyere puede amar ni esperar.

En tanto ved á la Iglesia siempre en lucha por la libertad: primero contra la tiranía de los césares: despues contra la opresion de los bárbaros, mas tarde contra los errores de la ignorancia, hoy contra los de la ciencia, un dia en defensa de los pueblos afligidos por las crueldades de inícuos soberanos, y en el presente en defensa de los pueblos, infieles poseedores de

la libertad, pueblos que padecen á los ojos de los mismos pueblos, que quieren constituir la paz del mundo en la desesperada violencia: que desarmadamente y á rienda suelta se entregan al combate de sus pasiones, guerra en que los despojos de los libres vencedores se llevan los esclavos, pueblos que solo aprenden la ciencia de la ciencia del dolor, inclinados ya al mal, ya al bien con resolucion inconstante, y en todas partes queriendo que la soberbia ocupe el lugar de la libertad.

Ah! cuando presenciamos por do quiera levantarse las iras de la incredulidad con grande ofensa de la razon lastimosamente engañada, y vemos á los hombres fugitivos de la libertad, cubiertos con el indigno disfraz de una libertad que no es la suya, no podemos menos de ver, no con dolorosa sino con sentidísima compasion al mundo, ese mundo que no cuenta con mas ayuda que el valor de la libertad cristiana, ni mas consejero que la filosofía del cristianismo. Fuera de ella no imperan otra cosa que el descontento, la inquietud, la cobardía, la ambicion, la desconfianza, el lastimoso desacierto, porque una infernal furia ocupa los corazones, ciega los sentidos, enciende el orgullo de la sabiduría y priva de toda humanidad los entendimientos.

No puede ser mas irrisorio el ultraje que se quiere hacer á la razon; pero si la razon logra ser oscurecida por la malicia, no siempre la razon queda muerta, ni pierde la memoria de todo lo perdido. Dejad á esos sabios, tigres mas sangrientos cuando mas domésticos,

y semejantes al escita bañando en veneno las flechas para que no fuese menos ligera la muerte que la herida. El viento de la misma muerte ni sombras dejará de la perversidad soñada de sus doctrinas, con que retratan los sabios á la humanidad en las imágenes de su fantasía.

Mas conviene cesar en su memoria. No los hagamos dichosos con publicar sus desventuras, nacidas del error y de la vanagloria. La desventura mayor para ellos es referirlas, y el consuelo de la humanidad es olvidarlas. No prosigamos mas en la anatomía del mal de que la sociedad muere.

Procuremos, sí, su olvido, y desdeñoso y digno olvido, mientras surcaamos el mar de la eternidad por las olas del tiempo, sin afligirnos la muerte y sin temer la vida, y siempre anhelando en tranquilidad e término de las falsas esperanzas y de las mentidas posesiones, por mas que estén abiertas las puertas de las lágrimas con la llave del dolor.

La memoria de la muerte aparece ante nosotros, ese horizonte infalible de dos eternidades, una de libertad, otra de cautiverio; lugares á donde para siempre se extingue la esperanza.

La muerte es la libertad verdadera y eterna; en la muerte se halla la quietud libre y tranquila lejos de los torbellinos del mundo en la seguridad del puerto eterno, cual S. Cipriano decia desde los campos donde fué Cartago:

”No es un mal la muerte que restituye la libertad y aleja para siempre los dolores:” era el sentir de S. Ambrosio.

”La muerte es libertad y es descanso: libertad de todos los males: los que han vivido en el seno de las virtudes verdaderamente se libran y se desatan de los combates y de las cadenas.” Tal opinion esparcia San Juan Crisóstomo en la corte del imperio de Oriente.

Esta enseñanza constante en la Iglesia es la que nos hace ver en el que muere, no al que se dispone á concluir para siempre, sino al que se prepara á la libertad al experimentar que se van rompiendo en él los vínculos de la vida.

Hasta la idea de la muerte es en el cristianismo idea de libertad. No lo conocerán, no, los que en odio de sus doctrinas se hallan perdidos en sus propios pensamientos, sin haber amigos que los despierten, antes bien teniéndolos para dormirlos ó al menos adormecerlos al rumor de las alabanzas repetidas, y creyéndolos y creyéndose grandes y dichosos porque no consienten en ser desengañados.

Todo esto que digo y aun mucho mas que no acierto á decir es el retrato fiel de los que únicamente aman y buscan la falsa filosofía, que quiere envilecer y arrebatarse al mundo la libertad segura, filosofía tan vana y peligrosa cual la muger estéril y adúltera.

¡Oh! Cuando oigo resonar cerca de mí el estruendo con que la civilizacion moderna, sin voz de la verdadera sabiduría, recorre el mundo pretendiendo que vuelvan á propagarse doctrinas que parece que quedaron sepultadas con sus autores, nos parece oír el silbido de la locomotora y el estrépito del tren que

precipitadamente vuela sobre las campiñas, vías antiguas romanas, á cuyas márgenes estaban los sepulcros ó sitios donde el mismo poder de Roma combatió mas de una vez, dejando el suelo sembrado de cadáveres, campos en que se mudaron las alegrías de sus habitantes en lágrimas, en espadas las liras de los poetas, y por donde sonaban las voces suaves de la felicidad corrieron arroyos de sangre y el áura se convirtió en suspiros y hasta de sangre tambien se tiñeron las rojizas amapolas.

Parecerá que el tren hace palpar las arenas, cenizas ó polvos de los que fueron. Ni un hombre, ni una idea renacerán de aquellas civilizaciones.

En tanto, mientras que la ciencia y el siglo dicen, este á aquella, "dáme tu sabiduría" y esta á aquel: "préstame tu auxilio poderoso," y en tanto que unos y otros esperan para mútuo triunfo en las inteligencias y en la sociedad la victoria única á que aspiran y es que el desman sea libre, libre en el mundo y libre en los pensamientos, el cristianismo, firme en la tierra, suya, porque cual es hoy la que no ha sido regada con sangre de cristianos, dirá á los hombres "ved á la libertad en la cruz, ved en la cruz á la filosofía, ved en la cruz á la verdad, ved á la libertad como debe ejercerse en la vida y ved como la libertad debe desearse, y como conseguirse y se conseguirá en la muerte."

Oigamos, sí, oigamos con tanto y tan amoroso cuidado los cánticos y las palabras de una divinal filosofía cuanto no hemos oído ni podido oír antes los de la humana.

Pensamientos de libertad, ¡oh cuál correis divagando aquí y allí, en tanto los deseos, sin gozar de las realidades, gozan en vosotros fuera de sí lo que es el objeto de sus ansias, venturas tan delicadas que si no se experimentan no pueden ni aun explicarse, venturas tan del consuelo de nuestro corazon y tan suspiradas como grandes y tan grandes como muchas y tan muchas como eternas!

Sí: la libertad ¡cuánto se afanan por inscribirla en sus códigos las naciones! pero hay una libertad mas verdadera: la que mejor aprendemos, sí, la que aprendemos en los brazos de nuestras madres, cuando escriben ellas los derechos de la libertad sagrada en el libro en blanco de la sencillez del niño, cuando en sus ojos vemos á Dios y Dios nos habla en ellos, cuando entendemos que Dios es el que pronuncia las palabras de religion, aunque las voces son de nuestras mismas madres, cuando alcanzamos dulzuras de que goza el alma en regalado sueño, y cuando quien nos enseña es la inteligencia del amor materno, inteligencia en cuyos cuidados hácia la libertad eterna de la prenda de su cariño descansa Dios los suyos.

¡Oh sublime y tierna enseñanza de los derechos del hombre adquirida entre los halagos de nuestra niñez, esa es la que puede llevarnos de bien en mejor y de virtud en virtud y de inteligencia en inteligencia y de libertad en libertad hasta la libertad de la bienaventuranza.

Escuchemos, escuchemos: San Agustin parece repetirnos desde el cielo aquella excitacion que escribió

para que amásemos la vida imperecedera. Allí nos dijo que está la *feliz libertad*: sí, allí en la Jerusalen celeste, donde San Gregorio Magno veía solo *ciudadanos de una ciudad libre y eterna*, y San Juan Crisóstomo una vida, *libre* también de todo peligro.

¿Quereis acercaros á la *libertad feliz*? ¿quereis empezar á comprenderla y hasta en una parte experimentarla desde el mundo? Pues procurad que la vida humana obtenga en todo lo posible una sabiduría inconmutable, una segura paz donde no haya adversarios ni aun de sí mismos, riquezas que no puedan perecer, honras en que no existan indignos honrados, amor que no sea perfecto, verdades que no se oscurezcan, memoria sin olvido, razon sin error, voluntad sin alteraciones, y en fin, lo que San Próspero de Aquitania enseñaba en aquellos tan acabados libros de la vida contemplativa: que sea *uno el espíritu de todos*.

Mas de una vez he intentado trazar las palabras postrimeras de este libro, porque las fuerzas de la inteligencia me faltan; porque me falta una gran riqueza en bien decir para digno desempeño del asunto, asunto que exige toda la viveza del ingenio, toda la felicidad de la memoria, toda la mayor comprension, toda la mas rara y admirable prudencia. Pero ¡vana empresa la mia! Por mas que conocia que se iban acabando mis fuerzas, el encanto del asunto invencible y enamoradamente me atraia, cual las flores que parece que se vienen á las manos convidando con su hermosura y con su fragancia. Y ¿cómo no, si la consideracion no puede menos de quedar felizmente embelesada en

los recónditos misterios de esta Libertad por el mundo y para fuera del mundo?

Al despedirme de mi libro y al entregarlo, totalmente desconfiado de mí, al juicio público, apartándolo del secreto de mi alma, un sentimiento de tristeza se apodera de ella y un suspiro acompaña á estas últimas palabras, dulce suspiro, única expresion que me permite el pesar de no haberlo podido escribir con mas doctrina, con mas persuasion y con mayor afecto para mayor tambien y mas dilatada alegría y consolacion de mi espíritu, lejos del aire abrasador de la soberbia y vanagloria.

Oh! bien sé que se desvanece la vista humana en la contemplacion de tales estudios; pero ante el conocimiento de mi insuficiencia, solo es mi consuelo el suspiro de volverme á Dios y decir que lo amo en la libertad que quiso dar y ha dado al hombre. De aquí el valor que mas de una vez ha levantado mi espíritu para proseguir mi tratado acerca de la libertad libre, no de la libertad cautiva, aprendida en la eterna memoria de los antiguos y presentes dolores de la humanidad, que se niega á fiar de la proteccion divina mucho y aun todo, y siempre.

Ved, pues, la libertad que Dios ha concedido tan toda, tan entera para cada uno, como si para cada uno especialmente hubiera sido otorgado don tan alto y tan querido, y tan fácil, cuanto que no ha sido puesto en monte que señoree los mas elevados montes, ni para descubrirlo hay que descender á los mas retirados senos de los abismos.

La libertad nos guía: solo falta, que la voluntad la siga. ¿Cómo huirán de nuestra presencia las tiranías del mundo? Si todos aborrecen la libertad de Dios, allí está nuestra libertad para amarla, y amarlo contra todos, contra la tiranía de los monarcas y de los monarcas en sus magistrados; contra la tiranía del sacerdocio, contra la tiranía de las turbas populares que no quisieron conocer la libertad divina en Jesucristo. Jesucristo nos enseñó por medio de la cruz, que en ella están cifrados todos los mas indudables derechos de la libertad del hombre.

Si un monarca osare ultrajar estos derechos, si un sacerdocio se atreviere á vulnerarlos contra las leyes de Cristo, de las doctrinas de los Apóstoles y de la Iglesia, si los pueblos en el delirio de la libertad ó en el fervor de las desencadenadas pasiones pretendieren ultrajarlos, nada importa: el valor no decaerá en nuestras almas para inmortal oprobio de los que viven en el olvido de la libertad y nunca se creen en posesion de la tierra de la libertad misma.

Nosotros estamos inscritos bajo la bandera de la libertad feliz: nosotros podemos discurrir seguramente por el mundo con una entereza invencible, mayor que la que tenia el antiguo ciudadano romano.

Con el signo de la cruz en nuestros pechos, y la doctrina de la cruz en nuestras almas, poseemos una libertad inmensa, y podemos fundar una libertad incontrastable en el universo. Sí: libertad conforme á la dignidad del hombre, libertad superior á los deseos de los tiranos de la tierra, ya sean los tiranos reyes, ya sean los tiranos pueblos.

Por eso con las cabezas erguidas, con la serenidad en nuestra mente y con la quietud en nuestro corazon, podemos transitar por los grandes peligros de la frágil vida, no una y no muchas sino muy muchas veces, sin temer heridas insanables, amando enteramente todo lo que debemos amar en todo cuanto merezca ser amado, y viendo con el mayor desden las miserias á que nos llaman los hombres entregados á la soberbia libertad, á la ignorancia desenfrenada, á la civilizacion enloquecida.

Y por qué? de dónde tal energía? de dónde fortaleza tanta? Porque desde la tierra y mientras que de ello no nos hagamos indignos por nuestras acciones, somos *ciudadanos libres de la ciudad libre y eterna*.

¡Oh! cuán ilusorios aparecen los pensamientos del hombre lejos de estas verdades! Se asemejan al que mira las olas de un rio conmovidas de un fuerte viento. Lo primero que imagina es que el rio corre con mayor ímpetu; y sin embargo, su curso no vá mas precipitado. Así sucede con la humanidad en las vías del progreso. Parece caminar mas y mas rápidamente; pero la agitacion de los ánimos solo está en la superficie.

No hay la menor duda. La filosofía del cristianismo es el arte de la libertad.

FIN.

